
3 1761 09343989 1





TOLEDO

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

Historia de los Templos de España

TOLEDO

LO PUBLICA Y PROLOGA

Fernando Iglesias Figueroa



«ARTE HISPÁNICO»

Impreso en España.

AVILA.—TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE SENÉN MARTÍN

DEDICATORIA

Al Marqués de la Vega de Anzó

Con la más alta consideración dedico a usted esta obra de Bécquer, que hoy sale del olvido, de un imperdonable olvido, para incorporarse a las obras cumbres de nuestra literatura, a cuyo lado tiene su indiscutible puesto.

PRÓLOGO

En el otoño del año 1854, llega Bécquer a Madrid sin otro caudal que un cuaderno, de poesías y un tesoro de ensueños. Y llega dispuesto a convertir en realidad el mundo de quimeras que vive prisionero en su cerebro

Madrid se presenta ante él feo, triste inhospitalario. Un cielo gris, plomizo y una niebla densa que todo lo borra y esfuma, le hacen añorar el cielo azul, los azules crepúsculos de su Sevilla, que acaba de abandonar. Pero a las horas de ensueño han de suceder las horas de acción. El bloque de mármol ha de tener formas precisas y concretas. Y para ello es necesario luchar. Por eso abandona la vida fácil y regalada en casa de su madrina, los paseos por las orillas del Guadalquivir, cuando las estrellas empiezan a reflejar su luz sobre las aguas temblorosas, los místicos e ideales soliloquios bajo las naves de la Catedral y sus sueños de inmorta-

lidad y de gloria ante las estatuas sepulcrales diseminadas por el vasto templo.

Y por eso ha llegado a Madrid, que ante él se presenta feo y triste, cubierto por un cielo plomizo del que se desprende la lluvia como fino e imperceptible llanto.

Uno de los proyectos que el poeta acaricia y en el que ha puesto más cantidad de ilusión, es la publicación de una obra, que él considera gigantesca. Todos los monumentos que a través de los siglos, creó la fe de nuestro pueblo; todas las manifestaciones de arte con que el genio de la raza logró cantar eternamente esta fe, serían recogidos en ella. Obra de poeta las piedras alcanzarían en sus páginas su pleno valor. Dejarían de ser una masa inerte para lograr la vida del ensueño que las prestó el cincel del imaginero. Y en el sepulcro de los prelados y de los guerreros serían la imagen de la muerte misma; ansia de inmortalidad en las góticas ojivas, de firmeza en la esbeltez de las columnas, de diversidad en la extraña floresta de los capiteles y de santidad en los altares. Y como la piedra, también la madera lograría en esta obra alcanzar su místico sentido y su valor de eternidad. Recogiendo las oraciones y las nubes de incienso en los geométricos enlaces de los artesonados o divinizándose al contacto de la gubia de los artífices.

¿Logrará el poeta ver realizado su proyecto? La empresa es difícil. Hay que vencer muchos obstáculos. El más poderoso es la falta de medios económicos, medios materiales para cimentar su obra de ensueño y de fe.

Y Gustavo Adolfo, trabaja y lucha y sufre.

Y vence al fin.

El año 1857 se publica el tomo primero de la «Historia de los Templos de España».

* * *

El poeta ha conseguido ver realizado su ideal. La obra que fué, para él, algún día, solo un sueño, acaba de salir de las prensas. Los más ilustres arqueólogos e historiadores se han reunido, bajo la dirección de Bécquer, para proseguir la gigantesca empresa. En ella colaborarán don Pedro Madrazo, Amador de los Ríos, Rosell, Mesonero Romanos, Lafuente, el Duque de Rivas y los dibujantes y grabadores más famosos.

El primer tomo y único que llegó a publicarse, está dedicado a los templos toledanos, y es obra de Gustavo Adolfo, excepto los capítulos consagrados a la Catedral que son de don Manuel de Assas.

Toledo visto por Bécquer. El silencio de Toledo, su cárdena luz fantasmal, las som-

bras que pueblan sus estrechas calles y pasadizos, la voz de sus campanas que vigila la marcha del tiempo y que se dilata por la ciudad como un eco del pasado al caer de las mudéjares torres y de las humildes espadañas. Los templos de Toledo, estudiados, cantados por Bécquer, que supo ver en la oscuridad de sus naves desiertas, la llama inestinguible que sólo brilla para los elegidos, que sólo ven los ojos del alma. El sorprende el ténue hilo de vida que viven en la muerte *las sepulcrales efigies de alabastro, y el secreto de los palacios que se desmoronan. Escucha y comprende la voz silente de las ruinas.*

En Toledo el espíritu de Gustavo Adolfo se encuentra así mismo. Como el Greco, llega a la vieja ciudad llenas sus pupilas de visiones paganas, de tonos luminosos y ardientes que se esfuman y se apagan al contacto de la mística luz de Toledo, luz única, que ilumina los cuadros del pintor cretense y las leyendas becquerianas. Y desde entonces el pintor y el poeta quedan unidos a la ciudad, fundidos con ella, serán la ciudad misma, su alma.

*
* *

Este es el libro que hoy sale del olvido, de un injusto y bárbaro olvido en que estuvo sepultado cerca de ochenta años. Tesoro de la literatura que hoy se incorpora a ella.

Que hoy resucita.

Fernando Iglesias Figueroa

INTRODUCCION

La tradición religiosa es el eje de diamante sobre que gira nuestro pasado.

Estudiar el templo, manifestación visible de la primera, para hacer en un solo libro la síntesis del segundo: he aquí nuestro propósito.

Para conseguirlo, evocaremos de las olvidadas tumbas en que duermen al pie del santuario a esos Titanes del arte que lo erigieron.

Ellos nos dirán cómo la cruz salió de la catacumba para enclavarse sobre el ara de Júpiter, y porqué, no bastando la antigua forma a contener la nueva idea; esta se creó una arquitectura especial que, emigrando de pueblo en pueblo, fué modificada por los siglos.

De sus labios sabremos qué misteriosas trasformaciones llevaron el germen de la ojiva contenido en el semicírculo a concluir en su desarrollo en el arco con-opial; en qué visión terrible contemplaron ese mundo silencioso y quimérico que esculpian bajo el follaje de piedra de las arcadas; en dónde, en fin, está la clave invisible de esas robustas bóvedas, el

firme cimiento de esas agujas aéreas con que coronaron sus edificios.

Seguiremos en su marcha al pintor, desde que comienza iluminando con groseras imágenes los antiguos códices, hasta que después de cerrar con vidrios de colores brillantes las prolongadas ojivas, dice su última palabra cubriendo el tabernáculo de magníficas telas y los muros de frescos sorprendentes.

Registraremos los archivos, y al consultar los gloriosos anales de nuestra historia, nos remontaremos de fecha en fecha, hasta descubrir las fuentes de la filosofía y del saber en el silencio de los cláustros, y, en el origen de éstos, el arco de triunfo que elevó a cada una de sus victorias la reconquista.

Por último, cuando nos hayan revelado sus secretos las artes, cuando descifremos el Apocalipsis de granito que escribió el sacerdote en el santuario y aparezcan a nuestros ojos esas generaciones gigantes que duermen bajo las losas de sus sepulcros, arrojaremos sobre el confuso caos de tan diferentes ideas, un rayo de la fe que creara, y éste será el FIAT LUX que disipará las sombras de ese pasado desconocido.

Los hombres de reputación mejor adquirida entre nuestros arqueólogos; lo más ardiente e instruído de esa juventud que espera con ansia el instante de saltar al palenque literario para

probar sus fuerzas con un asunto grande, han tomado sobre sus hombros, no sin contar antes con el apoyo del Trono, de la Iglesia y de la opinión pública, la colosal empresa de armar el esqueleto de esa era portentosa, que, herida de muerte por la duda, acabó con el último siglo.

Acaso, cuando ya reunidos sus fragmentos, pongamos en pie al coloso de las creencias, sus gigantes proporciones humillen y confundan la raquítica Babel de la impiedad.

Gustavo Adolfo Becquer

BASÍLICA

DE

SANTA LEOCADIA

(VULGO EL CRISTO DE LA VEGA)

I

Después de haber visitado durante nuestra estancia en Toledo el convento de San Juan de los Reyes, del que ya hemos dado una idea a nuestros lectores, el primer templo que se ofreció a nuestra memoria, como uno de los más dignos de figurar al frente de los muchos con que se enorgullece la antigua mansión de nuestros monarcas godos, fué aquel cuyo nombre sirve de epígrafe a este artículo.

La Basílica de Santa Leocadia, es en efecto uno de los más ricos, sino en grandeza y lujo ornamental, en recuerdos y tradiciones.

Erigido sobre el sepulcro de una mártir, durante los primeros siglos de la era cristiana,

las diversas razas que han dominado nuestra Península, han escrito al pasar un pensamiento sobre su frente, borrando al mismo tiempo hasta las huellas del que grabó la que le había precedido; por eso hoy, pequeño en sus proporciones y desprovisto hasta cierto punto de importancia en la parte arquitectónica, conserva todavía esa indefinible y misteriosa majestad que el tiempo imprime a los edificios que han desafiado su curso destructor; ese aspecto solemne, que nos fuerza a detener nuestro paso y a descubrirnos aun en presencia de una sola piedra, a la que vive unida una tradición remota y venerable.

Determinados por estas razones, a colocar la descripción de la Basílica en el segundo de la serie de artículos en que nos ocuparemos de los edificios religiosos de la capital de Castilla la Vieja, señalamos el día que debiera destinarse a estudiarla artísticamente, supuesto que ya habíamos recogido los datos más indispensables para trazar el cuadro histórico de su fundación, restauraciones y vicisitudes. Llegado que hubo éste, pusimos por obra nuestro propósito, y fué tan profunda la impresión que su vista nos produjo, levantáronse en nuestra imaginación pensamientos tan melancólicos al mirarla aparecer entre los oscuros y altos cipreses que la rodean, que antes de entrar en los pormenores, siempre prolijos de su historia,

antes de levantar sobre su planta la descripción matemática y fría de sus ornamentos, decidimos ofrecer a nuestros lectores una ligera relación de nuestra primer visita al humilde santuario, que, medio oculto entre las copas de los árboles que prestan sombra a su peristilo, parece dormir al sordo murmullo del Tajo que corre por la ancha vega donde se le ve recostarse sobre un tapiz de verdura.

Cuando después de haber recorrido una gran parte de la ciudad imperial detuvimos nuestros pasos sobre la altura que corona el hospital de Tavera, desde la que se domina el lugar en que está situada la Basílica, el día comenzaba a caer. El cielo se veía cubierto por largos girones de nubes pardas y cobrizas entre los que se deslizaban algunos rayos de sol, que encendiendo sus orlas y bañando en luz la cima de los montes, doraban las altas agujas y los derruidos muros de la población que acabábamos de abandonar. La vega, que extendiéndose a nuestros pies se dilataba hasta las ondulantes colinas que se elevan en su fondo como las gradas de un colosal anfiteatro, asemejábase con sus oscuros manchones de cesped y las anchas líneas amarillentas y rojas de su terreno arcilloso, a una alfombra sin límites, en la que podíamos admirar la armónica gradación de los colores que se confundían y debilitaban, marcando así sus diferentes términos y des-

igualdades. A nuestra izquierda y escondiéndose por intervalos entre el follaje de sus orillas, el río, se alejaba besando los sauces que sombrean su ribera, y estrellándose contra los molinos que detienen su curso hasta bañar las blancas paredes de la fábrica de Armas, que aparece en su margen en medio de un bosque de verdura. Cuanto se ofrecía a nuestros ojos formaba un conjunto pintoresco; pero diríase al contemplarlo que sobre aquel paisaje había extendido el Otoño ese velo de niebla azulado y melancólico en que se envuelve la naturaleza al sentir el soplo helado de sus tardes sin sol; ese silencio profundo, esa vaguedad sin nombre, imposible de expresar con palabras, que apoderándose de nuestro espíritu lo sumerge en un océano de meditación y de tristeza imponderable

Claudio Lorena en algunos de sus maravillosos países, ha logrado sorprender su secreto a la naturaleza y ha reproducido ese último adios del día, con todo el misterio, con toda la indefinible vaguedad que lo embellece.

Después de haber contemplado durante cortos momentos el panorama que hemos querido describir con algunos rasgos, comenzamos a descender a la llanura por una senda que nos mostró nuestro guía, y que baja serpenteando por la falda de la eminencia en que se halla el hospital de que más arriba se hizo mención.

Ya en la vega lo primero que despertó nuestra curiosidad, fueron varios trozos de fábrica o frogones de argamasa y ladrillo, los cuales parecían pertenecer a una época remota. Efectivamente, son fragmentos de construcciones romanas que, diseminados acá y allá y medio ocultos entre las altas yerbas, señalan aún al viajero los lugares por donde en tiempo de los Césares se extendió la gran ciudad, que hoy ha tornado a subirse sobre las siete colinas que le sirvieron de cuna.

Como a la distancia de unas cien varas de estos vestigios de la antigua población, nuestros ojos se fijaron en unas nuevas ruinas. Los informes restos del circo de los gladiadores parecían brotar de entre los zarzales que crecen en su arena, como esos jigantescos trozos de roca, que heridos por el rayo, se desprenden de las alturas y ruedan al fondo de los valles.

Apresuramos nuestra marcha hasta penetrar en el perímetro del anfiteatro, el cual dibuja su planta circular por medio de una destrozada gradería de argamasa, que aparece y se esconde alternativamente, siguiendo las ondulaciones del terreno en que se halla como hundida.

Inútil fuera el querer hoy dar formas a los mil y mil pensamientos que asaltaron nuestra mente al contemplar los mudos despojos de esa civilización titánica que, después de haber sometido al mundo, dejó en cada uno de sus

extremos las asombrosas huellas de su paso; eran tan rápidas las ideas, que se atropellaban entre sí en la imaginación como las leves olas de un mar que pica el viento; tan confusas, que deshaciéndose las unas en las otras, sin dar espacio a completarse, huían como esos vagos recuerdos de un sueño que no se puede coordinar; como esos fantasmas ligerísimos, fenómenos inexplicables de la inspiración que al querer materializarlos pierden su hermosura, o se escapan como la mariposa que hulle dejando entre las manos que la quieren detener el polvo de oro, con que sus alas se embellecen.

Abandonamos el circo, siguiendo nuestro paseo a través de una ancha vía romana, de la que sólo quedan algunos vestigios. Estos, que se reunen ya en forma de arcos informes, por entre cuyas grietas suben enredándose las campanillas silvestres, ya en figura de rotos pedestales o de ruinosos lienzos de muro, apenas se alzan del terreno que los cubre lo suficiente para indicar la planta de las construcciones a que pertenecían.

Menos de un cuarto de hora habría trascurrido desde que comenzamos a atravesar la vega, cuando nuestro guía nos llamó la atención sobre un pequeño edificio de forma circular, en cuyos muros se observaban tres series de arcos árabes rehundidos, colocadas las unas sobre las otras, y al que defendían contra la

intemperie, una cúpula de pizarra y una humilde cubierta de tejas.

A medida que nos fuimos aproximando, comenzaron a levantarse a sus alrededores algunas tapias ruinosas, por detrás de las que se elevaban grupos de árboles, entre cuyas copas vimos aparecer una cruz de hierro que nos indicó el carácter religioso de aquella fábrica.

En efecto, el edificio que contemplábamos era la antigua basílica, conocida hoy bajo el nombre del Cristo de la Vega.

Al fin llegamos a la verja de hierro que defiende la entrada del átrio y sobre la que se ve la gran cruz de que hace poco hicimos particular mención. Allí encontramos dos mujeres, con las que cambiamos un saludo, y a las que nuestro guía hizo presente el objeto que llevábamos. Estas nos señalaron el camino que se dirige a la ermita, y nos internamos en él siguiendo sus instrucciones. Este camino lo forman dos tapias de construcción moderna, al par de las que corren dos filas de cipreses, por cuyos troncos suben tallos de yedra y de campanillas azules, y a cuyos pies crecen un gran número de rosales blancos que enlazan sus flores con las de la siempreviva y del lirio.

Un silencio profundo reinaba en derredor nuestro: el leve suspiro de la brisa que agitaba las hojas era triste; hasta en el canto lejano de las golondrinas que cruzaban con vuelo desi-

gual sobre nuestras cabezas, apercibíanse por intervalos tonos melancólicos y perdidos. Aquellos oscuros cipreses por entre los que marchábamos, aquellas flores pálidas e inodoras que bordaban los lindes de nuestro sendero, parodiaban las calles de un jardín; pero las ortigas que crecen en su enarenado piso; el jaramago que con sus grupos de flores amarillentas, ondula como el penacho de una cimera sobre los muros; las tintas vagas e indefinibles del crepúsculo, las que contribuia a enrarecer el opaco reflejo de las nubes apiñadas en el horizonte; el sordo murmullo del río que se revuelve y forcejea entre los trozos de roca que en aquel punto detienen sus aguas, todo sobrecogía el ánimo infundiéndole un vapor religioso que, sin saber por qué, no nos permitía hablar sino en voz baja, forzándonos a mover el pie con sigilo, como si temiéramos que el rumor de nuestros pasos despertara a los que en aquel recinto duermen el sueño de la eternidad.

Al fin de esta calle de cipreses se halla el átrio. Este que sirve de cementerio a los canónigos, es de planta cuadrada y consta de un frente principal que ocupa la puerta de la ermita y otros dos laterales en que están abiertos los nichos, cerrando el todo una segunda verja de hierro.

Involuntariamente nuestra atención se fijó en la portada de la Basílica, cuyo exterior hu-

milde forma un contraste singular con los grandiosos recuerdos que a ella viven unidos. La superioridad de la idea sobre la materia, la mirábamos allí como personificada. Monumentos que sus autores creyeron imposibles de destruir razas poderosas, que sujetaron el mundo a su poder; imperios reconstruídos por la espada sobre las ruinas de otros imperios; civilizaciones que los siglos contribuyeron a perfeccionar, todo se ha borrado, mientras un templo humilde, erigido sobre la tumba de una doncella por algunos hombres oscuros, a quienes solo animaba la fe, ha atravesado las edades, ha hecho frente a las invasiones, y aunque perdiendo sus formas, siempre conservando su espíritu existe hoy solo, mas con su mismo nombre, con su misto objeto en mitad de esa llanura erizada un día de palacios jigantes, de circos asombrosos, de termas sin número, de las que solo quedan la memoria o algunos fragmentos informes.

De estas consideraciones que de tropel asaltaron nuestra mente, vino a arrancarnos la voz de nuestro guía, que nos invitaba a penetrar en la iglesia antes que la ya dudosa luz de la tarde se extinguiese por completo.

Traspasamos el umbral de Santa Leocadia.

La rápida transición de la claridad del átrio a las sombras que bañaban el interior de la iglesia, nos deslumbró al principio. Después,

gracias a algunos moribundos reflejos del crepúsculo que penetraban a través de los altos y estrechos ajimeces del ábside, los objetos fueron poco a poco destacándose los unos sobre los otros deshaciéndose de la oscuridad que los envolvía

Aquellos de nuestros lectores que hallan contemplado uno de esos lienzos de Rembrant, en el fondo de los cuales las grandes masas de oscuro circunscriben la luz en un solo punto; punto que desde luego fija la atención del espectador, atrayendo su mirada sobre la principal figura, tras la que luego se comienzan a distinguir entre las sombras unas cabezas, antes invisibles, después otras, en seguida grupos de personajes que se adelantan, un mundo en fin, que sumergido entre las fantásticas y trasparentes veladuras del pintor, va apareciendo y completándose según el análisis a que se sujeta, esos tan sólo podrán formar una idea, aunque remota, del interior de Santa Leocadia, visto a esa hora en que el sol desaparece y la brisa mensajera de la noche tiende sus alas humedecidas en las ondas del río.

La primera figura que herida por un rayo de dudosa claridad, apareció deshaciéndose de las sombras como evocada por nuestro deseo, fué la efigie del Cristo que posteriormente ha dado nombre a la ermita.

Esta, que es de tamaño natural, tiene la fren-

te inclinada, los cabellos esparcidos por los hombros, una mano sujeta a la cruz y la otra extendida hacia delante como en actitud de jurar.

Nosotros que conocíamos la misteriosa tradición de aquella imagen, nosotros que tal vez en el fondo de nuestro gabinete habíamos sonreido al leerla, no pudimos por menos de permanecer inmóviles y mudos al mirarla adelantar su brazo descarnado y amarillento, al ver aún su boca entreabierta y cárdena, como si de ella acabasen de salir las terribles palabras: «*Yo soy testigo*».

Fuera del lugar en que se guarda su memoria, lejos del recinto que aún conserva sus trazas, donde parece que todavía respiramos la atmósfera de las edades que les dieron el ser, las tradiciones pierden su poético misterio, su inexplicable dominio sobre el alma.

De lejos se interroga,se analiza, se duda; allí la fe, como una revelación secreta, ilumina el espíritu y se cree.

Pasada esta primera impresión, poco a poco y a medida que nos familiarizábamos con la oscuridad, fuimos gradualmente distinguiendo las efigies, los altares y los muros de la iglesia.

Como dejamos dicho, nada de particular ofrece el templo en su parte arquitectónica; ni sus proporciones ni sus detalles son suficientes a producir esa sensación de asombro que cau-

san las maravillosas obras, que el mismo arte que elevó por última vez a Santa Leocadía, ha dejado esparcidas por Toledo.

Sólo en el exterior de su ábside, que según ya se expresó, se halla cubierto por series de arcos incluidos los unos en los otros, ofrece al artista un estudio del postrer período de las cuatro en que puede dividirse la historia de nuestra arquitectura árabe. Pero en cambio, un mundo de recuerdos a cual más grandiosos e imponentes, se agita y vive en aquellos reducidos lugares; una a una pueden recorrerse allí todas las épocas, seguros de encontrar en alguna de sus páginas de gloria el nombre de la humilde Basílica

La primera que se ofrece a los ojos del pensador, es esa edad remota que sirvió de cuna al cristianismo; época fecunda en tiranos y en héroes, en crímenes y en fe. La civilización, que muere envuelta en púrpura y ceñida de flores, tiembla ante la civilización que nace demacrada por la austeridad y vestida del cilicio. Aquélla tiene una espada en sus manos; ésta un libro de verdades eternas, y el hierro domina, pero la razón convence. He aquí porqué los Césares lanzan sin fruto los rayos de su ira desde lo alto del capitolio, sobre las proscriptas cabezas de los discípulos del Señor; he aquí porqué a sus legiones conquistadoras de la tierra les es imposible vencer a esas miría-

das, no de guerreros, sino de ancianos y de vírgenes, que vierten su sangre con una sonrisa de gozo, y mueren sin resistirse confesando su religión y prorrumpiendo en un himno de triunfo. La semilla de la fe germina y crece en el silencio de las catacumbas, en las tinieblas de los calabozos, en el horror de los suplicios, en la ensangrentada arena de los anfiteatros.

La persecución a su vez, toma jigantes proporciones, y presa de un delirio febril corre ardiendo en sed de exterminio, tras un fantasma invisible e hiere el aire con sus golpes inútiles porque cuando logra alcanzar el objeto de su furor, la muerte deja entre sus manos sangrientas con un cadáver la envoltura material del espíritu, que rompe sus ligaduras y sube al cielo desafiando su crueldad con una sonrisa.

En estos días de lucha y de prueba, aparece el santuario de Santa Leocadia, erigido según la más remota tradición, sobre la tumba de la virgen y mártir de este nombre. Las ruinas de un templo gentílico prestan sus sillares para la piadosa construcción, y los cristianos protegidos por las sombras y el silencio de la noche, y evitando las centinelas romanas que vigilan alrededor de los antiguos muros, vienen a orar sobre la tosca cruz de madera del sepulcro, a fortalecerse con el ejemplo de una débil mujer, a recibir la bendición de sus pastores, a darse en fin un adios, quizás el último, porque nin-

guno sabe si el nuevo sol iluminará su muerte.

Pero las tribus del Norte se extienden sobre la envejecida Europa y a la regeneración espiritual de las ideas, se une la material de las razas. El imperio dobla la frente ante sus vencedores, que después de asolar sus templos y ciudades, no encontrando enemigos que combatir, se sientan sobre las destrozadas ruinas del capitolio, a reposar del ardor y el cansancio de las luchas. El cristianismo entonces, esa idea que marcha silenciosa a través de la desolación y los combates, esa llama de fe que crece y se multiplica de día en día, viene a encontrarlos, y sin sangre, sin violencia, sin horrores, subyuga a aquellos guerreros indómitos, ante quienes las haces romanas se deshicieron como columnas de humo, y dándoles leyes, dándoles religión, dulcifica sus costumbres, enfrena sus pasiones, hace sus leyes, sus monarquías y su sociedad.

Entre los oscuros anales de esa segunda época de la era cristiana, volvemos a encontrar el reducido santuario, obra de los primeros defensores de la fe. Un Rey poderoso levanta con mano piadosa la Basílica sobre los antiguos restos de la tumba, y el arte que empieza a salir del profundo sueño en que se hallaba sumergido, merced a una tosca imitación de la antigüedad, despliega en él las rudas galas que lo

distinguen, agotando los recursos de su imaginación sencilla y ardiente.

Una era brillante de gloria comenzó entonces para el edificio.

La veneración por él, crece; los dones que le hacen, se multiplican, y los privilegios que consigue, se aumentan de cada vez más. Esos Concilios famosos, que dan renombre a Toledo, y de los que salen las leyes reformadoras de la Iglesia y del Estado, tienen lugar dentro de sus muros. Aquí resonó la palabra inspirada de aquellos doctos varones, que con su santidad y elocuencia, pusieron un valladar indestructible al poder; y aquí los Reyes vinieron a depositar su diadema ante un solemne concurso de prelados y magnates, que, pesando sus razones en la balanza de la justicia, legitimaban su derecho o lanzaban sobre su frente los rayos de la excomunión apostólica.

En este mismo lugar, Ildefonso, el denodado campeón de la Reina de los cielos, escuchó de boca de Santa Leocadia, que con este fin rompió la losa de su sepulcro, aquellas frases divinas que, fortaleciendo su ánimo, le dieron valor para proseguir constantemente en la ardua empresa que había acometido.

A esta tierra santificada por la tradición, pidieron en fin las lumbreras de la Iglesia, del Trono y de la sabiduría un reducido espacio donde sus huesos reposaran a la sombra de los

altares, en tanto que llegaba el eterno día de la resurrección y la gloria.

Mas la estrella de los godos desciende a su ocaso, Witiza y Rodrigo apresuran su caída, y los hijos del Profeta se derraman sobre la Península como un torrente.

Hoy tolerada, mañana perseguida, pero siempre incólume, siempre pura, la religión se transmite de unos en otros durante la dominación sarracena, y prosigue su marcha triunfadora a través de las vejaciones y la esclavitud.

Durante este período, temerosos los cristianos de que la profanación toque con su mano atrevida los venerables restos de la mártir que guardan, huyen con las sagradas reliquias a las desnudas rocas en que Pelayo arrojó el grito de guerra que levantó a Asturias e hizo temblar al árabe

Pasan los años, y la Cruz vuelve a enclavarse sobre las torres de Tolaitola, los pendones de Alfonso ondean sobre sus muros, un piadoso Arzobispo reconstruye la antigua Basílica, y el arte muzlímico que desaparece, graba en su ábside uno de sus últimos pensamientos.

Las vicisitudes de las épocas posteriores, afean su hermosura y le arrancan uno a uno sus numerosos privilegios; la Santa mártir que guardó, después de largas peregrinaciones, vuelve a la ciudad donde tuvo su cuna, pero no al templo a que dió su nombre; ¿mas podrán

arrancarse de la historia de la Iglesia las brillantes páginas que ocupa este santuario, hoy casi olvidado y escondido entre los cipreses que le rodean? No: el viajero, al pasar junto a tí, detendrá su marcha para contemplar los vestigios que diez y siete centurias han amontonado sobre tu cabeza: el cristiano, al traspasar tus umbrales, doblará su rodilla, no pudiendo por menos que sentirse anonadado en presencia de un testigo del nacimiento de las luchas y del triunfo de su fe.

Estas y otras ideas semejantes hervían en nuestra imaginación, cuando nos vinieron a avisar que la noche se adelantaba, y la hora de cerrar la ermita había llegado.

Por última vez recorrimos aquellos muros con una mirada triste, y llenos de un respetuoso silencio y temor, atravesamos el cementerio, cruzamos la estrecha calle de cipreses que conduce a la verja, y nos dirigimos hacia la ciudad.

Las altas y negras agujas de las torres de Toledo, por entre cuyos ajimeces se desprendían algunos rayos de luz, se destacaban sobre los flotantes grupos de nubes amarillentas, como una legión de fantasmas que, desde lo alto de las siete colinas dominaban la llanura con sus ojos de fuego.

II

Corría el IV siglo de la Era Cristiana; una gran parte del mundo gemía aún bajo el dominio de los Césares, y la fecunda simiente que los apóstoles sembraron y los mártires humedecieron con su sangre comenzaba a florecer, cuando a instigación de los falsos intérpretes de la voluntad de sus ídolos, y creyéndola una medida política, conveniente en aquellas circunstancias, los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron una terrible persecución a la Iglesia.

Esta, que fué la décima y última de las pruebas con que el cielo quiso, como Gedeón en las orillas del río, separar los fuertes de los débiles; distinguióse entre todas las que le antecedieron, tanto por su duración, como por su crueldad inconcebible.

En los edictos publicados al efecto, y entre otras muchas medidas a cual más vejatorias y rigurosas, se encontraban las siguientes:

«Los altares y templos dedicados al culto de la nueva religión deberían ser echados por tierra, siendo así mismo demolidas y arrancadas las cruces o memorias sepulcrales que señalaban el lugar donde yacían sepultados los restos de los mártires».

«Los pergaminos y libros en que se guardaban las tradiciones y preceptos religiosos, jun-

tos con los ornamentos y vasos sagrados que se usaban en las ceremonias se arrojarían al fuego por mano de los lictores».

«Los cristianos, perteneciesen a cualquiera clase, condición, edad o sexo, serían considerados como infames, y por lo tanto indignos de aspirar a los puestos de la milicia o la república, inhábiles para toda especie de cargos u honras, desposeídos de toda clase de privilegios y derechos, y fuera de la protección de las leyes».

«Por último se mandaba fuesen castigados con todo género de suplicios, hasta darles la muerte, los pastores y presidentes de las iglesias; aquellos que con su ejemplo o influencias contribuyesen a aumentar el número de neófitos; los que diesen a éstos acogida en sus casas o les suministrasen el Sacramento del bautismo, como igualmente a los que prestaran socorro a los prisioneros o diesen culto y sepultura a los despojos de los mártires».

La fama de esta terrible persecución, que tuvo su principio en Roma e hirió la primera la frente del pontífice Cayo, extendióse con increible rapidez por todos los países sujetos al dominio de los Césares. El temor se apoderó del ánimo de los débiles y el entusiasmo del espíritu de los valerosos.

Los pastores de las iglesias, semejantes a los marinos que presienten la tempestad, comen-

zaron a aparejarse para la borrasca y a disponer a sus discípulos para la lucha, ya encendiendo con fervorosas exhortaciones la fe de las almas ya desarrollando con rudas y difíciles penitencias la infatigable constancia de los cuerpos.

En los lugares más escondidos, en el fondo de sus hogares, entre las sombras de los subterráneos, en cuantos puntos les era posible, veíanse a los fieles reunirse en el silencio de la noche, para deliberar acerca de la salvación de su fe o para fortalecerse y aprestarse a la pelea. En los templos a todas horas ardía la lámpara de la oración; en las asambleas a todas horas se recitaban los gloriosos martirios de los confesores y las vírgenes, cuyas reliquias mostraban a los neófitos, exhortando a aquellos cuyo valor no pudiera ser bastante a arrostrar los suplicios, a que se ocultasen a vista de los verdugos para no debilitar la fe con el ejemplo de una apostasía. «El Señor, dijeron, no quiere otros mártires que los que él ha escogido y ha dotado con las prendas necesarias para arrostrar los halagos y los suplicios, las seducciones y la muerte».

Dada la señal por la Metrópoli, como se esperaba, la persecución no tardó mucho en extenderse por todo el imperio.

Entonces se trabó esa lucha memorable en las sangrientas y gloriosas páginas de nuestra

religión. Roma se armó de la espada y la Iglesia esperó tranquila sus golpes cruzados los brazos sobre el pecho e inclinada la frente. Al violento empuje de la una, la otra solo opuso esa fuerza de repulsión incalculable de la inercia, respondiendo a las injurias con el silencio; al torrente de brillantes argumentaciones de la falsa filosofía, con la desnuda, concisa y concluyente fórmula de la fe del Crucificado; a los crueles dolores de los suplicios, con la impasible y estoica serenidad de la resignación.

Los sacerdotes paganos se cansaban de argumentar y los verdugos de herir a aquellas legiones de mártires que solo decían, creo en mi Dios y no me arredra la muerte.

Roma dudó un instante de su omnímodo poder al verse humillada por un puñado de héroes, oscuros discípulos y propagadores de las doctrinas de un nazareno que expiró en el más afrentoso de los patíbulos. Por segunda vez publicáronse edictos más crueles si era posible.

Algunos hombres, que por su proverbial dureza e intolerancia parecieron lo más apropósito para llevar a cabo esta obra de exterminio. fueron los encargados de marchar en persona y con este fin, a los puntos designados por los jefes del imperio como más peligrosos por el número de campeones que en ellos tenía la fe de nuestros padres.

A Daciano tocó la España, en la que entró por los Pirineos después de haber recorrido las Galias dictando las medidas que creyó más eficaces para atajar los progresos del cristianismo.

Los desastrosos efectos de su presencia en la Península no tardaron en sentirse.

Los edictos tornaron a aplicarse en toda su fuerza; los templos que aún permanecían de pie fueron entregados a las llamas, y entre las muchas víctimas de su crueldad, los ilustres mártires Félix, Cucufate, Eulalia, Engracia, Vicencio, Justo y Pastor, señalaron con su sangre el camino del nuevo presidente de la España, el cual, después de recorrer algunos otros puntos, se dirigió a Toledo, ciudad conocida entonces como una de las que abrigaban más prosélitos de la nueva religión.

Por este tiempo vivía en la noble ciudad, de la que más adelante debiera ser patrona, una doncella hermosa y de progenie ilustre, llamada Leocadia.

Una religión esencialmente espiritual; una religión, que ennobleciendo al hombre, le mostraba que una parte divina de él no debería morir nunca; que abriendo un ancho porvenir a la esperanza, le daba aliento, mostrándole más allá de la tumba una nueva vida, más perfecta que la material y dolorosa que arrastramos; que desarrollando los sentimientos gene-

rosos, apoyaba al débil contra el fuerte, predicando una perfecta igualdad ante los ojos del Hacedor, no podía menos de hallar el mayor número de sus creyentes entre los jóvenes y los ancianos.

Estos últimos, ya cerca de los límites de su existencia, después de haber tocado y analizado cuanto les rodeaba, habían visto disiparse como el humo sus quiméricas ilusiones; el esqueleto material de las cosas se alzaba a sus ojos frío y descarnado; y su esperanza, esa secreta voz de inmortalidad que habla eternamente en el fondo de nuestro ser, marchaba entre tinieblas irresoluta y sin encontrar una mano amiga que le guiase a través de la oscuridad. Sus últimos pensamientos, esos pensamientos de hastío y desengaño no podían posarse ya sobre la tierra, y al ver brillar lejos, muy lejos, más allá del sepulcro, sobre el que tenían la planta, la brillante luz de la fe, creían y esperaban en esa edad en que solo así puede creerse y esperarse. Aquellos otros, cuya inteligencia al despertar tendía sus miradas sobre los decrépitos vestigios de una civilización corrompida y moribunda, que no encontraban en sus creencias materiales un eco que respondiese a ese misterioso anhelo por lo espiritual que hierve en las imaginaciones juveniles; cuyas ideas generosas, no maleficiadas aún por el egoísmo y las supersticiones groseras, se ha-

llaban dispuestas a comprender esas eternas máximas de verdad que se desprenden de la lectura del Evangelio; que capaces aún del entusiasmo, corrían allí donde encontraban peligros que arrostrar, donde hallaban un débil que proteger, aplicaron ansiosos sus labios sedientos de fe y de verdad, a los ricos manantiales de la religión que nacía virgen y en una armonía perfecta con las nuevas necesidades de sus inquietos espíritus.

De este número fué Leocadia. Dotada de un talento nada común y de una imaginación ardiente, apenas su razón pudo darse a sí misma cuenta del mundo que a su alrededor se agitaba, de la sociedad en cuya corrupta atmósfera vivía, cuando se apoderó de ella un sentimiento de repugnancia inexplicable hacia las groseras y ya estúpidas fórmulas de la idolatría. En lucha eterna esa misteriosa aspiración hacia lo infinito de su alma, que aún hacía violentos esfuerzos por mantener su dominio sobre las inteligencias, su mente inquieta ofrecía la imagen de un caos en que se agitaban, confundiéndose, la verdad que presentía y los errores que la cegaban, asemejándose a un mar de nieblas surcado por relámpagos de fuego. El germen de la verdad y del heroismo estaban allí, desarrollándose y pugnando por romper la roca calcárea que la oprima, impidiéndola aparecer y extender a los rayos del sol de la fe sus ra-

mas gigantescas. Entre las brillantes flores de su corona de pagana se veían asomar las punzantes espinas de la corona de mártir.

Mas un día la palabra del Señor resonó en su oído como una melodía suave, que su alma había comenzado sin poderla concluir, y que aquellas ideas completaban: la revelación, semejante a una luz clarísima, brilló de improviso en el fondo de su mente, iluminando sus pensamientos, antes vagos y confundidos entre el crepúsculo, precursor de aquella aurora que se elevaba radiante.

A medida que se desarrollaba a sus ojos el inmenso porvenir de gloria y de luchas que el cristianismo ofrecía a sus prosélitos, su fogosa imaginación se exaltaba más y más, como el corcel que golpea impaciente la tierra con su casco, ardiendo en deseos de lanzarse al escape a través de la llanura que se dilata a su vista.

La Oración, con sus alas de nieve, que pone en contacto al cielo con la tierra; la Caridad, con sus piadosas lágrimas en la mejilla, que iguala a la criatura con los serafines; el Martirio, con su corona de espinas y su bautismo de sangre que conduce al hombre sobre las huellas que dejó su Dios en el mundo; todos esos goces espirituales del amor divino; todas esas esperanzas sin límites de la fe, que forman el brillante cortejo de nuestra sagrada religión, mostraron sus encantos a la doncella. A partir

de este instante, Toledo tuvo una cristiana mas, y la falsa superstición una adoradora menos. Las aguas del bautismo purificaron aquella alma cándida y pura de por sí a la que el envenenado hábito de la idolatría pudo apenas empeñar con sus dudas, y la noble virgen entró en el seno de la nueva Iglesia.

En este punto, Daciano llegó a la ciudad que había de ser teatro de las glorias de Leocadia. Como en todos los lugares por donde había pasado, las nuevas y diligentes pesquisas de los sacerdotes de los ídolos, la ruina de los templos, la sangre y la desolación anunciaron en Toledo la presencia del implacable juez, ministro de la cólera de los emperadores.

La hora de la lucha había sonado; la tierna joven, en vez de arredrarse al aspecto de los verdugos que afilaban sus espadas, encendian las hogueras y embravecian con el hambre la ferocidad de los tigres y leones del circo, cobró nuevo aliento, y pareciéndole sentir en su frente la huella del sello con que de antemano el Señor marcara a los escogidos, se dispuso a aliviar y fortalecer a sus hermanos, en tanto que llegaba su día de triunfo y de muerte.

En los subterráneos a que se refugiaban los unos; en las cárceles, donde los otros yacían exánimes bajo el peso de las cadenas y los malos tratamientos; en los lugares más apartados, a donde arrojaban los sangrientos despojos de

las víctimas; durante el día, envuelta en las sombras de la noche, arrostrando los peligros, despreciando las amenazas, se la vió consoladora como una brisa nocturna que templa el fuego de la fiebre, multiplicarse y correr a donde alguno sufría, a donde alguno vacilaba. Sus joyas, su sueño, su vida, en fin, pertenecieron en aquellos momentos a la causa que había abrazado. Los socorros caían de sus manos como esa lluvia bendita que reanima las flores antes que el sol aparezca; sus consuelos y exhortaciones brotaban de su boca como un río de miel y de perfumes, que alentando a los más débiles, daba fe y valor a los más encorvados bajo el peso de los dolores.

Los cristianos creían ver en Locadia un ángel que descendiendo de las alturas, se había despojado de sus alas para vivir entre ellos y consolarlos y fortalecerlos en los días de prueba, esperando solo el fin de la persecución para remontarse de nuevo al cielo de donde había venido.

La fama del heroismo y las virtudes de la virgen no tardó mucho en llegar a oídos de Daciano, el que, noticioso de su tierna edad y noble cuna, intentó desviarla de la senda que seguía por medio de exhortaciones y de promesas brillantes.

Mandó a este efecto que la trajesen a su presencia: Leocadia que conocía ser llegado el ins-

tante de poner un glorioso sello a su sombra de abnegación, apresuróse a obedecer las órdenes del terrible juez. Vanas fueron las persuasiones y las deslumbradoras ofertas de éste, inútiles sus amenazas y su cólera, la doncella firme en sus propósitos y en su fe, rechazó con dignidad las primeras, despreciando con una sonrisa las segundas.

En su primer arrebato de ira, el nuevo presidente quiso entregarla en manos de sus verdugos, pero después, conociendo que en aquellos momentos de exaltación arrostraría la muerte con esa calma impasible y desesperadora, que mas de una vez le arrancaron sordos gritos de despecho al presenciar el sacrificio de sus víctimas, varió de designio mandándola conducir a uno de los más oscuros calabozos de sus cárceles.

Esperaba sin duda que la soledad y el silencio doblegarían aquella voluntad, firme en un instante de arrebato, pero que no podría resistir a las lentas agonías de una prisión.

En efecto, al mártir que marcha al suplicio, rodeado de la muchedumbre, que clava en él sus ansiosas miradas, y entre la que distingue a sus hermanos que le alientan con sus oraciones y sus votos; que ve el cielo, a que se va a elevar, extenderse radiante y azul sobre su frente, que dora el sol con uno de sus rayos; que enardecido a la vista de sus verdugos que

aguardan un instante de cobardía para cantar la victoria, se siente presa de un entusiasmo religioso, que el ejemplo de sus compañeros, contribuye a aumentar, a ese le basta un corazón grande, un ánimo varonil, sostenido por la fe de sus creencias, para arrostrar una muerte que mas bien es un triunfo.

Pero aherrojad un alma joven en el fondo de un calabozo; un alma, cuya vida es el movimiento, cuyas fuerzas renacen en la lucha, y se enervan en la quietud, cuya exaltación necesita para sostenerse, rodearse de una atmósfera de entusiasmo, y la veréis languidecer, marchitarse, perder una a una sus más altas prendas, su energía y su constancia, si una mano invisible y poderosa, no la sostiene, si una voz secreta y divina no le dice al oído en sus eternas noches de insomnio y de silencio: «Valor, yo estoy contigo».

Al escuchar la orden del tirano, recorrió Leocadia con el pensamiento, el espantoso cuadro del martirio que le esperaba, no pudiendo por menos de estremecerse. Ella solo había reunido valor para morir, y morir no es tan difícil.

Conducida al subterráneo calabozo, de donde un presentimiento le anunciaba que solo la muerte tendría el suficiente poder para arrancarla, comenzó en su espíritu esa lucha de to-

das las horas, de todos los instantes, de que al fin debiera salir victoriosa.

Envuelta en las heladas tinieblas de una noche sin término; sin que un fugitivo rayo de sol viniese a dorar por un instante el suelo húmedo de aquella cárcel horrible, sin que una voz humana resonara en su oído, o una pasajera brisa refrescara su frente y sus labios, secos por la fiebre, hija de aquella atmósfera corrupta que pesaba sobre el pecho como la losa de mármol de un sepulcro, su existencia se arrastraba miserable, y casi imposible de concebir, si un poder superior no le prestara ayuda. Efectivamente, el cielo con mano firme sostuvo el valor de su alma, de la parte inmaterial que en ella luchaba aún, manteniéndose firme contra el desaliento y la desesperación; pero a su cuerpo, a su organismo, a esa parte de la criatura, sujeta a todas las miserias y debilidades de una naturaleza terrestre, le era imposible resistir mas, y presa de agudos dolores, desfallecida bajo el peso de los hierros que la agobiaban, se la vió sucumbir de día en día, hallándose cada vez más impotente para sujetar entre sus ligaduras aquel espíritu que pugnaba por romperlas y remontarse al cielo.

De cuando en cuando turbaban el eterno silencio de su prisión, un sordo ruido de cadenas que se removían, de pasos que se adelantaban y de voces que de cada vez se hacían más per-

ceptibles; la ferrada puerta de su calabozo dejaba penetrar un rayo de luz rojiza que, luchando con las espesas tinieblas de aquel recinto, arrojaba una dudosa claridad sobre los muros, y aparecía en el dintel, rodeado de sus guerreros, uno de los servidores de Daciano.

La luz, el aire, las flores, las aguas, el cielo, el amor con sus horas de éxtasis, la vanidad con sus momentos de triunfo, las galas; las joyas, el movimiento, la vida en fin, la vida, que tanto se ama cuando se es joven, y se la siente huir de entre nuestras manos, todo esto venía a pasar como una visión tentadora y ardiente ante los ojos de Leocadia, todo esto le ofrecían sus verdugos pintándole los vanos goces de la tierra con palabras de fuego, que caían como gotas de plomo derretido en un corazón que de todo estaba privado.

Una triste sonrisa de resignación, y algunas cortas palabras, que ponían de manifiesto la firmeza de su propósito, era toda la respuesta que alcanzaban sus jueces.

Entonces la luz vacilaba y huía, las robustas puertas rechinaban sobre sus goznes, los pasos y el ruido se comenzaban a alejar poco a poco e iban debilitándose y perdiéndose, hasta que se borraban por completo, tornando a emprender las horas su lento curso entre las tinieblas, la inacción y el silencio fúnebre de aquella tumba de los vivos.

Así trascurrió el tiempo, hasta que al cabo llegó un día en que al abrir las puertas de su calabozo, los verdugos pudieron contemplar, al lúgubre resplandor de sus antorchas, un cadáver: era el de Leocadia, que a pesar de los grillos, los guerreros y los espesos muros que la guardaban, había roto sus prisiones remontándose hasta el Trono de su Dios, para recibir la debida recompensa de sus padecimientos y su constancia invencible.

La triste nueva de la muerte de la virgen difundióse con rapidez por toda la ciudad y los cristianos, que hasta entonces encontraron en la mártir una protectora, apresuráronse a recoger sus despojos, arrojados según costumbre a un lugar indigno de tan preciadas reliquias.

En la vega y al pie de los ruinosos vestigios de un templo pagano fué el lugar en que depositaron el cadáver. Las sombras de la noche prestaron ocasión y el próximo edificio piedras para levantar sobre el sitio en que reposaba una sencilla tumba suficiente a conservar la memoria de la ilustre virgen a la par que simulada lo bastante para no atraer sobre sus restos la cólera de sus encarnizados enemigos.

La persecución, que de cada vez se hacía más sangrienta, no permitió por entonces que los cristianos diesen más pública muestra de la veneración en que tenían la memoria de la santa, La tradición tan sola, trasmitiendo de unos en

otros la fama de sus virtudes y su martirio, quedó encargada de conservar su recuerdo mientras no brillaban días más apacibles para la Iglesia entonces combatida por tan poderosos enemigos.

Al fin un rayo de esperanza, tal vez precursor de la paz de Constantino, penetró en el pecho de los fieles.

Diocleciano hastiado del poder abdica el imperio, Maximiano le imita, Constancio y Galerio le suceden y el primero de estos nuevos Césares, revocando en parte los edictos de sus antecesores en lo que atañía a la persecución de la fe, hizo más llevadera la suerte de sus prosélitos.

Dúdase si en este tiempo de treguas y de esperanza, se edificó por primera vez el templo de la Santa mártir o si su fundación se debe a una época más posterior. Entre estas dos diferentes opiniones nosotros nos inclinamos a admitir la última, pues la corta duración de este período de tranquilidad le hace más valedera.

En efecto la inesperada muerte de Constancio, que sólo tuvo durante un año las riendas del imperio, abrió camino a la ambición de Majencio y concluyó con la paz de la Iglesia a la que éste, después de proclamarse emperador en Roma, tornó a perseguir con tanta o más

crueldad que los que en esta sanguinaria empresa le habían precedido.

Pero la hora del triunfo se acercaba para los cristianos y el pueblo de Roma, que cansado de la tiranía del nuevo César, llamó contra él a Constantino, apresuró su llegada. Este, a quien el pueblo romano encomendaba su salvación y el cielo debía a la vez hacer instrumento de su venganza y su gloria, partió al punto de las Galias, en donde por aquella razón residía, con intentos de combatir a su enemigo.

Tan grande era la empresa encomendada a su valor, y las dificultades que a su feliz término parecían oponerse de tal magnitud, que acaso hubiera desistido de su propósito si una revelación divina no hubiera fortalecido su ánimo con la promesa de la victoria. Y así fué: colocada la cruz sobre las águilas del Lábaro, las legiones que la siguieron en la pelea alcanzaron sobre Majencio un triunfo señaladísimo a vista de los muros de la ciudad eterna.

Dueño Constantino de Roma proclamóse emperador, y abrazando la religión cristiana, en nombre de cuyo Dios había salido victorioso, mandó revocar de un todo los edictos que existían contra los defensores de la fe, reedificó gran parte de sus templos, y alentó el celo de los pastores de las iglesias para que

hiciesen nuevos neófitos, aumentando así de día en día el número de los cristianos.

En este punto es en el que, según las más autorizadas opiniones, se erigió el primitivo templo de Santa Leocadia.

Este, que tuvo su asiento en el mismo lugar en que se halla el que hoy conocemos con igual nombre, parece fué edificado con los restos del antiguo edificio romano a cuya sombra se encontraba la tumba de la santa. Su traza y proporciones debieron ser reducidas, pues ni la iglesia, que acababa de salir de una terrible persecución, se hallaba aún en el grado de esplendor en que la veremos más tarde, ni los cristianos, que rehusaban dar a sus templos la forma de los del paganismo, poseían aún una arquitectura propia.

A partir de la primitiva fundación de la Basílica, hasta que más adelante fué reedificada por Sisebuto, la historia no ofrece dato alguno por medio del cual pueda afirmarse cual fué su suerte durante este largo período de años. Tal vez la escasa importancia que aún tenía, o la oscuridad que en las noticias de estos tiempos se encuentra, son la causa de este silencio.

Puédese sin embargo conjeturar, y con bastante fundamento, que destruído el imperio romano por la asoladora invasión de las tribus del norte, y presa España de los diferentes dueños que tan encarnizadamente se la disputaron

hasta que los Godos consiguieron la victoria, Santa Leocadia, como tantos otros edificios, o pereció entre las llamas, o abandonado a las injurias de los años y del olvido fué arruinándose y desapareciendo poco a poco. Esta falta de noticias sin duda es la que ha dado lugar a las diversas opiniones, que acerca de este punto de la historia de la Basílica, encontramos en los diferentes autores que al efecto hemos consultado. Unos, y entre ellos Mariana, o hablan vagamente de la edificación de este templo, o dejan colegir de las palabras con que se expresan, que Sisebuto lo levantó por primera vez. Véase pues, lo que el historiador que acabamos de citar dice a propósito de este asunto.

«En la vega de Toledo junto a la ribera del »Tajo hay un templo de Santa Leocadia muy »viejo y que amenaza ruina; dícese vulgarmen»te, y así se entiende, que le edificó Sisebuto; »de labor muy prima y muy costosa. El arzo»bispo D. Rodrigo testifica que Sisebuto edi»ficó en Toledo un templo con advocación de »Santa Leocadia; la fábrica que hoy se ve no es »la que hizo Sisebuto.»

Otros, por el contrario, afirman que decoró, ensanchó y reconstruyó de nuevo el que de tiempos antiguos existía. Nosotros nos decidimos por estos últimos, apoyándonos para creerlo así, no sólo en la tradición, que de este

modo lo testifica, sino en la consecuencia natural de los hechos; pues se deja inferir de los grandes trastornos que sufrió nuestra península en aquellas épocas, que a no haber un monumento material que la conservara la memoria del lugar en que yacían los restos de la Santa mártir, hubiera desaparecido.

Queda sin embargo, fuera de toda duda, que este hecho tuvo lugar corriendo la era de DCLVI (año 618) durante el reinado de Sisebuto y a tiempo que ocupaba la sede de la iglesia de Toledo San Eladio, a cuya persuasión creen algunos que llevó el rey a términos tan piadosa obra.

Ya levantada la Basílica, con la suntuosidad de que las artes en aquella época eran susceptibles, y en la forma de que más adelante y al ocuparnos de la descripción arquitectónica de la fábrica hoy existente, trataremos de emitir alguna idea, comenzó para este templo el período de más esplendor de que ha gozado. Su nombre, que ya hemos visto aparecer durante las luchas del cristianismo, se une aquí tan íntimamente a los anales de nuestra iglesia y de nuestra monarquía, que será necesario, para proseguir la relación de su historia, recorrer alguna de la más importantes páginas de las reformas de estos dos poderes, debidas en gran parte a los nu erosos concilios que tuvieron lugar en Toledo.

Uno de los más famosos entre éstos, y el cuarto en el orden generalmente admitido, fué el primero que se celebró en Santa Leocadia, dando a ello ocasión los sucesos, que aunque ligeramente, no podemos pasar sin referir en este artículo.

Muerto Recaredo, sucesor e hijo de Sisebuto, a los tres meses de poseer la corona, subió al trono, merced al voto de los grandes, Suintila, persona de aventajado valor y conocimientos en las artes de la guerra, pero que después de haber restablecido la paz en sus estados y hechóse temer de sus enemigos, cayó en el odio de sus vasallos por haber convertido el poder en instrumento de sus vergonzosas pasiones.

El descontento del pueblo y de algunos de los nobles, a quienes los desmanes del monarca tenían ofendidos, fueron gran parte sin duda a que Sisenando hiciese blanco de sus ambiciosos proyectos la corona de Suintila.

Era Sisenando uno de los más poderosos entre los magnates, lo cual, reunido a la fama de esforzado que había sabido conquistarse en las últimas guerras, facilitaban hasta cierto punto su arriesgada tentativa de usurpación. No obstante las probabilidades de buen éxito, que así su influencia como el general descontento de los vasallos del aborrecido Suintila le ofrecían, pidió ayuda para asegurar de un todo su golpe a Dogoberto rey de Francia,

merced a los socorros del cual alentáronse los irresolutos y tomando las armas no las depusieron hasta haber conseguido su fin. Suintila fué despojado del trono y al par que su esposa y su hijo Rechimiro, con quien poco antes dividiera el poder, arrojado vergonzosamente de su reino.

Dueño ya Sisenando de la corona, su primer cuidado fué el asegurarla sobre sus sienes, dando cierto color de legalidad a la empresa a que de por sí se había arrojado. Con este objeto, y con el de quitar toda base de esperanza a sus enemigos, que a pesar de todo los tenía en gran número, determinó ampararse del brazo eclesiástico, con la cooperación del cual y reuniendo una numerosa junta de prelados y próceres podía aún legitimar su posesión del trono, pues el derecho hereditario no se conocía aún como ley fundamental, aunque en algunas ocasiones pasara el cetro del padre al hijo.

Hízolo así, y según la opinión más conteste de los autores que tratan de esta materia, tuvo lugar el Concilio en Santa Leocadia y el día 15 de Diciembre del año de 633. Hay no obstante escritores que suponen este hecho como ocurrido un año más tarde, esto es, en el de 634. Nosotros, como dejamos advertido más arriba, apoyamos la opinión más autorizada a nuestro entender.

Reunida que estuvo la asamblea, una de las más numerosas y respetables de aquellos tiempos, por haber tenido en ella el primer lugar San Isidoro, presentóse el rey en ella con grande ceremonia y arrodillándose, con lágrimas en los ojos y muestras de humildad, rogó a los padres que a aquél solemne acto se hallaban presentes, intercedieran con Dios por medio de sus oraciones, para que iluminase sus espíritus y pudiesen remediar con sabiduría, así la disciplina de la iglesia, como las cosas del estado y las costumbres públicas, relajadas merced a las contínuas revueltas políticas.

Pusieron por obra los deseos del rey, y pasando a tratar de los asuntos para que se habían reunido, convinieron entre sí y publicaron decretos importantes; entre ellos, los que concernían a manera de suceder en el trono y de celebrar los concilios provinciales.

He aquí los principales puntos que se trataron y lo que acerca de ellos se acordó, conforme a la opinión más autorizada.

Dispúsose en primer lugar la celebración de concilios provinciales, los que deberían tener efecto cada un año.

Acordóse asimismo la forma en que éstos habían de celebrarse, mandando que al tomar asiento los padres asistentes a las juntas, guardaran el orden de antigüedad, teniendo en cuenta para esta ceremonia las épocas de sus

consagraciones. Esta misma regla y orden debería seguirse para la emisión de los votos.

Con su voluntad, y a sus instancias, podrían admitirse en los concilios y formar parte de ellos, así para evitar como para autorizarlos con su firma, a los grandes, que ya por asistir cerca de la persona del rey o desempeñar altos cargos en la república, pareciese oportuno conferir esta honra.

A estos concilios sólo deberían hallarse presentes aquellos a quienes competiese el asistir, y de ningún modo las personas extrañas a las altas cuestiones que en ellos se examinarían.

A este fin se mandó que las puertas del tem plo en que hubiera de tener lugar la junta, se cerraran muy de mañana, dejando tan só o una abierta, mas con sus guardas correspondientes que no permitirían el ingreso sino a los padres y a los próceres designados con antelación.

En las cuestiones que hubieran de dilucidarse, propondría los puntos de más importancia el Metropolitano.

Las causas particulares y los asuntos de menor interés serían propuestos por el arcediano.

Esto es en resumen lo que acerca de la celebración de concilios provinciales, se dispuso en lo que pudiéramos llamar primera parte de los trabajos de esta asamblea, la cual, después de haber tratado en lugar preeminente cuestión

de tan alto interés para la disciplina eclesiástica, pasó a dilucidar y resolver otros puntos de la misma disciplina, ordenando sus decretos en la forma siguiente:

Dispúsose, que para el uso de los sacerdotes y la absoluta regularización de las ceremonias de la Iglesia, hubiese en toda España un misal y un breviario; la formación del cual quedó encomendada a San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, varón insigne por sus virtudes y sus luces, y que como dejamos expresado ocupó el primer lugar en este concilio. De aquí según opinión autorizada, proviene el atribuir comunmente a San Isidoro el misal y breviario de los muzárabes, aunqne San Leandro compuso muchas cosas de él, y con el tiempo se le añadieron otras más.

Dispúsose también, que antes de tener efecto la fiesta de la Epifanía, se acordara en qué día de aquel año debiera celebrarse la Pascua, que aún no tenía lugar fijo entre las conmemoraciones de la Iglesia; dejando al cuidado de los metropolitanos el dar por medio de sus cartas, aviso oportuno de la decisión a las iglesias de sus provincias.

El Apocalipsis de San Juan, se mandó fuese contado de entonces para en adelante entre el número de los libros canónicos.

A las iglesias de Galicia, que diferían en la bendición del cirio pascual, y en algunas otras

ceremonias y oraciones, del resto de las iglesias de España, se les ordenó siguiesen el uso constantemente admitido por estas últimas, conformándose en un todo a sus ritos, ceremonias y costumbres.

Para atajar los frecuentes abusos, que en punto a las ordenaciones solían ocurrir, y muy en particular durante el último reinado, prohibióse de la manera más absoluta el ordenar de obispos o presbíteros a las personas que, cuando menos, no tuviesen treinta años de edad; debiendo reunir además de esta circunstancia la de merecer la aprobación pública por sus costumbres ejemplares.

Prohibióse asimismo a los clérigos el persistir en la costumbre, muy generalizada en aquella época, de cortarse el cabello sólo en lo más alto de la cabeza. Según lo que se acordó sobre este particular, debían afeitársela en su mayor parte, pero de modo que los cabellos formaran una corona a su alrededor.

Propuestas y acordadas las decisiones sobre las materias que dejamos apuntadas, ligeramente, por no permitir mayor ampliación el carácter de nuestra obra, se ocuparon los padres del Concilio de un asunto entonces de gran interés, por la confusión en que se encontraban las pocas leyes al efecto expedidas, y la inconveniencia y contrariedad de casi todas éstas. Hacemos alusión al estado del pueblo hebreo,

que en verdad no podía ser más miserable. Compelidos los judíos por Sisebuto a abandonar la patria en que nacieron o la religión que profesaban, unos abrazaron nuestra fe, mientras los otros escondieron sus riquezas, causa primordial de sus persecuciones, y se refugiaron en lugares escondidos o en países remotos

Sin embargo, los que permanecieron en la Península, así los recién convertidos como los pertinaces en su antigua religión, sufrían toda clase de vejaciones, ya de parte del pueblo que los odiaba, ya de la de los magnates codiciosos de sus fortunas. Para remediar en lo posible estos daños y poner de una vez coto a semejantes demasías, los padres presentes a esta junta animados de un celo humanitario, digno del mayor encomio, y muy particularmente en aquella época, acordaron el ordenar algunos decretos, que con la fuerza de leyes, para de allí en adelante pusiesen en seguridad los bienes y las personas de los israelitas. Mas, para que éstos en ningún modo se ensoberbecieran y aspirasen por medio de su oro a gozar de todas las preeminencias y derechos concedidos a los fieles, redactáronse en la misma ocasión otros decretos que señalaban el término de sus facultades y de sus relaciones para con los cristianos. Entre todos ellos, en que minuciosamente se ocuparon de las uniones de las razas, de la servidumbre y de la mayor o menor

publicidad de sus actos religiosos, los más notables son sin duda los que a continuación se expresan:

En primer lugar se vedó expresamente el que se atacase por medios violentos a las personas o las propiedades de los judíos, a no existir causa legal y justificada.

Prohibióse tambien el forzarlos a abrazar la religión cristiana, fuesen los que quisieren los medios que para conseguir este resultado se pusieran por obra, ya directos, ya indirectos. La persuasión y las exhortaciones debían quedar tan sólo como armas poderosas para convertirlos.

Los que a instigación del rey Sisebuto recibieron las aguas del bautismo, dispúsose que permaneciesen en la fe que habían profesado.

Finalmente, los judios, y los que de ellos descendiesen, no podrían ocupar, según el último de estos capítulos, cargos públicos, magisterio o puestos de consideración en la milicia.

La postrer materia de que se trató en este concilio, uno de los que más copia de decretos ordenaron y dispusieron, fué la relativa a la ocupación del trono por Sisenando, y al anatema que después de examinar sus acciones debía lanzarse sobre la frente de Suintila. En efecto, para poner en claro estos puntos y levantar un valladar entre la impaciente ambición de los magnates y el trono, se dispuso:

Que ninguno pudiera ceñirse la corona y ejercer la autoridad real a no ser elegido por el voto de los grandes y prelados.

Que el juramento de fidelidad hecho al rey no se quebrantase por ningún término ni modo.

Que los reyes no abusasen del poder que se les había conferido para concurrir al bienestar y la felicidad de sus pueblos, convirtiéndolo en instrumento de sus pasiones o su ambición, y por lo tanto haciéndose en vez de padre, tirano de los suyos.

Que a Suintila se le considerase como indigno de ocupar el trono; y sobre él, sobre su esposa, sus hijos y su hermano se lanzase la escomunión apostólica, en pena de las demasías que cometieron y males de que fueron causa durante su reinado.

Con estas últimas disposiciones dió fin a sus tareas el IV Concilio toledano, famoso, como ya hemos dicho, tanto por el número de padres ilustres que lo compusieron, como por la gravedad de las cuestiones que se trataron en él.

Firmaron las actas y decretales sesenta y dos obispos y siete vicarios en nombre de igual número de dignidades ausentes.

Los Metropolitanos, que fueron seis, firmaron en este orden.

En primer lugar.—Isidoro, arzobispo de Sevilla.

En segundo.—Selva, arzobispo de Narbona.

En tercero.—Stéfano, arzobispo de Mérida.
En cuarto.—Justo, arzobispo de Toledo.
En quinto.—Juliano, arzobispo de Braga.
En sexto.—Audax, arzobispo de Tarragona.

El padre Mariana, al ocuparse, entre otros, de este Concilio, emite una idea de la que, aunque no la hallamos autorizada por completo, por venir de parte de persona tan docta e inteligente en materias eclesiásticas, haremos mención en este artículo.

He aquí la idea a que hacemos referencia, y las palabras con que en su *Historia general de España* la emite:

«Personas erúditas y diligentes son de parecer que el libro de las leyes góticas, llamado »vulgarmente el *Fuero Juzgo*, se publicó en este Concilio de Toledo, y que su autor principal fué S. Isidoro: concuerdan muchos códices antiguos destas leyes que tienen al principio escrito como en el Concilio Toledano IV, »que fué éste, se ordenaron y publicaron aquellas leyes. Otros pretenden que Egica, uno de »los postreros reyes godos, hizo esta diligencia. »Muévense a sentir ésto por las muchas leyes »que hay en aquel volumen de los reyes que »adelante vinieron y reinaron. Puede ser, y es »muy probable, que al principio aquel libro fué »pequeño, después con el tiempo se le añadieron las leyes de los otros reyes conforme se »iban haciendo»

Nosotros, no obstante, no hemos encontrado ni en Loaísa, ni en otros autores que de exprofeso hemos consultado, y que, como el que acabamos de citar, tratan por extenso de lo ocurrido en los Concilios españoles, noticia alguna que confirme esta opinión. Pacheco, en su introducción al *Fuero Juzgo*, explica de una manera satisfactoria el origen de este error, el cual atribuye a descuido de los copistas, equivocados sin duda, por la circunstancia particular de ser la primera ley de este antiguo Código la misma que sirve de cabeza a las del IV Concilio Toledano.

A la muerte de Sisenando, que acaeció andando algún tiempo después de haber tenido efecto este Concilio, reuniéronse, según en él se había dispuesto, los prelados y los grandes para elegir sucesor a la corona. Chintila fué el que por la mayoría de los votos salió elegido rey. Apenas éste tomó las riendas del gobierno cuando dispuso la celebración de un nuevo Concilio, sin duda con la idea de que los padres confirmaran su elección y dispusieran leyes que le ayudasen a conservar la corona sobre su cabeza.

Esta asamblea, que tuvo lugar, como la anterior, en la Basílica de Santa Leocadia y en el año de 636, primero del reinado de Chintila según la opinión conteste de los historiadores,

fué la quinta en el orden de los Concilios toledanos.

Reunidos que estuvieron los padres asistentes, procedióse a la ordenación de los decretos que ni se redactaron en tanta copia como en el anterior Concilio, ni las materias que en ellos se contenían fueron de tan grande interés.

En primer término tratóse de la ordenación de nuevas letanías, las que habían de celebrarse cada un año y durante tres días consecutivos, comenzándolas en el 13 de Diciembre.

He aquí lo que un autor, respetable por más de un concepto, dice al tratar de este Concilio y como en aclaración del canon que acabamos de mencionar.

«Había costumbre de muy antiguo que antes »de la Ascensión se hiciesen estas procesiones »por los frutos de la tierra. Mamerco, obispo »de Viena, en cierta plaga, es a saber, que los »lobos por aquella tierra rabiaban y hacían »mucho daño, por estar olvidada la renovó co»mo doscientos años antes de este tiempo, y »aun añadió de nuevo el ayuno y nuevas roga»tivas, todo lo cual se introdujo en las demás »partes de la Iglesia. Gregorio Magno asimis»mo los años pasados, por causa de cierta pes»te que anduvo en Roma muy grave, ordenó »que el día de San Marcos se hiciesen las leta»nías. En España en particular, en el Concilio »Gerundense; se aprobó y recibió todo lo que

»está dicho; mas en este Concilio fué tan gran-
»de la devoción y celo de los padres, que con
»un nuevo decreto mandaron se hiciesen las
»letanías en el mes de Diciembre, no con inten-
»to de alcanzar alguna merced ni de librarse
»de algún temporal, sino para aplacar a Dios y
»alcanzar perdón de los pecados que eran mu-
»chos y graves.»

Los otros decretos publicados con referencia a la disciplina eclesiástica son pocos y de tan corta consideración, que por no contribuir su contenido a esclarecer ningún punto histórico o dar alguna idea sobre las costumbres de la época en que se formularon, pasaremos a tratar de los concernientes a los asuntos del reino.

En éstos limitáronse los padres a confirmar cuanto en el Concilio anterior se ordenó acerca de la manera de suceder en el trono, confirmando en él a Chintila, como elegido por el voto libre de los prelados y los grandes, y disponiendo además: que a los hijos de este rey nadie se atreva, so pena de excomunión, a hacer mal o desafuero, aun cuando faltase su padre: que ninguno se permita comprar votos o procurárselos antes de la muerte del rey, sean los que fueren los resortes de que disponga para conseguirlo; y por último, que sólo puedan aspirar a la dignidad real los descendientes de la antigua nobleza o alcurnia de los godos.

En este Concilio, que como más arriba que-

da expresado fué el V, firmaron las actas veintidos obispos y dos procuradores, en nombre de igual número de padres ausentes y tuvo el primer lugar Eugenio, obispo metropolitano de Toledo, único de esta dignidad que a él asistió.

Desde la época en que acontecieron los sucesos que acabamos de reseñar hasta el reinado de Recesvinto, la historia no vuelve a hacer mención de la Basílica, pues aunque los Concilios VI y XVII toledanos expresan haberse celebrado en Santa Leocadia, por la circunstancia de decir en la *iglesia* y no en la ***basílica*** como en los anteriores, y haber efectivamente existido otra Santa Leocadia, iglesia, nosotros hemos creído oportuno dar mayor crédito a la opinión de los que aseguran no haber tenido lugar las antedichas juntas en el templo de que nos ocupamos.

Corriendo los años de 366, y a tiempo que ocupaba la Sede toledana San Ildefonso, dispuso este prelado celebrar una solemne fiesta en la Basílica de Santa Leocadia, en celebración del triunfo que sobre sus contrarios había conseguido en su piadosa defensa de la inmaculada pureza de la virgen María.

Hallándose, en el templo este insigne varón, en compañía del rey Recesvinto, tuvo lugar el milagro que ha hecho famosa la Basílica en que ocurrió, y en testimonio del que se guardan aún entre las reliquias de la iglesia primada, el

cuchillo del rey y el pedazo del velo de la ilustre mártir que con él cortó el santo prelado.

Como ya habrán visto los lectores, nuestro ilustrado y respetable amigo don Manuel de Assas, en la cronología de los arzobispos de Toledo, que para esta misma historia escribe, dá cuenta minuciosa y exacta de este suceso al ocuparse de San Ildefonso, razón por la que, a fin de no repetir, excusamos de referirlo nuevamente.

Solo sí haremos constar, que merced a este señaladísimo suceso, creció de una manera prodigiosa la veneración en que hasta entonces se tuvo este templo, ya por su origen y el sagrado cadáver que contenía, ya por haber recibido en él sepultura los cuerpos de muchos ilustres varones y reyes godos a los que después se reunieron los de San Ildefonso y San Eugenio, lumbreras ambos de la iglesia católica.

El completo trastorno que en épocas posteriores ha sufrido este edificio, no deja espacio para aventurar alguna opinión, siquiera fundada en indicios o conjeturas, acerca de los lugares en que estuvieron estos sepulcros.

Durantes los reinados posteriores al de Chindasvinto es de presumir que el santuario que nos ocupa se conservaría en igual grado de esplendor, no perdiendo éste hasta tanto que la monarquía goda, a la que debía su grandeza,

cayó herida de muerte en las orillas del famoso río a que dió nombre este desastre.

En efecto; invadida por las hordas sarracenas una gran parte de la península, Toledo, a pesar de sus fortísimos muros y ventajosa posición, no pudo por largo tiempo hacer frente a las victoriosas huestes de Tarif. Sobre el modo con que fué tomada a los cristianos la noble ciudad residencia de sus reyes, no están acordes los historiadores.

Nosotros, aun cuando parece fuera de propósito el detenernos en este artículo, sobre un punto que no atañe sino incidentalmente a la historia de la Basílica que tratamos de bosquejar, por hallarse el nombre de ésta mezclado a una de las opiniones que sobre el hecho en cuestión se han emitido, no queremos dejarlo pasar por alto.

El caso es éste: varios historiadores, y entre ellos don Lucas de Tuy, cuentan que puesto cerco a Toledo por el vencedor de Guadalete, los cristianos, aunque inferiores en número y desalentados por las rápidas y numerosas victorias conseguidas por sus enemigos, se mantuvieron, merced a la fortaleza de los muros que los abrigaban, firmes en la defensa de la ciudad por espacio de algunos meses. Cansado el caudillo de los infieles de tan prolongada estancia en aquel lugar y con ánimos de emprender con algunas otras ciudades que aún se

tenían por los nuestros, se preparaba a levantar sus tiendas, cuando aconteció, que por ser llegado el Domingo de Ramos, día en que comienza a celebrarse la pasión del Señor y los moradores de Toledo haber salido en gran número y procesionalmente a la Basílica de Santa Leocadia, según era costumbre desde tiempos muy remotos, los judíos que permanecieron en la población franquearon las puertas a los sitiadores.

Hasta aquí don Lucas de Tuy: Mariana, que también dá cabida en su *Historia general de España* a la narración de este suceso, tal como le dejamos referido, se inclina, sin embargo, a creer, que la ciudad cayó en poder de los moros, no por sorpresa o asalto, sino por capitulación de sus moradores.

Aunque por la variedad de pareceres que sobre este particular se encuentra en los cronistas de nuestra historia, es aventurado el resolverse absolutamente por el de alguno de ellos, nosotros sin embargo nos adherimos de un todo al del docto Jesuíta. Las ventajosas condiciones con que los cristianos quedaron en Toledo, de las que al tratar de las parroquias muzárabes daremos detallada relación, nos inducen a creer que no hubo sorpresa ni violencia, antes bien convenio, y como dejamos dicho, ventajoso en todo lo posible para los fieles, lo cual no es razonable que sucediera

en el caso que se supone de ocupación a mano armada.

De la suerte que cupo a la basílica durante la dominación árabe, muy poco o casi nada podemos conjeturar. De que hubo de cerrarse al culto no queda algún género de duda puesto que no la hallamos comprendida en el número de las iglesias cuya conservación fué permitida a los cristianos para celebrar en ellas sus ceremonias religiosas.

Tampoco se sabe ciertamente la época fija en que se ocultaron las reliquias de Santa Leocadia para que no fuesen objeto de profanación por parte de los vencedores.

Poco antes de ser cercada Toledo por el caudillo Tarif, y después de la desastrosa jornada de Guadalete, Urbano, que a la sazón ocupaba la Sede de esta iglesia, temeroso de que, como sucedió más adelante, no pudiesen resistir los cristianos el ímpetu de las hordas sarracenas, reunió las reliquias que en más veneración se tenían, y juntas con los sagrados libros de la Biblia y las obras de los ilustres varones Isidoro, Ildefonso y Juliano, se retiró a Asturias, punto de España al que ya se habían refugiado los moradores de varios lugares destruídos, en la confianza de que, merced a las asperezas de sus montañas, los árabes no la impondrían su yugo.

O bien en esta ocasión, o algunos años más

adelante, en los que también queda noticia de haberse sustraído varios objetos sagrados a la impiedad de los sectarios de Mahoma, llevándolos asimismo a Asturias, es sin duda alguna cuando se sacó del sepulcro en que hasta entonces yaciera el cuerpo de la virgen Leocadia.

Cuando le llegue su turno en el orden de esta narración, diremos cómo este sagrado depósito, después de haber llevado a un país extranjero, volvió a la ciudad que por tantos años lo había poseído y que en tan especial veneración lo tiene.

Más de tres siglos habían pasado sobre los sucesos que se acaban de referir, la reconquista, esa obra de titanes que las guerreras generaciones se legaban unas a otras como única herencia, se encontraba en el más brillante de sus períodos, y ceñía la corona de Castilla el invicto D. Alonso el VI, cuando los cristianos, bajo la conducta de este rey, pusieron sus armas victoriosas sobre Toledo.

La importancia de esta ciudad, una de las más poderosas entre las que aún poseían los infieles, daba a unos y a otros, ánimo para persistir firmes en la lucha: a los acometidos obligábales la natural defensa; a los acometedores la fama y el provecho que de tan gloriosa conquista deberían reportar.

Al cabo los sitiados, no pudiendo resistir el ímpetu de las armas castellanas, y conociendo

la inutilidad de su deseseperada defensa, diéronse a partido y trataron de conseguir todas las ventajas que les proporcionaba el entregar la ciudad mediante un convenio, sobre el rendirla a la absoluta voluntad de un vencedor.

Estipuladas que fueron las condiciones con que los infieles habían de entregar la ciudad en manos de D Alfonso, hizo éste su triunfal entrada el día 25 de Mayo del año 1083 u 88, pues en esta fecha no encontramos acordes las crónicas.

Igualmente, diversos y encontrados son los pareceres que han emitido los historiadores al tratar de la segunda reedificación de la Basílica de Santa Leocadia, debida esta época.

La gravedad y notoria diligencia de casi todos ellos, no pueden por menos de tener irresolutos a los que merced a sus noticias han de escribir hoy la historia y decidirse por alguna de sus opiniones, a menos que del examen de todas ellas no resulte alguna luz que esclarezca a sus ojos la verdad.

Esto último es lo que nosotros trataremos de hacer, exponiendo para conseguirlo, en primera línea las conjeturas ajenas, y en segunda la que del análisis de todas ellas creemos sacar por resultado.

Atribúyese equivocadamente la reparación de la Basílica en primer lugar a D Alonso el Sabio; y decimos equivocadamente, porque

aun cuando este rey, levantó casi de nuevo un templo bajo la advocación de Santa Leocadia, no fué el de la vega, que es el que nos ocupa, sino otro, que hasta fines del siglo pasado o principios de éste, existió junto al alcázar, donde según la tradición estuvo la cárcel de la gloriosa mártir y donde recibieron honrosa sepultura los cuerpos de Wamba y Recesvinto, trasladados allí por orden del mismo monarca que reconstruyó la iglesia.

Esta igualdad de nombres, que según expresamos al hablar de los Concilios toledanos, dió margen a más de un error, entre los que han querido señalar los diversos lugares en que se tuvieron, ha sido sin duda alguna causa de la nueva equivocación que hemos tratado de deshacer en las precedentes líneas.

Mariana, en su *Historia general de España*, da como un hecho positivo una cosa muy distinta, pero que igualmente juzgamos falta de fundamento plausible.

«La fábrica que se vé, dice al tratar de esta »materia, no es la que hizo Sisebuto, sino el »Arzobispo de Toledo D. Juan III: después que »aquella ciudad se tornó a cobrar de moros »levantó aquel edificio».

Don José Amador de los Ríos, en su *Toledo pintoresca*, ha refutado esta opinión acertadísimamente, recordando que en la época del ya citado Arzobispo, la *colegiata de Santa Leo-*

cadia gozaba de una multitud de privilegios, y de ellos algunos concedidos con fechas anteriores a la de su ocupación de la sede. Pero el mismo respetable escritor después de desechar de la manera que ya han visto nuestros lectores, la opinión de Mariana, indica más adelante y en la misma obra la de que acaso la restauración de este antiguo templo se debe al tiempo del cardenal Mendoza. En dos circunstancias cree hallar fundadas sus conjeturas: la primera en la de haberse hecho uso en la decoración de su ábside del arco redondo o semicircular, y la segunda en la tradición que existe de haber sido llevados de la Basílica los capiteles que aun se ven en el patio del Hospital de Santa Cruz, construído en tiempo del expresado cardenal Mendoza. Ni uno ni otro nos parecen datos suficientes a dar fuerza a su aserto. En los ábsides de algunas iglesias muzárabes de la ciudad de Toledo, cuya reconstrucción no cabe duda pertenece a la primera época de la reconquista de la misma, hallamos también los arcos redondos como parte de la ornamentación de la cara exterior de los muros. Los capiteles empleados en la fábrica del hospital de Santa Cruz, y que efectivamente pertenecieron a Santa Leocadia, se hallarían en sus jardines después de reedificado el templo, con el que hasta ahora puede verse en este lugar, y de allí serían conducidos, ya para uti-

lizarlos, ya para asegurar su conservación al hospital de que hoy forman parte.

Ni tampoco hallamos en la crónica del gran Cardenal de España, escrita por Salazar, y en la que su autor se ocupa minuciosamente de todo lo ocurrido en Toledo, mientras que este Arzobispo ocupó la sede de la Iglesia Primada, noticia alguna que confirme la opinión de que acabamos de hacer un ligero examen.

Al arzobispo D. Juan, segundo de este nombre y tercero en el orden de los prelados que obtuvieron la silla metropolitana después que se arrancó de manos de infieles la ilustre y antigua corte de los godos, es a quien por último se atribuye la reedificación de que tratamos; asegurándose asimismo por diligentes cronistas, que desde que D Alfonso clavó la cruz sobre los altos muros de Tolaitola, que así la llamaron los árabes, la Iglesia del Cristo de la Vega estuvo abierta al culto, siendo sus Patronos los señores Portocarreros, que se habían hecho notables por sus hazañas en las guerras toledanas y en otras muchas ocasiones en que bajo la conducta del mismo rey pelearon contra moros.

Esta opinión que postreramente acabamos de exponer, es a nuestro juicio la más autorizada, pues responde a todas las exigencias y objeciones históricas, explicándose al mismo

tiempo por el orden natural de los acontecimientos.

Reconquistada la ciudad de los árabes, y rehabilitados para el de nuestra sacrosanta religión una gran parte de los antiguos edificios, entre ellos aun las mezquitas, como aconteció con la del Cristo de la Luz, es probable que no dejaran sumida en el olvido y el abandono la iglesia de que se ha hecho cuestión, hallándose ésta dedicada a una mártir cuya memoria en tan alta estima tuvieron siempre los cristianos de Toledo.

Abriríase pues al culto la Basílica, no sin haberle hecho antes las reparaciones necesarias a un edificio perteneciente a época tan remota, y en este estado permanecería bajo la protección de esos ilustres y cristianos caballeros que se declararon sus patronos, dedicada al culto de los fieles hasta que ocupó la silla Metropolitana don Juan II. Este, al que algunos habrán llamado tal vez tercero, por la circunstancia que ya dejamos referida de serlo efectivamente, si no en el nombre, en el número de los arzobispos posteriores a don Bernardo, fué sin duda el que condolido de ver reducido a simple oratorio o ermita, la fábrica que en otras edades brilló con esplendor tan glorioso, determinó reedificarla nuevamente

En efecto, reconstruída la iglesia de Santa Leocadia, según el estilo muzárabe o morisco,

entonces el mas en uso, y generalmente empleado en esta clase de fábricas, erigióla en colegial su restaurador, dotándola de prior, deán y canónigos reglares Agustinianos; y poniendo a la vez bajo su jurisdicción varias iglesias; entre ellas las de San Andricomio, San Cosme y San Damian, San Pedro y San Pablo, Santa María de Atocha y Santa Eulalia, con algunas otras posesiones que sería prolijo enumerar en este artículo.

Protegida de aquí en adelante la fundación de don Juan II, por los diferentes arzobispos que le sucedieron en la sede de la iglesia primada, fué recuperando poco a poco el lugar preeminente que ocupó en tiempo de la monarquía goda y al que le llamaban su respetabilísima antigüedad y gloriosa historia. Muchos y envidiables privilegios llegó a reunir la colegiata en su segunda época de esplendor; entre otros no dejaremos pasar por alto el singular que gozaba su abad de sentarse en el coro y entre las dignidades de la iglesia metropolitana.

Este especial privilegio, de que acabamos de hacer memoria, le fué concedido merced a una bula expedida por el Sumo Pontífice en el año de 1301 a instancias del arzobispo don Gonzalo, el cual se hizo notable entre otras muchas obras de piedad, por la predilección en que siempre tuvo este monumento uno de los más ilustres de nuestra religión si se atiende a su

origen y al papel que ha desempeñado en sus anales.

En este estado permaneció la Basílica durante muchos años hasta que al fin, en virtud de concesión apostólica, sus canónigos fueron trasladados a la Catedral primada. No obstante, el templo continuó abierto al culto de los fieles, y como en época anterior, bajo la jurisdicción abacial.

En el año de 1588, reinando don Felipe II, fueron devueltas a España las reliquias de Santa Leocadia, las que en procesión solemne se trasladaron a la iglesia Catedral, donde hoy se veneran. Este sagrado tesoro que, como dejamos dicho en otro lugar, fué llevado a Asturias, no sabemos fijamente si antes o después de ocupar los árabes a Toledo, pasó mas tarde a Francia, de donde se trajo a la ciudad que fué cuna de la santa por negociaciones del piadoso rey que a la sazón ocupaba el trono.

Ignoramos desde que tiempo se comenzó a conocer vulgarmente a la Basílica bajo la denominación del *Cristo de la Vega*, por no hallar tampoco noticia cierta del año en que se colocó en su altar mayor la efigie que lleva este nombre.

La fama de esta efigie, milagrosa según las tradiciones, y la gran veneración en que hasta aquí la han tenido los toledanos, han sido a

no dudar causa de que se conozca con su ad vocación al santuario en que se encuentra.

Aun cuando totalmente se reedificó por última vez en tiempo del arzobispo don Juan II a primera vista se observa al examinar este edificio, tal como hoy se halla, que en épocas bastante posteriores a la del venerable prelado, ha sufrido grandes reparaciones y trastornos, los que, si no bastantes a desvanecer el carácter especial de la arquitectura que en él se empleó, son más que suficientes a ocultar a la diligen cia de sus modernos cronistas las verdaderas dimensiones que tuvo, y la forma total de su planta, que por las razones que más adelante expondremos al tratar de la parte arquitectónica, no nos parece debieron ser, ni con mucho, las que conserva actualmente.

De algunas de estas reparaciones tenemos noticia.

En el año de 1770 se le hizo una adición en la parte de los pies de la iglesia, la cual se conoce desde luego ser muy posterior al resto de la Basílica.

En 1816 y 1826, también se hubo de reparar y no poco a causa de los estragos que en ella hicieron las tropas francesas que ocuparon nuestra nación a principios de este siglo.

Ultimamente el cabildo de la Santa Iglesia Catedral, sin duda con el piadoso fin de conservar este célebre santuario, ha reparado su igle-

sia, en el atrio de la cual ha hecho un cementerio que, por servirles de última morada a los señores que lo componen, llaman los toledanos el cementerio de los canónigos.

III

En la primera parte de este estudio histórico-artístico de la Basílica de Santa Leocadia, se expresó, que el interés especial con que nos hemos ocupado de ella, tiene su origen, más que en el mérito arquitectónico de su fábrica, en las gloriosísimas memorias que en la mente del cristiano reviven solo al escuchar su nombre.

No es otra la razón, que a nuestra inteligencia, justifica el habernos detenido, acaso mas de lo que al espíritu de esta obra conviene, en desarrollar el cuadro de su fundación y restauraciones, de su esplendor y vicisitudes.

Pero aunque mucho mayor la importancia tradicional de este edificio que la de su parte artística, tal como en la actualidad se encuentra, no deja por eso de ofrecer esta última bastante campo a las investigaciones y al estudio de los inteligentes; ya se examine con detenimiento lo que de él resta, ya lanzándose a través de los siglos, con la ayuda de la historia del arte, se procure indagar alguna cosa sobre la mayor o menor grandeza de su antigua fá-

brica, del estilo en ella empleado o del desarrollo de la arquitectura en las épocas en que sus reparaciones se llevaron a término.

Su origen ya hemos dicho que lo tuvo en algunas toscas piedras, reunidas con la sola idea de perpetuar una piadosa memoria. El arte no debió entrar por nada en este sencillo monumento sepulcral.

La primitiva fundación del templo, que como también hemos expresado, tuvo lugar después de la conversión de Constantino, no debió ofrecer tampoco una página a la arquitectura para que en ella grabara una de sus ideas. Construído, según la tradición, con parte de las antiquísimas ruinas, entre cuyos escombros yacía oculta la tumba de la santa mártir, ni sus proporciones debieron ser grandiosas, ni su ornamentación notable por ningún concepto. La historia del arte en aquellos siglos nos ofrece gran número de ejemplos de esta especie. Con los despojos de una civilización, la que venía a sucederle suplía sus necesidades y su falta de originalidad.

No quedando, pues, de este período de la historia artística de Santa Leocadia mas que confusas y vagas tradiciones, inútil fuera el detenernos en hacer conjeturas, siempre sin dato alguno probable, acerca de su forma, que carecería de importancia por no pertenecer seguramente a ningún género.

Tampoco restan detalladas noticias de la reedificación llevada a cabo por Sisebuto. Algunas que otras palabras sobre este hecho es todo lo que encontramos en las obras consultadas a fin de esclarecer en lo posible la cuestión que nos ocupa.

Sin embargo, la circunstancia de asegurar antiguos escritores que su fábrica era grande y maravillosa, unida a la de conservarse aún restos que parecen haber pertenecido a ella, contribuyen a hacer necesario el que se examine con algún detenimiento las opiniones que sobre la indicada edificación se han emitido. «*Aula mira operœ... culmine alto*» la llama San Eulogio en su *Apologético*. «*Templo de labor muy prima y muy costosa*» dice el padre Mariana hablando de él, apoyándose en el testimonio del arzobispo don Rodrigo, y de algunos otros autores que se expresan con la misma conformidad acerca de la grandeza y mérito de esta obra del monarca godo.

Si se ha de dar crédito a las noticias de personas eruditas y diligentes conformes en la apreciación de un hecho, aun cuando de la construcción de que se trata no nos quedaran más rastros que los que se encuentran en las antiguas crónicas, deberíamos creer que ésta reunió las cualidades que se le atribuyen. Mas no es de este parecer el señor don José Amador de los Ríos, el cual, en la misma obra que

más arriba hemos tenido ocasión de citar, y hablando sobre la mayor o menor confianza que en punto de artes se debe tener en el aserto de los antiguos escritores, se expresa de este modo:

«Dicen los antiguos escritores que fué la pri»mitiva iglesia de *labor muy prima y muy »costosa,* añadiendo que era admirable por su »magnificencia.—La conformidad de opiniones »que se advierte sobre este punto aparece no »dar margen a la duda; pero recordando el es»tado de las artes a principios del siglo VII, no »puede menos de notarse que estas alabanzas »son muy exageradas. Los escritores que en »España han dado razón de algunos monu»mentos, nunca se han propuesto por otra par»te consultar la verdad histórica, que no po»dian tampoco robustecer con las observacio»nes propiamente artísticas. Aun los que han »hablado de edificios levantados en sus épocas »han manifestado en este punto tan poco »acierto, que la crítica tiene que verse a cada »paso obligada a contradecirlos. Como prueba »de estos asertos, bastará que citemos aquí las »líneas que en una erudita *Memoria sobre »la arquitectura llamada asturiana,* dedica »nuestro amigo don José Caveda a probar »cuán ligeramente se prodigaban los elogios. »*Fábrica de maravillosa hermosura,* dice, *y »de acabada belleza, sin igual en España,*

»*llama el obispo don Sebastián a la pobre y*
»*humilde iglesia de Santa María de Noran-*
»*co, construída en su tiempo, y cuyos toscos*
»*ornatos, mezquina construcción y reducidas*
»*proporciones demuestran la infancia del*
»*arte y la rudeza de un pueblo que solo exis-*
»*tía para luchar contra el infortunio. Si la*
»*admiración arrancó entonces estos enco-*
»*mios a un prelado instruído que estaba*
»*connaturalizado con la pompa y el esplen-*
»*dor del trono, preciso es ver en ellas las*
»*prueba mas triste de la pobreza y rusticidad*
»*de los tiempos en que tan gratuitamente se*
»*prodigaron.—Pero aún debe parecernos*
»*más extraño que después de la restauración*
»*de las letras, y precisamente cuando las be-*
»*llas artes desplegaban entre nosotros toda*
»*su pompa y majestad, prodigase un escri-*
»*tor de juicio tan sano como Ambrosio de*
»*Morales, las misma alabanzas al templo de*
»SAN SALVADOR DE VAL-DE-DIOS, *fundado por*
»*don Alonso III y no de mas aventajada*
»*construcción que la iglesia de* SANTA MARIA
»DE NORANCO. *Aun el P. Risco, escribiendo en*
»*nuestros días, poseído sin duda de aquel*
»*ciego respeto que inspira una venerable*
»*antigüedad, no duda tampoco en calificar*
»*de admirable esta obra del siglo IX.—Pero*
»*si así juzga el entusiasmo los monumentos*
»*de la arquitectura asturiana, de otro modo*

»*debe apreciarlos una crítica imparcial y* »*desapasionada.*—En efecto, este es el rumbo »que deben seguir indispensablemente estos es- »tudios para que produzcan algo bueno y útil »a las artes y a las ciencias, porque las artes, »como las ciencias, pueden y deben esperar »mucho de la arqueología de los tiempos me- »dios, que no es otra cosa mas que el estudio »de la civilización alumbrada por la luz del »cristianismo. La *Basilica de Santa Leocadia* »ni fué, ni pudo ser, de *labor maravillosa y* »*magnífica* en su construcción primitiva (1). »El testimonio de los autores que han asenta- »do lo contrario no tiene defensa alguna plau- »sible, visto el poco tino con que se ha escrito »sobre estos asuntos aun por los hombres más »respetables».

Hasta aquí el señor Amador de los Ríos. La fuerza que en esta clase de asuntos tienen las observaciones de este distinguido literato, uno de los primeros que, reuniendo a los conocimientos históricos los artísticos, tan indispensables para esta clase de estudios, se ha lanzado en la escabrosa senda de las apreciaciones filosóficas del arte, nos ha movido a insertar completo el párrafo anterior, en el cual

(1) Téngase presente que aun cuando dice *construcción primitiva*, el señor Amador de los Ríos alude con estas palabras a la reedificación de Sisebuto.

tan juiciosamente previene a los incautos contra los exagerados encomios de algunos entusiastas por las antigüedades, dignas por otro concepto de la mayor veneración y estima.

Nosotros, sin embargo de pensar del mismo modo sobre esta materia, no podemos admitir tan en absoluto el aserto acerca de la ponderada magnificencía de la Basílica; pues aunque desconfiamos de los elogios que se le han prodigado, nos parecería ligereza inexcusable el rechazarlos sin examinar las causas que para decirlos pudieron tener sus autores, y los grados de verosimilitud que en sus encomios pueden hallarse.

Lo repetimos, la infidelidad del testimonio de ciertos autores, al tocar en materia de artes, motiva con mucha razón la desconfianza; pero la desconfianza no debe conducir a la negación, sino al análisis de sus noticias.

Esto es lo que nosotros, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, procuraremos siempre hacer en asuntos tan erizados de dificultades y llenos de dudas y contradicciones como el presente.

Para conseguir algún resultado de la tarea que nos hemos impuesto, examinemos en primer lugar, aunque ligeramente, la época a que fué debida la reconstrucción de que se trata; veamos de que elementos podía disponer aquella sociedad, a qué grado de altura en fin se

hallaba el arte en el termómetro de su civilización.

Constituída ya en tiempo de Sisebuto la monarquía gótica sobre firmes bases, calmado el primitivo espíritu belicoso de esta raza y dueños pacíficos sus hijos de la península, que habían reconquistado palmo a palmo de las tribus feroces, que durante más de dos siglos se disputaron encarnizadamente su posesión, la idea religiosa comenzó a desenvolverse y con ella la civilización y el arte.

Este último, vuelto a la infancia, comenzó expresando sus pensamientos, merced a una grosera imitación de los edificios romanos, que aún tenía ante sus ojos; pero paulatinamente y a medida que se sacudía así en las leyes como en las costumbres el yugo de la civilización pagana, hasta allí dominante, la arquitectura, siguiendo el movimiento regenerador de la nueva sociedad que comenzaba a constituirse sobre bases conformes a sus necesidades e ideas religiosas, ensayó dar un paso por el sendero de la originalidad. Basta el haber recorrido, aun cuando no sea más que de pasada, la historia de los géneros arquitectónicos que han aparecido durante la última era del mundo, para comprender cuán largo y difícil es para los pueblos este período que pudiéramos llamar de gestación de las ideas propias.

El pueblo godo entraba en esa época cuando

Sisebuto subió al trono; los elementos de adelanto y reforma que más tarde y merced a los Concilios debieran condesarse para formar su magnífico código de leyes góticas, hervían ya en la conciencia de su sociedad, que marchando a la cabeza de la civilización europea, no sabemos a donde habría puesto fin a su marcha sino la hubiese detenido en su carrera la invasión árabe, que ahogó sus aspiraciones y cambió por completo la faz de la península.

Reconstruída pues, la Basílica de Santa Leocadia en la época que hemos querido dar a conocer en las cortas líneas que preceden, debieron sin duda alguna sus artífices emplear en ella cuanto podían dar de sí los conocimientos de su siglo, comenzando a imprimir en esta fábrica el sello de independencia que más adelante caracterizó a los edificios religiosos. En los capiteles que aún se ven de este templo y de los que después nos ocuparemos con más espacio, se observa a primera vista la lucha empeñada por sus autores que deseaban ser originales, con la influencia del arte romano que aún hacia los últimos esfuerzos por conservar su dominio sobre la arquitectura.

Que la dimensión y proporciones del templo de Sisebuto, fueron muy diferentes de la dimensión y proporciones del que hoy existe, no cabe el menor género de duda. Basta recordar que el recinto se tuvieron dos Concilios nume-

rosos, a los que se hallaron presentes en el primero sesenta y dos Obispos, varios subdelegados en nombre de una porción de dignidades, el Rey y gran número de próceres. En lo que hoy es Basílica de Santa Leocadia, apenas podrían sentarse con un poco de comodidad quince personas; tan reducido es el espacio que su única nave ocupa.

Aun cuando esta circunstancia que acabamos de mencionar y que debe tenerse muy presente, no corroborará la opinión de haber sido de grandes dimensiones la Basílica, del examen de los capiteles que a ella se puede asegurar haber pertenecido, se desprenden una multitud de consecuencias, que como la anterior, robustecen el aserto de los antiguos historiadores. La Basílica debió tener más de una nave, pues para dividirlas entre sí debieron existir las columnas que coronaban los capiteles, las cuales serían robustas y soportarían grandes arcos, si con las proporciones de éstos se hallaban en conformidad los fustes.

Esto es todo lo que podemos conjeturar en cuanto a las proporciones del templo en cuestión: su planta guardaría regularmente la distribución de las Basílicas cristianas de la primera época y sus ornamentos, si se ha de colegir del resto del edificio por la talla que avalora a los mencionados capiteles, debieron pertenecer a un estilo grandioso, aunque gro-

sero, mezcla de originalidad y de imitación de la arquitectura romana y bizantina, pero no falto de riqueza y lujo en sus entalles y caprichos.

El trozo de columna que existe en el jardín de Santa Leocadia, ofrece una muestra del género a que aludimos, si género puede llamarse a este primer ensayo de un arte que para expresar su pensamiento propio, tiene aún que valerse en parte de una forma agena. Las estrías espirales que suben enroscándose por su fuste hasta tocar al capitel, revestido de hojas subientes entretejidas y picadas de una manera extraña, pueden darnos una idea del lujo empleado en la ornamentación de la fábrica a que pertenecía.

Verdad es, que el diligente y erudito autor de la *Toledo Pintoresca,* no ha podido tener en cuenta estas observaciones y circunstancias, atribuyendo como atribuye los capiteles que mencionamos en testimonio de nuestras conjeturas a la supuesta reedificación de D. Alonso el Sabio, según de estas palabras suyas se colige.

«Los capiteles de aquellas columnas, dice, »refiriéndose a los de Santa Leocadia, son por »otra parte una prueba de las restauraciones »indicadas, especialmente la del Rey D. Alonso, »a cuya época parecen pertenecer, según la »talla que los avalora».

Aunque el Sr. D. Manuel de Assas a quien ya hemos tenido ocasión más arriba de citar, en su *Album de Toledo*, no hubiese posteriormente demostrado con gran copia de razones y pruebas que estos capiteles forman parte de los *restos de monumentos construídos en Toledo durante los cuatro primeros siglos del cristianismo libre*, esto es, en la época de Sisebuto, bastaba el recordar lo que al ocuparnos de la segunda reedificación de la Basílica dijimos sobre este asunto, para desechar el común error de atribuírsela a D. Alonso, aun cuando éste reconstruyera, como efectivamente lo hizo una iglesia con el mismo nombre.

Además, si el citado monarca hubiese levantado el templo de que se trata con la suntuosidad y la solidez que no pueden menos de presumirse, existiría en el edificio a que esos capiteles pertenecieron; ¿es posible que en tiempos del Arzobispo D. Juan II, cuando se hizo el que hoy existe, no habiendo sufrido grandes desolaciones ni trastornos la ciudad en que se halla, se encontrara ya tan ruinoso y destruído, que no bastase una simple reparación, sino el levantarlo completamente con otra forma y estilo arquitectónico?

Si esta sola reflexión fuese insuficiente, el no encontrar en Toledo edificio alguno erigido después de la reconquista, cuyos ornatos pertenezcan al género de estos capiteles, bastaría

a probarnos que sólo el estilo muzárabe y el ojival fueron puestos en uso por los reconquistadores de Tolaitola, hasta que el renacimiento se levantó en Italia y subyugó a la Europa entera.

Esto es cuanto acerca de la reconstrucción de la Basílica debida al período de Sisebuto hemos podido decir. Por nuestras palabras se verá, que aunque no creemos que las alabanzas que se le prodigaron tuviera otro valor que un valor relativo, no obstante, tampoco nos parece admisible la opinión que le niega toda clase de mérito y suntuosidad de una manera tan absoluta.

Por creer propio de este artículo el dar una idea, aunque ligerísima, de la clase de arquitectura especial que se empleó en Santa Leocadia y completar nuestro trabajo en lo posible, insertamos a continuación el resumen de los caracteres que la distinguen, según el señor de Assas en sus investigaciones arqueológicas sobre los restos de monumentos construídos en Toledo durante los cuatro primeros siglos del cristianismo libre, los ha clasificado.

Distinguen a este estilo arquitectónico los caracteres siguientes:

«1.° El arco de porción de círculo plantado »sobre columnas, colocación bien diferente de »la que tenía en los buenos tiempos de la arqui»tectura greco-romana, durante los cuales es-

»taba, digámoslo así, como inscrito entre las »columnas y el cornisamento, quedando por »consecueucia su parte superior más baja que »los capiteles».

«2.ª La ausencia de la *Euritmia* o, como »generalmente se dice, de *simetría*, falta que, »sino siempre, se observa en la mayor parte de »los edificios, a causa del poco cuidado que se »tuvo de poner en armonía, al tiempo de utili- »zarlos, a los incoherentes fragmentos toma- »dos de diversos monumentos antiguos.

«3.º El uso de los capiteles y de algunas »otras cosas propias de los órdenes greco-ro- »manos, o imitadas de las pertenecientes a »ellos, pero toscamente diseñadas y ejecutadas.

«4.º Fustes lisos unas veces y otras con es- »trías verticales o espirales.

«5.º Cornisa de tejado *(tejaroces)* con mú- »tulos o modillones.

«6.º Follajes mal ejecutados, agudos, con »rehundimientos profundos y cortados a bisel.

«7.º Muros desnudos de ornatos.

«8.º Techumbres de madera, siguiendo los »declives de los tejados en los cuerpos de las »iglesias, y cascarones o semi-cúpulas en los »ábsides.

«9.º Puertas cuadrangulares.

«10 y último. Ventanas de arcos, ya semi- »circulares, ya escarzanos. Los vanos de éstas »solían cerrarse con tabletas de mármol, perfo-

»radas en toda su extensión con agujeros circu»lares o cuadrangulares, tan reunidos que for»maban una cosa a manera de celosía, y en los »cuales se fijaban pedazos de vidrio o de ala»bastro.»

Nuestros lectores deben tener presente, que la Basílica abrazó la primera y la última época de este largo período que indica el Sr. de Assas pues se fundó cuando Constantino volvió la paz a la Iglesia, y se reedificó cuatro siglos después; esto és, cuando ya el arte había dado algunos pasos en la senda del progreso y la originalidad.

Seis son los capiteles que aún se señalan en Toledo como pertenecientes a Santa Leocadia; cinco de éstos se encuentran hoy empleados en el patio segundo del hospital de Santa Cruz el restante permanecía, al menos hasta hace muy poco, en una especie de corral o jardín situado a espaldas de la iglesia a que perteneció.

En la lámina que ofrecemos a nuestros lectores de capiteles diversos de las iglesias de Toledo, el señalado con el número 1.° es uno de los que forman parte del patio del ya referido hospital.

Basta el examinarlo ligeramente, para conocer desde luego que su forma es una imitación aunque incorrecta del greco-romano de orden compuesto. El abaco, las dimensiones del tambor y la disposición de la única hilera de ho-

jas subientes que cubre las dos terceras partes de este último, guardan bastante analogía con el mencionado estilo arquitectónico; pero las reducidas dimensiones de las volutas, su forma circular y los florones que adornan a éstas y se interpolan con el follaje del tambor, juntos con la poca delicadeza de los ornatos y su estructura particular, caracterizan la época de lucha entre la originalidad y la imitación, que dejamos indicada.

De los cinco restantes, sólo diremos que imitan al corintio, apartándose unos más que otros del modelo que se proponían. Sus abacos, como el del que ya se ha descrito, guarda la forma de los greco-romanos, y sus tambores se ven cubiertos ya por diversas hileras de hojas subientes pero puntiagudas y toscamente diseñadas, ya por otros adornos extraños y sin nombre, que interpolándose con el follaje, tienden siempre a imitar el bulto de los capiteles corintios.

Apuntadas las observaciones anteriores, pasaremos a describir el templo de Santa Leocadia tal como hoy puede examinarse.

Sus dimensiones son bastante reducidas: la única nave de que consta la iglesia tiene treinta y seis pies de longitud, igual número de altura y veintiuno de ancho. En estas medidas no se comprende la adición hecha el siglo pasado en la parte de la imafronte o fachada de los

pies de la nave cuya elevación es de treinta y uno, la largura de diez y nueve, y la anchura de treinta y tres.

El ornamento interior pertenece al estilo ojival y es muy sencillo. Los muros que forman la nave, a cuya cabecera se ve un ábside semicircular, están compartidos en entrepaños por ligeros pilares acodillados. Adornan cada uno de estos entrepaños o lienzos de pared, un arco apuntado dúplice en el que se observa una ojiva túmida que incluye otra angrelada. Arranca de los muros y se apoya en ellos, la bóveda que formando una semicúpula al cubrir el ábside se prolonga en hechura de cañón todo lo largo de la nave. Esta bóveda que descansa sobre una imposta compuesta de molduras sencillísimas, se halla compartida por fajas acodilladas que voltean con ella, partiendo de la coronación de los pilares.

El ornato de la parte exterior se compone de cuatro series de arcos dúplices que comparten los muros de la parte antigua de la nave y del ábside en igual número de zonas o fajas horizontales. De éstas, la primera se ve formada por arcos redondos o semicirculares así los incluídos como los incluyentes; los de la segunda son angrelados o compuestas de porciones de círculo, los que incluyen, y de ojiva túmida los inclusos. También son de herradura. La cuarta y última es completamente igual a la primera,

esto es, de arcos dúplices semicirculares. Corona la parte superior un tejaroz con canecillos, según nuestros lectores verán en la lámina que acompañamos a esta descripción, y que representa la vista exterior de la Iglesia de Santa Leocadia.

Los altares del templo, como asimismo toda la parte posteriormente añadida, no ofrece nada de particular al examen de los inteligentes.

IV

Pareceríanos que faltaba el complemento de la reseña histórica de Santa Leocadia, si, aunque en postrer lugar, no diéramos cabida en este artículo a las diversas tradiciones que, acerca de la efigie del Cristo que se ve en su altar mayor, corren con más o menos aceptación entre los toledanos.

El padre jesuíta, Antonio de Quintanadueñas, en su obra titulada: *Santos de la imperial ciudad de Toledo*, hace un resumen de las opiniones más admitidas en su tiempo, relativas a los milagros de esta imagen. Como quiera que este autor ha sido uno de los que más exquisito cuidado han puesto en recoger cuantas noticias o tradiciones se encontraban en las antiguas crónicas o esparcidas entre el pueblo pertenecientes a este asunto, nosotros creemos que será de mayor satisfacción para nuestros

lectores, el que traslademos aquí las mismas palabras con que se expresa en su obra anteriormente citada.

«En el altar mayor de la Iglesia, dice ocupán»dose de Santa Leocadia, vi y adoré la imagen »de bulto de Cristo Señor Nuestro. Estatura »grande y caído el brazo derecho, demostra»ción, que afirman algunos haber sucedido en »ocasión que negando un judío cierta cantidad »de maravedís a un cristiano, poniendo al San»to Cristo por testigo, derribó el brazo dando »a entender trataba verdad el cristiano y luego »se convirtió el judío. Otros quieren que un »mancebo negaba la palabra de casamiento a »una doncella, y que llegados a juicio ante el »Crucifijo, bajó el brazo en favor de la donce»lla. Otros juzgan que este Santo Crucifijo es »copia del que se reverencia en la capilla de »San Miniato en el castillo de Florencia. Pasó »así, que siendo soldado San Juan Gualsero »tuvo diferencias con otro, el cual rendido se le »hincó de rodillas, y le pidió que por Jesucristo »Crucificado no le matase. Hízolo así Gualse»ro, y entró luego en una ermita de Florencia »donde estaba un crucifijo, y estando de rodi»llas, bajó el brazo el Cristo dando a entender »se había agradado y servido de aquel hecho. »Con ésto Gualsero se hizo religioso y fundó »la orden de Valdeembrosa. El duque de Flo»rencia tomó esta ermita intitulada de San Mi-

»niato, y labró en ella un castillo, siendo ya de »religiosos, quedando dentro el Cristo bajado »el brazo. A imitación de esta santa imagen se »han labrado otros crucifijos y traído a Espa»ña, y entre éstos se piensa fué uno éste que es»tá en el templo referido de Santa Leocadia.»

Nuestro eminente poeta lírico D. José Zorrilla, ha perpetuado la memoria de una de estas tradiciones en su leyenda titulada *A buen juez mejor testiyo.*

La efigie del *Cristo de la Vega* pereció en el fuego a manos de los franceses durante la invasión sufrida a principios de este siglo.

La imagen que hoy se ve fué hecha a imitación de la primitiva, a la que, según el voto de algunos ancianos que la conocieron, es en un todo igual.

SAN JUAN DE LOS REYES

I

Primer monumento histórico de la piedad de nuestros más esclarecidos Príncipes y última y acabada expresión de un hermoso período de arte cristiano, el convento de San Juan de los Reyes, entre los muchos y notables edificios que son el orgullo de la ciudad imperial, no puede menos de ser considerado como uno de los más dignos de fijar la atención del pensador, del artista y del poeta.

Los años y la devastación al pasar sobre sus muros, le han grabado el sello de ruina y de grandeza que lo caracteriza, y la yedra que se mece colgada de los parduscos y fuertes machones de su ábside; los carcomidos y tradicionales hierros que, a manera de festón arquitectónico, rodean sus robustos pilares; los calados doseletes que arrojan una sombra misteriosa sobre la frente de sus rotos y mudos heraldos de granito; la majestad y la esbeltez de la espaciosa y única nave de su iglesia; el hondo silencio de su maravilloso claustro, en el que los veladores ecos repiten y prolongan el leve

rumor de los pasos y de la voz, medrosa de elevarse en su recinto, han hecho de este santuario de las tradiciones y del arte, un copioso manantial de recuerdos, de enseñanza y de poesía.

El pensador, que ama la soledad porque en su seno, y sentado al pie de los edificios que los simbolizan, resuelve los problemas históricos más oscuros, ve en él, ora el arco triunfal que le habla de la victoria conseguida en Toro, donde, como en los antiguos *juicios de Dios*, probaron las armas al derecho a suceder en la corona de Castilla, ora la prenda de alianza entre el cielo y una reina, que ofreció a éste un templo en cambio de un trono: trono bajo cuya égida debiera concluir la espantosa expiación que los crímenes de una edad lejana trajeron sobre nuestras cabezas, coronando con la toma de Granada ese gigante poema de ocho siglos llamado la reconquista; trono que debiera mostrar a la absorta Europa el más osado genio de su época, y al antiguo, un nuevo mundo arrancado por la fe a las desiertas llanuras del Océano; trono, en fin, sobre cuyas gradas sintió Fernando tomar forma en su mente a ese colosal pensamiento que prosiguió un fraile obscuro y acabó un rey no comprendido.

La creación de la monarquía.

El artista, que busca con avidez, para estu-

diarlos en sus más imperceptibles detalles, los asombrosos restos de la ciencia de nuestros mayores, halla en él uno de los más acabados edificios que produjo esa escuela gentil y creadora que formó la ojiva prolongando el semicírculo; que supo expresar y adaptarse a los diversos y enigmáticos símbolos de nuestra religión, y lanzándose a rienda suelta sobre el radiente corcel de la fantasía en el espacio sin límites de la originalidad, flanqueó las lujosas arcadas con las desiguales agujas de sus pilares, rasgó las nubes con los agudos chapiteles de sus torres. En las renombradas tribunas de su iglesia, ricas en ondulante crestería; en los entrepaños de su crucero, donde las colosales águilas que soportan los escudos de los reyes, parecen descansar en una gruta de caprichosas estalactitas; en los franjados cornisamentos de su gran nave por los que corren y se enroscan como una larga serpiente de piedra los delicados festones en que se confunden y combinan las triangulares hojas del trébol con las del espinoso cardo; en los atrevidos arranques de sus bóvedas, punto en el que se abren en nervios los juncos del pilar, semejando al cruzarse entre sí un bosque de palmeras de granito, puede hacer un profundo estudio de las gallardas proporciones arquitectónicas de ese estilo olvidado, de la armoniosa combinación de sus infinitos detalles.

Y si desea seguir los pasos del arte uno a uno, para analizar el escondido misterio de sus rápidas transiciones, de la detenida observación de este mismo edificio puede concluir, que la perfección a que ya alcanzaba al trazarlo, precedía muy de cerca a su muerte. En efecto, cuando tocó la ardiente meta a que se propuso llegar, al lanzarse en el estadio de los siglos, se exhumó en Italia el gusto romano, y ya ataviando su esqueleto con las galas platerescas, ya afectando su primitiva sencillez, inundó a las otras naciones bajo la forma del renacimiento. Nada se respetó: profanáronse los más caprichosos pensamientos de nuestra arquitectura propia, a la que apellidaron bárbara; diéronse a los templos la matemática regularidad de las construcciones gentílicas; insultóse el santo pudor de las esculturas, arrancándoles, para revelar el desnudo, sus largos y fantásticos ropajes, y, tal vez para alumbrar su vergüenza dejóse por la ancha rotonda penetrar la luz a torrentes en el interior del santuario, bañado antes en la ténue y moribunda claridad que se abría paso a través de los vidrios de colores del estrecho ajimez o del calado rosetón.

El poeta, a cuya invocación poderosa, como al acento de un conjuro mágico, palpitan en sus olvidadas tumbas el polvo de cien generaciones; cuya imaginación ardiente reconstruye

sobre un roto sillar un edificio, y sobre el edificio con sus creencias y sus costumbres una edad remota; el poeta que ama el silencio para escuchar en él a su espíritu, que en voz baja y en un idioma extraño al resto de los hombres, le cuenta las historias peregrinas, las consejas maravillosas de sus padres; que ama la soledad para poblarla con los hijos de su mente, y ver cruzar ante sus ojos, en una onda de colores y de luz, los monjes y los reyes, las damas y los pajes, los heraldos y los guerreros, pueda a su antojo, al recorrer el interior de esta fábrica, cuyos ámbitos están llenos de la sombra de los católicos príncipes, dar vida a esa era portentosa de valor y de fe, a la que éstos dieron el impulso marchando a su frente. Y en la tarde, cuando el crepúsculo envuelve en una azulada niebla los objetos, que al perder el color y la forma, se mezclan entre sí, confundiendo sus vagos contornos; cuando el viento, que combate los muros y recorre las derruídas alas del claustro, suena, al espirar en los huecos de sus machones, como un gemido que se ahoga; cuando sólo turban el alto silencio de las ruinas, el temeroso rumor del agua de sus fuentes, o el trémulo suspiro de las hojas de sus árboles, confusa, como el espíritu de la visión de Job, verá cruzar, entre los desmoronados sillares del hendido muro, una sombra blanca y cubierta de un hábito religioso. Es la marmórea imagen

de un santo de la orden, que arrancada de su nicho permanece aún de pie en el ángulo de un pilar, entre la losa del sepulcro de un obispo y el capitel de una columna. Pero grábese en aquella frente pálida la honda huella del dolor; enciéndase en aquellos ojos sin pupilas la llama del genio; préstese a sus labios la ligera contracción que les imprime una voluntad de diamante, y se creerá haber sorprendido en su meditación solitaria, al profundo político, al eminente general, hombre nacido para el poder y mando, al célebre Cisneros que, después de abandonar su tumba viene aún a la hora del crespúsculo a recorrer aquellos lugares. Aquellos lugares a donde más de una vez, bajo la grosera capucha de un hábito humilde se fundían en su imaginación de fuego esas ideas gigantes, que más tarde, al tomar forma, le pusieron a la cabeza de su siglo. Aquellos lugares a los que le trajo la brisa, con el melancólico clamor de las campanas, y los lejanos ecos del órgano, que rodaban temblando en los aires al unirse a las graves notas del salmo religioso, el primer suspiro de la noche que iba a nacer, el último rumor del día que acaba de morir

El convento de San Juan de los Reyes en sus distintas cualidades de página histórica, de edificio monumental y de fuente de la poesía, goza el triple privilegio de hablar a la inteligen-

cia que razona, al arte que estudia, al espíritu que crea.

II

Silenciosas ruinas de un prodigio del arte, restos imponentes de una generación olvidada, sombríos muros del santuario del Señor héme aquí entre vosotros. Salud compañeros de la meditación y la melancolía, salud. Yo soy el poeta. El poeta que no trae ni los pergaminos del historiador, ni el compás del arquitecto; que ignora aún el tecnicismo del uno, y apenas si, merced a las tradiciones que guarda en sus cantares puede seguir al otro por entre las enmarañadas sendas de su abrumadora sabiduría. El poeta, que no viene a reducir vuestra majestad a líneas, ni vuestros recuerdos a números sino a pediros un rayo de inspiración y un instante de calma. Bañad mi frente en vuestra sombra apacible, prestadme una rama de vuestros sauces para colgar mi laud, haced que la melancolía que sueña en vuestro seno me envuelva entre sus alas transparentes, que yo al partir os pagaré esta hospitalidad con una lágrima y un canto.

*
* *

Al fin mi planta huella vuestro misterioso

recinto, la imaginación vaga absorta de una en otra maravilla, y no pudiendo abarcar cuantas hieren mis ojos, se ofusca, se anonada y rinde un tributo de estupor a tanta grandeza. Al personificar la sensación que me causáis, me parece ver en vosotros un monje cuya capucha derribada a la espalda deja contemplar sus sienes ceñidas con el casco de un guerrero, mientras que por debajo de su hábito religioso se descubre la brillante malla que le defiende y el acicate de oro que hace volar el bridón en la pelea. De tal modo se hayan reunidas aún en los menores detalles que os embollecen la idea mística y caballeresca, tan completamente se ha fundido en un solo pensamiento, marcial y santo a la vez, el espíritu religioso y conquistador de vuestros fundadores.



Sí; vosotros debeis tener un origen noble. Entre el tumulto de una pelea terrible, cuando el sol que se esconde lanza sus últimos rayos sobre la nube de polvo que se levanta de la llanura, abrillantando con chispas de roja luz las espadas y los cascos, que llamean en su seno como los relámpagos de una tempestad; cuando el choque de las armas y el bufido de los corceles se confunden con la ronca vocería de las haces y el lamento de los moribundos, en

ese instante solemne en que las sombras bajan a grandes pasos de las montañas para envolver los valles en sus oscuros pliegues, y el éxito de la lucha vacila aún debiendo decidir de la victoria un esfuerzo último y desesperado, en ese instante debisteis nacer vosotros, hijos de la fe de un guerrero y de la oración de una Santa.



¿Pero qué imaginación concibió vuestra majestuosa mole, y levantándola sobre tan robustos cimientos escribió en sus sillares la epopeya de su siglo? Se ignora; mas yo te veo ardiente enamorado del arte; te veo a la luz de la triste lámpara, compañera de tus vigilias, trazar sobre el pergamino una y otra figura geométrica. En vano para realizar lo que concibe tu mente, acudes a las reglas de los maestros; en vano, porque la inspiración no ha extendido aún sus alas sobre tu cabeza; por eso apartando lejos de ti el compás y la escuadra, te arrojas sobre tu lecho, presa de la desesperación y el insomnio.

El vendaval silba al estrellarse contra las agujas de los campanarios, y estremece los vidrios de tu ventana; la lluvia cae en turbiones y Toledo duerme. Tú no, un mar de lava arde en tu fantasía y entre las hirvientes crestas de

sus olas se agitan y confunden las partes del todo que buscas. Tú las sigues con la mirada inquieta, las ves unirse, deshacerse, tornarse a encontrar y desencajarse de nuevo, formando cien y cien combinaciones de cada vez más extravagantes y locas, hasta que al fin prorrumpes en un grito, un grito de alegría sin nombre el grito de *¡¡tierra!!* de Colón.

Otra vez la lámpara está encendida, encorvado sobre la mesa, tu mano dibuja con seguridad un edificio: es *San Juan de los Reyes* que el genio acaba de sacar de la nada.

En tanto la luz chisporretea; la lluvia cae en turbiones, el vendaval que silba en los campanarios, azota los vidrios de tu ventana y Toledo duerme.

*
* *

Me parece que miro materializarse la idea viéndoos comenzar a crecer y levantaros.

Sí, ya oigo las alegres cántigas de los trabajadores, y el sonoro golpear del martillo sobre el cincel; a mis oídos llegan las voces de los sobrestantes, el crujir de las maderas, el áspero chirrido de los tornos y la animada confusión de la muchedumbre que se afana en la erección del nuevo monumento. De todos los puntos de la península son llamados los maestros de obras más famosos, los aparejadores más inte-

ligentes y los tallistas más hábiles. Yo los contemplo rivalizar en prontitud y ciencia, agotando a porfía sus fecundas imaginaciones. Aquí el granito toma las formas de un encaje tan leve como el del rostrillo de una dama; allí el de un corcel fantástico, cuya idea inspiró tal vez uno de los nocturnos cuentos del hogar. Angeles, reyes, vírgenes, águilas, escudos, guirnaldas de hojas, grupos de flores son ya las toscas piedras que anima con sólo tocarlas el genio.

Mas en mi imaginación los años se condensan, y pasando como una ráfaga de humo con un nuevo día veo al fin aparecer el edificio, doradas sus agujas por la luz que centellea en sus vidrios de colores, arrullado por la melancólica música del Tajo que corre a sus plantas, envuelto en la ligera bruma de la aurora y en las olas de perfumes y armonías de la naturaleza, que se estremece de júbilo al recibir el primer beso del sol.

*
* *

El cielo bendice el reinado que se inaugura con esta ofrenda de piedad, y Boabdil al tornar sus ojos hacia el que fué el último baluarte de su trono, ve enclavada sobre la torre bermeja la cruz de Mendoza, en tanto que vosotros llenos de orgullo, os engalanais con festones de

hierro, despojos de aquel triunfo, quizá por vuestra mediación concedido a la primera Isabel de Castilla. Los años y la barbarie de los hombres han borrado de vuestra faz hasta los vestigios que hablaban de esos días de pompa y de júbilo. Sólo un poder existe capaz de devolveros por un instante vuestro perdido esplendor y hermosura; el poder de la exaltada mente del poeta. Sí; yo puedo reanimaros, yo veo cubrirse los rotos ajimeces de vidrios de colores, los entrearcos de tapices, las aras de imágenes; de lámparas de oro las bóvedas, de trofeos de guerra las capillas y de tisú, pendones y escudos las tribunas. Yo siento vibrar el aire con las aclamaciones de la muchedumbre, el canto de los religiosos y el clamor de las trompas; yo miro descender de sus nichos como para celebrar otra vez su triunfo esa muda generación de reyes, obispos, guerreros, pajes y heraldos, cuyas sordas y huecas pisadas parece que retumban en mi oído, cuyos rostros inmóviles veo animarse con el rayo de luz y de vida que les presta mi imaginación.



Pasan esos días de júbilo que saludaron vuestra infancia, esos días de exaltación para el pueblo castellano a quien los Reyes Católicos dieron cien victorias y Colón un mundo;

la religión busca en vuestro seno un asilo de paz a donde las pasiones y el tumulto de la vida vienen a morir con un suspiro como la ola en una playa desierta. Al fulgor de la naciente luna y sentado al pie de los sauces de vuestro claustro silencioso, me parece aún divisar a Cisneros. En la estación en que las amarillentas hojas de los árboles se desprenden unas tras otras, al frío soplo de la brisa de la noche que gime entre sus ya casi desnudas ramas. El breviario está abierto sobre las rodillas del joven novicio, su mirada se halla fija en el libro Santo, pero no lee. Las sombras le sorprendieron abismado en un éxtasis profundo, su espíritu libre de los lazos terrenales, vaga por ese mundo invisible que a su antojo crea y transforma la fantasía. ¿Qué pensamientos hervirán en su mente? Tal vez resuenan en su oído los últimos rumores del mundo que acaba de abandonar, acaso ocupe su alma el recuerdo de una mujer querida. Las hojas secas arremolinadas a sus pies, crujen al soplo helado del viento como cruje la falda de seda de una hermosa. Un estremecimiento nervioso saca de su éxtasis al solitario soñador que revuelve en torno suyo la pupila, quizás buscando la sombra fugaz que ha creído ver deslizarse ante sus ojos; pero en aquel instante un canto triste y solemne llega a su oído y ve cruzar entre la penumbra de los pilares, silenciosos y

como una procesión de fantasmas, dos hileras de monjes cuya frente esconde la capucha, y en cuyas manos las hachas encendidas despiden una lúgubre claridad. Son los religiosos que conducen a su postrer morada a uno de sus hermanos. La sombría idea de la muerte, ahuyenta el último desvarío de su irresoluta voluntad, su postrer recuerdo se desvanece con la lágrima que rueda por su mejilla, y la voz de la religión triunfa al fin en su alma.



Envueltos en el olvido y la oscuridad pasais luego a través de una y otra generación hasta que las legiones extranjeras profanan vuestros umbrales. Bajo las santificadas bóvedas, que solo habían recibido la nube del incienso o las preces de los religiosos, retumban el sonoro golpear del ferrado casco de los corceles, el ronco son de los tambores y el metálico choque de las armas. Temblando los ecos, repiten los libres cantares de los campamentos y el nocturno grito de alarma de los vigías. Aquí; al pie de tu altar, arde una hoguera alimentada con los tallados fragmentos de tus aras y tu coro rotos en mil astillas; allí apoyándose en sus lanzas y mal envueltos en sus capotes de guerra, duermen los unos, en tanto que más allá los otros forman un círculo en que con

ojos chispeantes de avaricia siguen al oro, que rueda sujeto a los caprichos de la fortuna, mientras espumosas copas pasan de mano en mano entre las carcajadas, los juramentos y las blasfemias.

¡Mudas estatuas que me rodeais! ¡Guerreros que dormis inmóviles en vuestros nichos de piedra, vosotros debistéis temblar de indignación aquel día, y llevar vuestras heladas manos a las espadas de granito que penden aún de vuestros cinturones!

Pero aún no se ha consumido la obra de exterminio; todavía al abandonaros, para facilitar su fuga y disipar las sombras, se sirven del fúnebre resplandor de una jigante fogata encendida, con lo que de vosotros resta. La tea que arrojan en tu seno prende al fin, el vendaval azota la naciente llama y el incendio con sus mil lenguas de fuego se levanta agitando su cabellera de chispas sobre el fondo oscuro de la noche. Un mar de lava y humo corre por las extensas galerías, y sus hirvientes olas vienen a estrellarse rugiendo contra los macizos pilares que se estremecen a su empuje. Ved las llamaradas azules y amarillas enroscarse silbando a lo largo de las columnas, como una serpiente que las estrecha entre sus abrasadores anillos. Oid el gemido ahogado del maderamen que se enciende, cruje y salta, y el sordo y prolongado trueno de los muros que se calcinan,

se grietan y derrumban, unirse al tumultuoso clamoreo de los que inutilmente se afanan en detener los progresos de la destrucción. Un claustro ha perecido, y el fuego abre una brecha a través del cual asalta el otro. Ved las prolongadas sombras de los santos y de los machones proyectarse sobre los lienzos de las alas, temblar, crecer y desvanecerse para aparecer de nuevo. Mirad esas filas de imágenes cuyos pies lamen las lenguas de la llama, permanecer impasibles como los precitos que contempló el Dante en su visión, inmóviles en la ribera del mar candente. Pero... ¡atrás! ¡atrás! la gran bóveda que cubre el ala del medio día vacila; da un ¡ay! terrible y cae al suelo arrastrando con ella el cuerpo que sostiene. Mil y mil volúmenes ruedan entre las llamas y los humeantes escombros; códices preciados, antiguos pergaminos, tesoros de la ciencia, las historias y las artes que la sabiduría reunió con diligencia exquisita, todo perece, todo se consume. ¡Atrás! ¡atrás! los ojos se ciegan, una nube de cenizas calientes y de espeso humo cubre como un velo funeral este cuadro espantoso. Dejad que en su seno la obra de la destrucción se corone.



El alto silencio de abandono vive ahora en

vuestros muros entre cuyos sillares crece la yedra que dá sombra al nido de la golondrina, hecho de leves plumas sobre el dosel de las estatuas. La brisa del crepúsculo murmura un cantar misterioso en las frondas de vuestros sauces, y una tinta azulada y melancólica baña en tenue vaguedad el interior de vuestro templo. El poeta os ama, porque vosotros habéis sufrido, y en su alma vibra siempre una cuerda simpática al dolor: os admira, porque sois nobles y en su laud hay siempre un cantar que contesta al eco de la gloria; os venera, porque sois santos y su rodilla y su frente están siempre prontas a doblarse en el umbral del cielo.

Mas la noche baja, las aves nocturnas comienzan a revolotear en torno a los agudos chapiteles de vuestras agujas, y las azules campanillas que se enredan por entre los rotos machones de vuestro claustro, cierran sus húmedos cálices. Quedad con Dios, muros sombrios que me disteis hospitalidad; yo os abandono, y acaso para siempre; pero vuestra imagen vivirá eterna en mi memoria. No temáis que yo la profane, confundiendo vuestra impresión con las impuras y vanas impresiones de la tierra, no; yo os guardaré en mi alma y en un lugar escondido y misterioso, en donde oculto como un tesoro los recuerdos santos de mi vida.

EL CRISTO DE LA LUZ

I

La arquitectura árabe española se encuentra representada en Toledo por un gran número de edificios, en su mayor parte religiosos.

Estos, erigidos ya por los sectarios del profeta durante el largo período de su dominación ya por los israelitas o los valientes reconquistadores de la en un tiempo capital de la monarquía goda, ofrecen larga materia de observación al artista, al par que descubren un horizonte vastísimo al estudio del historiador y el arqueólogo.

En efecto; nada más original y caprichoso que los infinitos detalles de esas incomprensibles creaciones del arte muzlímico, toledano, maravillosas más que por la grandeza y magnitud de su conjunto, por la gallardía y novedad de las partes que las componen y enriquecen; nada más interesante que la narración de sus orígenes, páginas fecundas en datos histó-

ricos relativos, ora a la condición social y a los trastornos políticos de los siglos que por medio de ellas manifestaron sus pensamientos.

Desgraciadamente, como ya antes que nosotros han dicho algunos literatos al ocuparse de este asunto, nuestros mayores han mirado hasta ahora con desdén cuanto produjo ese pueblo conquistador, a cuya imaginación poderosa tanto deben la poesía, las artes y las ciencias.

La lucha de ocho siglos que con él sostuvo nuestra península, dejó en el pecho de los reconquistadores profundas raíces de odio hacia esa raza enemiga y gigante que palmo a palmo les disputó el fruto de sus victorias, y sólo merced al transcurso de los tiempos se han modificado de una manera sensible las ideas críticas respecto a las producciones de su civilización reconociéndose unánimente como un bien la saludable y regeneradora influencia de su paso por nuestra patria.

D. José Amador de los Ríos, y con él otros escritores, que como ya dijimos, lamentan con amargura el desprecio manifestado aún por las personas eruditas hacia los preciosos restos de la dominación árabe, aducen una multitud de ejemplos que confirman sus palabras: entre otros, el primero recuerda oportunamente que el docto jesuíta Mariana, en su *Historia general de España*, se deja llevar de las preocupa-

ciones y las antipatías de su época, hasta el punto de apellidar *canalla* a un pueblo cuyo esplendor, cultura y heroísmo nadie pudo apreciar en lo que valían, como el cronista que recorrió tan escrupulosamente los sangrientos y gloriosos anales de las luchas de la cruz y la media luna.

Este sentimiento de repulsión natural en ambas razas unido a las diferentes creencias, bases de la constitución de sus sociedades y por lo tanto de sus costumbres y sus aspiraciones no fué el solo móvil del deplorable abandono en que se dejó el importantísimo análisis de su arte y de su historia: el delirio de regeneración clásica que así en el terreno de las ideas como en el de las cosas trajo el Renacimiento, completó por decirlo así, la obra de las preocupaciones, y fué sin duda alguna causa de la obscuridad en que yacía este estudio hasta fines del último siglo.

Muy diferente es el prisma bajo el cual nosotros debemos examinar estas cuestiones: desvanecidos ya los temores que pudo causar a nuestra religión el engrandecimiento de los infieles, mitigado ese afán por el exclusivo estudio de la arquitectura clásica o la de los distintos géneros que en ella tuvieron su cuna, y colocados, gracias a la saludable reacción artística de nuestra época, en un terreno neutral para todos los estilos, los restos que la domi-

nación sarracena ha dejado en nuestra nación no deben aparecer a la luz de la filosofía y de la historia más que como los mudos despojos del cadáver de una raza poderosa; despojos preciosísimos que es necesario conservar cuidadosamente, a fin de poder mesurar por medio de su análisis el coloso a que el poder de nuestra religión y el esfuerzo de nuestros mayores humillaron.

Y no se crea que al hacer justicia a los sectarios de Mahoma y al pintar con vivos colores el engrandecimiento y la civilización de la sociedad que constituyeron, puede en materia alguna menoscabarse la gloria y el brillante renombre de nuestra Iglesia, su eterna y franca enemiga, no; porque tanto más poderoso es el vencido tantos más laureles conquista el vencedor, y tanto más grandes y temibles fueron los adoradores de la media luna, tanto más palpable y divina aparece a nuestros ojos la protección del cielo, escudo fortísimo de la cruz que al cabo se hizo un santuario de sus mezquitas y tremoló al viento sobre la corona de almenas de sus baluartes.

Estas razones son las que han tenido presentes cuantos se han dedicado con infatigable diligencia al estudio de que se trata, y animados por esta misma idea hemos acogido con entusiasmo el pensamiento de trazar, aunque en bosquejo, el cuadro de las graduaciones de la

arquitectura árabe que los monumentos muzlímicos de Toledo despliegan a los ojos del observador.

Cuán ardua y difícil es la tarea que emprendemos, por las observaciones que más arriba dejamos expuestas se comprende. A pesar de la luz que cada día arrojan sobre el caos de la tradición las pesquisas de los arqueólogos, la meditación de los escritores y el detenido examen de los artistas, la historia crítica de sus adelantos, y con ella la de su estilo arquitectónico permanecen sumidas en una oscuridad profunda, que sólo guiados por la esperanza y la fe, recorren a tientas los amantes de las glorias de nuestra nación.

Algo se ha hecho, no obstante: el primero, el más difícil de los pasos se ha dado; el terreno es inseguro, pero con perseverancia y resolución tocaremos algún día la meta a que los estudios filosófico-artísticos se han propuesto llegar entre nosotros.

La *Historia de los templos de España*, por la índole especial de su pensamiento, no es la obra llamada a desenvolver analíticamente estos obscuros problemas del arte arábigo; la multitud de distintos estudios que en ella se aglomeran y que le dan, por decirlo así, un carácter enciclopédico, harán de sus páginas un inmenso museo, propio para mostrar en conjunto, y como en un vasto panorama, todas

las más notables producciones de los diferentes estilos arquitectónicos en que abunda nuestra patria. En esta galería, el árabe se encontrará colocado en el importante lugar que le corresponde, aunque siempre teniendo presente que en el discurso de la narración, las cuestiones de arte se hallan obligadas a dejar un espacio digno a la historia eclesiástica y política, razón poderosa por la que, sin pecar de ligereza en este asunto, pondremos un empeño particular en ser concisos.

Apuntadas estas ligeras observaciones preliminares, y a fin de facilitar la inteligencia de nuestros artículos posteriores pasaremos a trazar en algunos rasgos el nacimiento y desarrollo de la arquitectura árabe-española, marcando los diferentes períodos en que se divide y los detalles por medio de los que éstos se dan a conocer, y que en cierto modo caracterizan cada una de sus épocas.

Llevando en una mano el Corán y en la otra la espada, los hijos de Ismael habían ya recorrido una gran parte del mundo. Merced a la sangrienta predicación de estos guerreros apóstoles del falso Profeta, el Oriente comenzaba a constituirse en un gran pueblo, y el Asia y el Africa se unían por medio del lazo de las creencias y el fanatismo santificado con el sello de las victorias, cuando la traición abrió nuestra península a las huestes de Tarif y la monarquía

gótica cayó derrocada en las orillas del Guadalete con su último rey.

Acostumbrados a vencer, los árabes no tardaron mucho en posesionarse de casi todo el reino. Como a sus conquistas no cabe algún género de duda que presidía un gran pensamiento; el exterminio no siguió de cerca a sus victorias, las ventajosas condiciones con que aceptaron la rendición de un gran número de ciudades, los privilegios en el goce de los cuales dejaron a los cristianos, prueban claramente que antes trataban de consolidar que destruir, y que al emprender sus aventuradas expediciones no les impulsaba sólo una sed de combates sin fruto y de triunfos efímeros. La historia de los grandes conquistadores de todas las épocas, ofrece muy raros ejemplos de estas elevadas máximas de sabiduría, puestas en acción por los árabes en la larga carrera de sus victorias.

Dueños, pues, de casi toda la península Ibérica, y calmada la sed de luchas y de dominio que agitó el espíritu guerrero de aquellas razas ardientes, salidas de entre las abrasadoras arenas del desierto, las diversas ideas de civilización y adelanto, rico botín de la inteligencia que habían recogido en su marcha triunfal a través de las antiguas naciones, comenzaron a fundirse en su imaginación en un sólo pensamiento regenerador.

Hasta entonces el árabe, fiel a las tradiciones de su vida nómada, no había encontrado un momento de reposo. Primeramente puso su movible tienda ya al pie de una palmera del desierto, ya en la falda de una colina; después se hace conquistador, y derramándose por el mundo, hoy sestea en el Cairo, a la tarde duerme en el Africa y al amanecer levanta su campamento y lo sorprende el sol con el nuevo día en Europa.

Pero el momento de recoger el fruto de sus conquistas, la hora de recibir el precio de su sangre, tan pródigamente derramada, había llegado.

Sus leyes, y con ellas sus costumbres, comenzaron a dulcificarse y a tomar una índole propia; el círculo de sus aspiraciones y sus necesidades se hizo mayor, y la sociedad que comenzaban a constituir puso el pie en la senda del progreso a que la llamaban su grandeza y su poder.

Como es de presumir, el arte no existía aún entre los sectarios de Mahoma, pero el desarrollo de la nueva religión lo comenzaba a hacer una necesidad. Y decimos una necesidad, porque es digna de ser observada la influencia que las creencias religiosas ejercen sobre la imaginación de los pueblos que crean un nuevo estilo. Recórrase, siquiera ligeramente, la historia moral, por decirlo así, de todos los países

y no se podrá por menos de conceder a esta influencia, la gloria de haber dado a cada una de las naciones que civilizó, unas costumbres en perfecta afinidad con sus necesidades y una arquitectura original en maravillosa armonía con su culto.

Los adoradores de Isis, los sacerdotes de sus terribles misterios, después de poblar sus altares de locas e incomprensibles concepciones, crearon el arte egipcio con sus esfinges monstruosas, sus gigantescas pirámides y oscuros geroglíficos. El pensamiento de un mundo viril y grande se halla grabado con caracteres indelebles en los colosos del desierto.

La India, con su atmósfera de fuego, su vejetación poderosa y sus imaginaciones ardientes, alimentadas por una religión, toda maravillas y mitos emblemáticos, ahuecó los montes para tallar en su seno las subterráneas pagodas de sus dioses.

La extraña y salvaje poesía de los vehdas parece que toma formas y vive, cuando a la moribunda luz que se abre paso a través de las grutas sagradas, se ven desfilar, confundiéndose entre las sombras de sus muros, las silenciosas procesiones de monstruosos elefantes, guiados por esos deformes genios que despliegan sus triples miembros en semicírculo, como las plumas de un quitasol.

La Grecia coronó de flores sus divinidades,

les prestó el ideal de la belleza humana, y las colocó sobre altares risueños levantados a la sombra de edificios que respiraban sencillez y majestad.

Basta examinar sus templos, ricos de armonía y de luz; basta hacerse cargo de la matemática euritmia de sus construcciones, para comprender a aquella sociedad que sujetó la idea a la forma, que tiranizó la libre imaginación por medio de los preceptos del arte.

La arquitectura árabe parece la hija del sueño de un creyente, dormido después de una batalla a la sombra de una palmera. Sólo la religión que con tan brillantes colores pinta las huríes del paraíso y sus embriagadoras delicias, pudo reunir las confusas ideas de mil diferentes estilos y entretejerlos en la forma de un encaje. Sus gentiles creaciones, no son más que una hermosa página del libro de su legislador poeta, escrita con alabastro y estuco en las paredes de una mezquita o en las tarbeas de una aljama.

La religión del Crucificado tradujo el apocalipsis y las fantásticas visiones de los eremitas. La luz y las sombras, la sencilla parábola y el oscuro misterio se dan la mano en ese poema místico del sacerdote, interpretado por el arte, al que la Edad Media prestó sus severas y meláncolicas tintas.

Ni Roma ni Bizanzio tuvieron una arquitec-

tura absolutamente original y completa; sus obras fueron modificaciones, no creaciones, porque como dejamos dicho, sólo una nueva religión puede crear una nueva sociedad, y sólo en ésta hay poder de imaginación suficiente a concebir un nuevo arte. Roma no fué más que el espíritu de la Grecia encarnado en un gran pueblo, y Bizanzio el cadáver galvanizado del imperio, eslabón que en la cadena de los siglos unió por algunos instantes el mundo que desaparecía con el que se levantaba.

He aquí porque dijimos que derrocada en nuestra península la raza del Norte por la del Oriente, el desarrollo de la religión había hecho del desarrollo del arte una necesidad. El secreto impulso que lo empujaba a su destino, existía, pues, en la conciencia del genio ismaelita, pero aún se encontraba muy distante del término de su carrera, por lo que en sus primeros pasos se limitó a satisfacer sus necesidades por medio de la imitación.

En este punto, como fácilmente se comprende, comenzó la primera época de las tres principales en que puede dividirse la historia de la arquitectura muzlímica toledana.

Esta que a su vez puede dividirse en dos períodos, uno de imitación y otro de lucha entre la idea original y la influencia extraña de los diferentes géneros arquitectónicos que se amalgamaron entre sí para crear el nuevo estilo,

duró en Toledo casi tanto tiempo, cuanto permaneció esta ciudad en poder de los infieles.

Pocas son las muestras que nos quedan hoy de estos dos períodos, pues habiendo desaparecido la grande aljama o alcázar de los reyes moros, como asimismo su mezquita mayor, sobre los cimientos de la cual Fernando el Santo levantó la Iglesia Primada, sus obras de mayor importancia y por lo tanto las más dignas de estudio, por lo completamente que debieron caracterizar la época que tratamos de dar a conocer, se hallan fuera del alcance de nuestra crítica.

Sin embargo, basta examinar la antigua mezquita que es hoy capilla del *Cristo de la Luz*, la Iglesia de *Santa María la Blanca*, la de *San Román* y algunos otros restos de la arquitectura de los árabes toledanos, para poder señalar, hasta cierto punto con exactitud, los caracteres que la distinguen.

Obsérvanse pues en ella, restos de las construcciones góticas, (1) como capiteles y fustes de columnas, empleados en las fábricas, que, para atender a sus primeras necesidades, erigieron los sectarios de Mahoma después de conquistada la ciudad.

---

(1) Téngase presente que por construcciones góticas entendemos aquí las debidas a los godos y no las del género ojival, a las que algunos designan, impropiamente, con el nombre de góticas.

La forma de los templos, guarda por lo regular bastante analogía con la de las Basílicas cristianas, hallándose compartidas en naves como éstas y comenzando en la cabecera algunas veces con ábside.

Los arcos que soportan las techumbres de las naves son redondos o de herradura, observándose asimismo, hasta en las construcciones más primitivas, el empleo de los arcos dúplices en la ornamentación de los muros.

Los fustes de las columnas que sostienen las arquerías de estos edificios, son unas veces de mármol y otras de ladrillo y argamasa; pero siempre gruesos y pesados. La forma octógona, que en algunos de ellos se observa, es uno de los caracteres distintivos de este período. Los arabescos o adornos del gusto árabe, con que embellecían sus obras, son escasos toscos y casi siempre imitación o copia adulterada de los adornos, propios de los órdenes de arquitectura que habían visto al pasar triunfadores de los pueblos que amarraron a su yugo. En los capiteles imitan las formas griegas, aunque modificándolas más o menos según el capricho de sus autores; en la ornamentación, el Bizantino es uno de los géneros que presta con más abundancia sus caprichosos adornos al arte de los muzlimes.

El segundo período de esta grande época de nacimiento y desarrollo de las ideas originales

y propias del pueblo Ismaelita, se desenvolvió en Toledo cuando a principios del siglo XI Abu Mohammad Ismael ben Dz'en-non fundó la dinastía de los Beni Dz'en-non, erigiendo a esta ciudad en capital del reino nuevamente constituído.

A este tiempo perteneció sin duda la ornamentación de la mezquita mayor y la grande aljama, edificios que, como de otros muchos de la misma edad, sólo nos quedan vagas y confusas tradiciones unidas a alguno que otro fragmento.

Obsérvase sin embargo que en esta segunda mitad de la creación de su arte, los alarifes mahometanos, en la lucha empeñada entre su inspiración y la influencia de otros estilos, llevan una considerable ventaja.

Las *al-haracas* o adornos de follajes con que cubren los capiteles de sus columnas, la archivolta de sus arcos o los entrepaños de sus muros, las *adarajas* o acerías de sus orlas, y el menudo almocárabe que sirve de fondo a su ornamentación, comienzan ya a determinarse y a tomar un carácter propio. Nótase este adelanto muy particularmente en los edificios árabes de este tiempo que aún existen en varios puntos de España. En Toledo, como ya dejamos dicho, son pocos los ejemplares que de estos dos períodos y especialmente de este último, se conservan.

La segunda época; la época de virilidad y esplendor de este género maravilloso y delicado, comenzó a florecer en la ciudad imperial después que D. Alfonso la reconquistó del poder de los musulmanes. Los alarifes andaluces que habían estudiado en la Alhambra y en el Alcázar de Sevilla, magníficos edificios en que el genio oriental desplegó todo el lujo de su imaginación inagotable, se desparramaron en este tiempo por la península y llevaron las nuevas ideas al seno de las ciudades reconquistadas, en las que, así los árabes que aún permanecían en ellas, como los cristianos y los judíos que en gran número se encontraban en las grandes poblaciones, usaron casi exclusivamente por espacio de dos o tres siglos de esta arquitectura, ya para sus palacios, ya para sus templos y fábricas de utilidad común.

Imposible sería el querer describir con palabras la brillante metamorfosis que en esta edad experimentó el arte que hemos visto en los siglos anteriores seguir tímidamente el sendero de la imitación, ensayando con pobreza y miedo alguna que otra idea original. Sus formas groseras y pesadas han adquirido una esbeltez y una gallardía admirables; sus arcos, compuestos de mil y mil líneas atrevidas y nuevas se sostienen sobre columnas tan frágiles que no se concibe que pudieran soportar los muros, si éstos a su vez no fuesen calados y lige-

ros como el rostrillo de encaje de una castellana; las geométricas combinaciones de sus lacerías se complican y enredan entre sí de un modo inconcebible, y cada capitel, cada faja, cada detalle, en fin, de estas magníficas creaciones, son a su vez una obra artística maravillosa, en la que otros detalles secundarios aparecen a los ojos del observador y lo asombran por su delicadeza, su novedad y su número.

La iglesia del Tránsito, antigua sinagoga, la ornamentación de Santa María la Blanca, los restos del alcázar del rey D. Pedro, la casa de Mesa y otros muchos edificios, ya religiosos, ya profanos, representan dignamente en la capital de Castilla la Vieja este período de esplendor y grandeza de la arquitectura arábiga, cuyos rasgos mas característicos son los que a continuación expresamos:

El empleo de ojivas tumido-conopiales, ya simples, ya incluídas en arcos de herradura o estalactíticos.

El uso, cada vez más frecuente, de dobles ajimeces, sostenidos por parteluces esbeltísimos y cuajados de ornamentación y figuras geométricas.

Arcos de diversas formas en los que se combinan de mil maneras extrañas porciones de círculo, que dibujan las archivoltas y perfilan los vanos.

Arcos trazados por líneas rectas combinadas con porciones de círculo.

Pechinas de dobles y triples hileras de bovedillas apiñadas, las que también se usaron en algunos edificios del género ojival construídos en épocas posteriores, como en San Juan de los Reyes.

Sustitución en las leyendas que adornan los muros de los caracteres cúficos, usados en la primera época por los neskhi de forma más ligera y gallarda.

Adornos en la ornamentación completamente originales y propios del arte arábigo, los que, aun cuando guardan alguna remota idea de los bizantinos, ya se han hecho más ricos y elegantes.

Artesonados cuajados de lujosos detalles.

Lacerías combinadas de cierto modo, que les da alguna semejanza con las tracerías del estilo ojival.

Uso, casi general, de aliceres o anchas fajas de azulejos brillantes de infinitos colores y formas, adornando las zonas inferiores de las tarbeas o salones.

Sustitución de las hojas agudas y entrelargas, propias de la ornamentación de otros estilos, con las de parra, roble y otras de parecido dibujo, las que relevándose sobre fondos de ataurique y combinándose entre sí forman a veces dobles postas.

Estos caracteres, unidos a la delicadeza y perfección con que se encuentran ejecutados todos los detalles, dan a conocer este período a primera vista.

La tercera época, la época de decadencia, no tiene, por decirlo así, una fisonomía propia.

Se hace notar por la falta de lujo y de riqueza en sus obras, por el abandono de aquella prodigalidad de ornamentación que caracterizó a esta arquitectura en su período de gloria, y por la adulteración de algunas de las partes de que se compone

El estilo ojival, que cada día adelantaba un poco más en la senda de la perfección, comenzó a oscurecer y a poner en olvido el arte arábigo, el cual no obstante prolongó su existencia, aunque trabajosamente, hasta mediados del siglo XVI, en que el Renacimiento destronó a un tiempo a los dos géneros, representantes el uno de la religión cristiana y el otro de la islamita.

II

Bosquejados, aunque ligeramente, el carácter de la arquitectura muzlímica y los distintos períodos de su marcha progresiva en el sendero que la condujo a la perfección entre los árabes españoles, vamos a trazar la historia de uno de sus monumentos, cuya importancia, ya

se le examine como historiador, ya como artista, merece fijar la atención de los hombres pensadores y estudiosos.

La primera palabra de una maravillosa escuela arquitectónica; un recuerdo histórico, encarnado en un edificio material, he aquí lo que representa a nuestros ojos la ermita del Cristo de la Luz, he aquí los gloriosos títulos que aduce en su favor para ocupar un puesto distinguido en el orden de estas monografías.

Refiere la tradición, y los historiadores más dignos de crédito confirman, que el 25 de mayo del año de 1085, día en que según mas adelante dejamos referidos, fué entregada esta ciudad por los árabes al invicto D. Alfonso, cuando el cristiano Rey penetró triunfante en Toledo, como lo hiciera, según las opiniones mas autorizadas, por la antigua puerta de Visagra y la de Valmardon, conocida hoy con el nombre de Arco del Cristo de la Luz, al encontrar el Santuario cuya historia nos ócupa, detuvo su comitiva delante de su humilde umbral, y apeándose de su corcel, penetró en el templo, consagrando así con la oración una victoria cuyo fruto de antemano ofreciera al Altísimo.

D. Bernardo, Abad de Sahagún, posteriormente electo Arzobispo de Toledo, celebró el Santo Sacrificio de la Misa a presencia del piadoso Monarca y de su guerrera corte, y terminada que fué la ceremonia religiosa, el mismo

Soberano dejó en la capilla su escudo, en testimonio de la fe que le animaba, y como recuerdo de tan memorable día.

Varias son las tradiciones que sobre este suceso se conservan y con mayor o menor autoridad se repiten. En el lugar que a esta parte de la narración destinamos, encontrarán nuestros lectores todo lo que sobre este asunto se ha dicho, lo cual no transcribimos aquí por cuanto su contesto no afecta la sustancia del hecho histórico, que por otra parte nadie ha puesto aún en duda. Solo sí haremos observar, que fundándose en uno solo de estos milagrosos relatos, el vulgo comenzó a llamar a esta Iglesia, del Cristo de la Luz, a pesar de que en los escritos antiguos se la conoce por del Cristo de la Cruz y Virgen de la Luz, nombre que tomó de las imágenes que con esta advocación se veneran en sus altares desde tiempos muy remotos.

La costumbre, sancionando al fin el uso común, ha dado a esta efigie del Redentor el nombre de Cristo de la Luz, con el que la señalamos en el encabezamiento del presente artículo.

El suceso que acabamos de referir, es el primero que de una manera indudable revela en la historia la existencia de este templo; algunos cronistas, sin embargo, hacen remontar la época de su fundación al reinado de Atanagildo,

Monarca que ocupó el trono a mediados del siglo VI, y que erigió las parroquias de Santa Justa y Santa Eulalia.

Aun cuando esta aserción no se encuentra suficientemente comprobada, y los documentos en que sus autores se apoyan no son dignos del mayor crédito, por su dudosa autentidad, nosotros nos inclinamos desde luego a admitirla, fundándonos para hacerlo así en conjeturas, las que no por tener el carácter de supositivas, dejan de pesar en la balanza de la razón y el criterio.

Sabido es, aun por los menos versados en los estudios arqueológicos de nuestro país, que así los árabes en su rápida invasión, como los cristianos en su esforzada y trabajosa reconquista, siguieron casi invariablemente la costumbre de utilizar los edificios consagrados al culto de los vencidos, para las ceremonias de su propia religión, ya introduciendo en ellos las modificaciones que exigía su nuevo destino, ya reedificándolos de un todo, según su estilo o su nueva forma de construir.

Una gran parte de los hoy existentes, se levantan en el mismo lugar en que se asegura haberse hallado en épocas remotísimas templos dedicados al culto de las divinidades del paganismo, sobre cuyos escombros se erigieron más tarde Basílicas góticas, después mezquitas árabes y Catedrales cristianas por último.

En nuestro juicio la ermita del Cristo de la Luz es uno de esos monumentos destinados a reflejar el espíritu de las generaciones a través de las edades, modificándose en su estructura, pero conservando siempre la idea religiosa, carácter que al nacer le imprimieron sus primitivos erectores.

Sea esta fundación obra del Monarca Atanagildo, según unos opinan, o débase a la piedad de algún olvidado personaje cuyo nombre se ha perdido con su generación; lo que nos parece fuera de toda duda, es que el Santuario se elevó durante el período de esplendor de la raza goda.

La historia, aunque de una manera vaga, confirma esta sospecha, y más de una prueba material viene en el terreno del arte a dar crédito a la opinión emitida.

En efecto, después de examinar detenidamente los cuatro capitales que coronan las columnas aisladas sobre los que vuelan los arcos del cuerpo principal de las naves, no se puede por menos de conceder que pertenecen a la época a que nos referimos.

Como verán nuestros lectores más adelante, luego que entremos en la descripción artística de la fábrica actual, las formas de estos capiteles, sus detalles toscos y groseros, el género especialísimo de su ornamentación, todo se encuentra conforme con los caracteres que dis-

tinguen a la arquitectura goda en el período en que la dimos a conocer al ocuparnos de la Basílica de Santa Leocadia.

Esto, que de ningún modo prueba que la fábrica hoy existente sea en alguna de sus partes erigida en tan remota época, induce por lo menos a creer, y no sin fundamento, que efectivamente existió allí un Santuario godo, sobre las ruinas del cual, y aprovechando sus fragmentos, los árabes construyeron según su costumbre una mezquita.

Los grandes y macizos arcos de herradura que forman las naves de ésta, su planta, que afecta en sus proporciones y distribución la forma de las Basílicas cristianas, y el empleo de capiteles y fustes de columnas, al parecer pertenecientes a edificios anteriores a su invasión, revelan desde luego que la metamorfosis de este templo tuvo lugar durante el primer período del arte mahometano.

En la introducción que precede a esta monografía sentamos ya como un hecho indudable que este período abrazó cerca de dos siglos, esto es, desde el octavo en que tuvo lugar la invasión sarracena, al décimo en que ya comenzó a ser original la arquitectura entre los dominadores de nuestra Península.

Conquistada Toledo a los infieles, el suceso de que dejamos hecha mención al comenzar este artículo, y en memoria del cual dejó don

Alfonso su escudo pendiente de los muros del Santuario, dió a este mayor importancia de la que ya por su antigüedad respetable merecía de los conquistadores.

Teniendo esto en cuenta, como igualmente el ruinoso estado en que se encontraba su fábrica, una de las primeras diligencias del Arzobispo D. Bernardo al ocupar la Sede, fué el repararlo y hacerle las adiciones indispensables para su nuevo destino.

Gran parte de los escritores que se han ocupado de este asunto, creen que entonces se levantó de un todo el edificio objeto del presente estudio.

Nosotros, por el contrario, creemos que solo se reparó y modificó su forma, añadiéndole la capilla o cabecera y acaso los dos cuerpos que sustentan las cúpulas, pero conservando siempre la disposición de la planta y los robustos arcos de herradura sobre que estriba toda la máquina arquitectónica del monumento.

La forma, la solidez y la traza de esta parte de fábrica, deben pues clasificarse entre los caracteres que sirven como de un sello propio a las construcciones primitivas del estilo árabe.

Restaurada en esta forma la ermita quedó sujeta a la jurisdiccion del citado Arzobispo D. Bernardo, el cual se encargó al mismo tiempo de mantener con sus rentas propias el culto

que en ella se daba a la venerada efigie de nuestro Redentor que le presta nombre.

Muerto el Prelado, uno de sus sucesores a los que pasó el patronato, la cedió a beneficio de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, a instancias, según algunos, del Rey D. Alfonso VIII, a quien los nobles, pertenecientes a esta orden, habían hecho un señalado servicio en sus campañas contra infieles.

Varias fueron las condiciones con que los Caballeros recibieron la ermita de manos del Rey: entre otras que constan en el documento original, que con fecha 29 de Junio de 1186 se conserva en el archivo de la Catedral Primada sólo citaremos las que tienden a restringir algunas atribuciones parroquiales de que anteriormente disfrutaba, como son la de no tener feligreses ni percibir diezmos, primicias o prestaciones de este género: celebrar las fiestas y los oficios divinos en voz baja y a puerta cerrada; guardar estrictamente los entredichos, y otras muchas que por más comunes y de menor importancia omitimos.

Ya en poder de los Caballeros Sanjuanistas, permaneció en este estado, hasta que andando algún tiempo fué agregada a la Encomienda del Viso de la misma orden.

No falta quien asegura que en la época en que ocupó el Gran Cardenal Mendoza la silla de Toledo, esta iglesia volvió a ser patrocinada

por el Arzobispado; mas esta opinión se funda en las restauraciones que a expensas del Cardenal y por particular devoción suya se le hizo en el último tercio del siglo XV.

El Cristo de la Luz, se mantuvo, pues, bajo patrocinio de la ínclita orden a que la cediera D. Gonzalo Pérez, sucesor de D. Bernardo, hasta hace poco en que por muerte del último Comendador del Viso, los bienes y diezmos pertenecientes a la Encomienda pasaron a formar parte de los de la Nación como los de otras muchas fundaciones piadosas del mismo género.

La Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos es hoy la encargada de la custodia del Cristo de la Luz.

Nadie mejor que los individuos que componen su ilustrada Junta sabrá atender en lo sucesivo a la conservación de un monumento, que ya por recordar un hecho histórico de grande importancia, ya por ser una de las primeras muestras de una arquitectura, que tan maravillosos edificios ha dejado en nuestro suelo, como por abrigar en su seno una imagen objeto de mil y mil piadosas tradiciones, atraerá siempre sobre sí la admiración y el respeto de los inteligentes y cristianos.

III

Como la mayor parte de los monumentos arábigos que ofrecen ancho campo al estudio en la ciudad de los Césares, el que hemos querido dar a conocer a nuestros lectores, y que es objeto de esta monografía, es más digno de llamar la atención por el lugar que en la historia del arte ocupa, que por su magnitud y suntuosidad.

En efecto, nada más sencillo y humilde que el exterior de este Santuario, que según el genio particular de la arquitectura muzlímica, apenas deja adivinar la distribución de sus partes, la solidez y la armonía de la disposición interior de su fábrica.

La planta de ésta, que es cuadrilonga, se halla situada de Norte a mediodía, y el paralelógramo que dibuja se encuentra cortado a su mitad por un delgado lienzo de muro que, extendiéndose de Oriente á Poniente, divide en dos partes cuadradas e iguales el cuerpo general del edificio.

De estas dos partes, la que cae al Sur, forma las naves y es la primitiva construcción sarracena, perteneciente a la época de transición de este género.

La otra, situada al Norte, y que desde luego se conoce fué agregada para comodidad del culto en una de las modificaciones que ha su-

frido la mezquita, es la que verdaderamente constituye la capilla, cuya cabecera o ábside afecta la línea circular.

Conocido el plano, y la relación que guardan entre sí las partes que lo trazan, vamos a dar a conocer el cuerpo del edificio.

El primero de los compartimientos en que se divide su interior, y que es el que se ofrece en nuestra lámina, consta de veinticuatro pies cuadrados, y lo componen doce magníficos arcos de herradura, que después de subdividirlo en nueve espacios iguales. apoyan cuatro de sus recaídas sobre igual número de gruesas columnas chatas y aisladas, y las restantes en los muros que sirven de cerramiento.

Por encima de los arcos, y como a distancia de una vara, corre una imposta sobre la que se eleva un segundo cuerpo, liso como el de la zona inferior, pero en el que se ven perforados en cada uno de sus frentes un agimez. Estos, que por un capricho del alarife, están cortados por la mitad, y pudiera decirse que carecen de jambas, y solo conservan la parte superior que constituye la línea curva desde su arranque, son angrelados, componiéndose ya de tres partes de círculo, ya de seis, según el lugar en que se encuentran.

Por cima de este segundo cuerpo otra faja o imposta sustenta las cupulillas, que en igual número que los espacios cuadrados en que se

dividen las naves les sirven de cerramiento superior o cubierta.

Estas cupulillas, por las que cruzan a manera de nervios, hermosas fajas resaltadas de estuco, son iguales en la totalidad de la forma, diferenciándose entre sí por la diversa combinación de los resaltos.

Como se ve por la ligera descripción que dejamos hecha de esta mitad mas antigua del templo, los espacios en que sus naves la comparten al cruzarse entre sí, son conformes en la dimensión y el ornato.

Solamente el comprendido entre las columnas aisladas, que se agrupan al centro de la nave principal, se diferencia del resto de los que con él forman armonía. Este consta de tres cuerpos. En dos, de los cuatro frentes del segundo, se abre un agimez que consta de un arco de herradura gemelo, cuyas recaídas unidas sostiene una columna pequeña; en los dos restantes se observan otros tantos arquitos angrelados, por cima de los cuales se extiende alrededor de los muros otra imposta de molduras que sostiene la tercera zona sobre la que vuela una cúpula ochavada.

El último cuerpo, que consta de ocho frentes, contiene en cada uno de sus lienzos de muro un arco de herradura perforado sumamente sencillo, y presenta a la vista un conjunto airoso y agradable.

La bóveda con que remata todo se halla subdividida en cascos, por fajas resaltadas de estuco, que, combinándose de una manera caprichosa, guardan bastante semejanza con las que más tarde embellecieron los edificios del género ojival.

La mitad de la fábrica situada al Norte, en la que se ve el retablo donde se venera el Cristo de la Luz, y que se conoce haber sido agregada en tiempos de D. Bernardo, consta de veinticinco pies de largo por veintidos de ancho, teniendo la circunferencia del ábside diez y nueve.

Dos bóvedas mayores que las ya descritas, la una redonda y la otra afectando la forma semicircular de la cabecera de la iglesia, cubren los espacios en que se comparte la capilla, sobre el arco de entrada de la cual se encuentra colocado el escudo de D. Alfonso de que hicimos mención en la reseña histórica.

Este es de madera pintada de color rojo, y tiene en medio una cruz blanca.

En una tablilla colocada por bajo de este antiguo recuerdo se halla la siguiente leyenda:

ESTE ES EL ESCUDO QUE DEJÓ EN ESTA ERMITA EL REY D. ALFONSO VI CUANDO GANÓ A TOLEDO Y SE DIJO AQUI LA PRIMERA MISA.

Ni en el retablo del altar, ni en toda la Iglesia hay objeto alguno que considerado artísti-

camente merezca llamar la atención de las personas entendidas.

Son dignos, sin embargo, de ser estudiados los cuatro capiteles de que ya hemos hecho mención, y los cuales parecen pertenecer a la misma época que los que del jardín de la Basílica de Santa Leocadia se trasladaron al hospital de Santa Cruz, según se dijo en la historia del Cristo de la Vega.

El señalado con el número 2 en la cromolitografía que representa diversos CAPITELES de los edificios de Toledo, es uno de los pertenecientes a la ermita del Cristo de la Luz. La desproporción de las partes que lo componen, la pesadez de su ornamentación, que apenas guarda una idea remota de los capiteles romanos, de los cuales sus autores tomaron la idea, desfigurándola a su capricho, todo viene a corroborar la opinión que de ellos hemos formado.

Los compañeros de este capitel constan: el uno de tres hileras de hojas subientes toscamente diseñadas y en extremo sencillas; el otro de una serie de bovedillas cuadradas a manera de casetones, colocada sobre una especie de toro o moldurón con cintas; y el restante, cuyo tablero es ochavado, imita la sencillez del orden Toscano, aunque ni sus molduras ni su proporción están conformes con las reglas de este orden.

El exterior de la Iglesia no tiene notable mas

que el ábside, que como toda la fábrica, es de ladrillo fino, y está adornado de una serie de arcos ornamentales de ojiva túmida, pero ya casi destruídos por las injurias de los años.

IV

Aunque en el relato de los sucesos que han contribuído a hacer famosa la ermita del Cristo de la Luz, omitiésemos toda la parte tradicional, que por no hallarse suficientemente autorizada podría parecer agena de la gravedad y la pureza de la historia, no por eso negaremos un lugar en nuestro artículo a las creencias populares que la tradición repite de boca en boca y que la sencilla fe siente y cree.

Antes al contrario; nosotros pensamos que la tradición es al edificio lo que el perfume a la flor, lo que el espíritu al cuerpo, una parte inmaterial que se desprende de él, y que dando nombre y carácter a sus muros les presta encanto y poesía.

No siempre hemos de venir con los pergaminos en la mano, pidiendo una fecha o una autoridad para creer; dejemos alguna vez que el alma se arrebate en alas de la fe y crea por esa intuición misteriosa que la ilumina cuando ávida de sentimientos grandes, traspasa los umbrales santificados por el sello de los siglos y pide a las generaciones que se hundieron en

el polvo, sucesos maravillosos y extraordinarios que la hagan olvidarse por un momento de la prosáica realidad de nuestra existencia.

En el reducido Santuario, objeto de estas páginas, es acaso en el que con más exactitud puede el poeta aquilatar el inmenso tesoro de imaginación y poesía que el pueblo ha amontonado, como una ofrenda de fe ante las aras de su Dios.

Nosotros en la imposibilidad de hacer una detallada relación de todas estas piadosas tradiciones, trascribimos con el mayor gusto a nuestras páginas la que hemos encontrado escrita en el muro de la Iglesia, y que es con la que daremos fin a nuestra tarea.

NOTICIA BREVE, ANTIGUA Y AUTORIZADA POR DIFERENTES AUTORES, DE LOS MILAGROS Y PRODIGIOS QUE HAN OBRADO EL SANTÍSIMO CRISTO DE LA CRUZ Y NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ, QUE SE VENERAN EN SU ERMITA EXTRAMUROS DE LA IMPERIAL CIUDAD DE TOLEDO,

«En el año de quinientos y cincuenta y cinco, »reinando en España el glorioso Rey godo Ata»nagildo, sucedió en esta ermita que dos judíos, »cuyos nombres eran Sacao y Abisain, vinien»do de su huerta de Campo Rey (que hoy nues»tro hispanismo llama Huerta del Rey) pasan»do por esta ermita, y viéndola sola, hallando »tiempo oportuno a su intento, por el rencor »que tiene el judaismo con Cristo Señor Nues-

»tro se determinaron ¡oh bárbara obstinación! »a ultrajar su verdadero retrato que estaba en »el altar mayor (que es del cedro que ellos tra» »jeron de Jerusalén para la sinagoga, que la te» »nían donde está hoy Santa María la Blanca), »y así lo hicieron, dándole un bote en un cos» »tado con un dardo que traían, a cuyo golpe »cayó la milagrosa imagen en el suelo derra» »mando copiosos raudales de sangre, con cuyo »prodigio quedaron los judíos llenos de pavor »y espanto, aunque no arrepentidos, pues le »cogieron y le arrastraron hasta la puerta de »dicha ermita, y viendo que la divina imagen »no cesaba de derramar sangre, se le metió uno »de los judíos debajo de su tabardo o capote, »y le llevó a la plazuela de Valdecaleros, donde »vivía, y soterró en un establo al que no cabe »en los cielos. Acudieron los cristianos a vene» »rar la divina imagen, y no hallándola, fué su »desconsuelo grande; pero hallaron el remedio »en la sangre de este Santísimo Cristo, pues »cuando le llevaba el judío debajo de su capote »iba derramando sangre por la calle, por cuyo »rastro lo siguieron los cristianos, entrando en »casa del judío, y no hallándole se volvían afli» »gidos, cuando este Santísimo Cristo se les »apareció en pie en el establo corriendo de su »santísima herida sangre. Vino el Rey Atana» »gildo a ver tan portentoso prodigio, y admira» »do de la maldad del judío, mandó que fuesen

»los dos apedreados: corto castigo a tan obsti»nada maldad. Volvió el Rey este Santísimo »Cristo a su templo con una procesión muy »solemne, recogiendo la sangre que derramó »esta divina imagen en unas ampollas, la cual »tocando a ciegos daba vista, a mancos brazos, »a cojos pies, a muertos vida, y a todos con»suelo y remedio. Obraron estas divinas imá»genes de allí adelante muchos milagros, como »los continúan hoy, con lo cual crecía la envi»dia de los judíos, pues veían que cuantos lle»gaban a tocar esta divina imagen quedaban »sanos de cualquiera enfermedad. Y para que »esta devoción se extinguiese, le pusieron a »este Santísimo Cristo veneno en el pie, para »que así que llegasen a besar quedasen muer»tos; pero en el que es vida eterna, no tiene »lugar (sin su voluntad) la muerte: al llegar »una mujer pecadora a besar el pie de este di»vino Señor, Su Majestad (gran milagro) apar»tó el pie, rehusando que la mujer le besase, »quedando desclavado, como hoy se ve paten»temente.—No pararon aquí los milagros de »esta divina imagen, pues que en la pérdida de »España, cuando la perdió el Rey D. Rodrigo, »que fué el año tercero de su reinado, y de se»tecientos catorce del nacimiento de nuestro »Salvador, temerosos los cristianos de los ára»bes y judíos no ultrajasen a estas divinas »imágenes del Santísimo Cristo de la Cruz y

»Virgen de la Luz, las escondieron en unos nichos que están a mano derecha de dicha ermita, dejando una lámpara encendida con »panilla de aceite. Fué Dios servido que el Rey »D. Alfonso el Santo ganase a Toledo el día de »San Urbano a veinticinco de mayo de mil »ochenta y tres. Entró en Toledo acompañado »de la nobleza de España, y viniendo el Cid »Ruiz Diaz a su lado, entrando por la puerta »Agúileña, que está frontera de la Iglesia del »Santísimo Cristo, el caballo del Cid se arrodilló delante de la Iglesia, y desmontando, »abrieron las paredes, y al son de música del »cielo, vieron (prodigioso caso) al Santísimo »Cristo de la Cruz y Virgen de la Luz, con la »lámpara encendida, dando luz a los que lo son »del Cielo y la tierra, la cual estuvo ardiendo »con una panilla de aceite todo el tiempo que »estas divinas imágenes estuvieron ocultas, que »fueron trescientos y setenta y nueve años. »Entró S. M. a orar las divinas imágenes, y »mandó que el Arzobispo dijera en esta Santa »Casa la primera misa, y dejó, como David, el »alfange en el templo. S. M. el escudo de la »Santa Cruz con que alcanzó la victoria. Son »autores de esta verdad Flavio Dextro, San »Majanio y el Arzobispo Don Rodrigo en la »pérdida de España».

SANTA MARÍA LA BLANCA

(ANTIGUA SINAGOGA)

I

La Iglesia de SANTA MARÍA LA BLANCA, en cuyo análisis histórico y artístico vamos a ocupar algunas páginas de nuestra obra, es, como la del TRÁNSITO, uno de los más notables monumentos del arte árabe que presenta la Ciudad Imperial, a la vez que vivo recuerdo de la opulencia y esplendidez de la raza hebrea, al culto de cuya religión estuvo primitivamente destinada.

Surge necesariamente al trazar la historia de este templo, la cuestión ya tantas veces controvertida, acerca de la época en que por vez primera vinieron a Toledo los judíos. La Iglesia de SANTA MARÍA es ciertamente el primer monumento que hallamos dentro de sus muros atestiguando el paso de la raza despreciada; pero la época de su erección no puede servirnos de punto de partida para el descubrimiento de la verdad, habiendo indicios vehementes

de la existencia de otras sinagogas anteriores a la que nos ocupa.

Autores hay que remontan esta época al tiempo de Nabucodonosor; hay también quien cita en comprobación de la antigüedad de la existencia de los judíos en la ciudad de los Césares, el hecho de haber escrito los judíos de Toledo a los de Jerusalén una carta reprobando la sentencia de muerte dictada contra el Salvador, y sobre la cual le habían éstos consultado, hecho absurdo y destituido de todo documento que lo acredite; y no falta, por último, quien, para dar mayor aspecto de verdad a esta fábula recurra a la peregrina idea de presentar como una de las más antiguas sinagogas de los hebreos el templo que nos ocupa, llegando hasta referir la tradición de que fué traida de Jerusalén la tierra con que habían de ser fabricados sus cimientos, como si el carácter del edificio, que tan claramente lo clasifica entre los del primer período de la arquitectura árabe, no viniera a destruir suposiciones tan gratuitas.

Pero dejando a un lado estas conjeturas, que ninguna luz pueden arrojar sobre el asunto, es lo cierto que ya al comenzar el siglo IV de nuestra era existían los judíos en la Península, como lo comprueban algunas decisiones del Concilio Iliberitano y del Toledano tercero. Capital Toledo por entonces del reino godo, y

centro, como todas las capitales, de la riqueza y del comercio, debió naturalmente atraer las miradas de una raza esencialmente mercantil, y que veía en la posesión del oro el único lenitivo a los sinsabores de una vida de vejaciones y desprecios.

Vinieron, pues, a Toledo los judíos en gran número, y al ocuparse de ello los Concilios Toledanos les señalaron para su habitación un barrio, que aún se conocía no ha mucho tiempo con el nombre de la *Judería*, y que debió hallarse fuera de la ciudad, siendo después cobijado por sus muros, cuando el ensanche de estos en tiempo de Wamba. En este estado les sorprendió la invasión de la Península por los sarracenos. Malcontentos con los cristianos, que tan duramente les hacían sentir su humillación y abatimiento, favorecieron los judíos la empresa de los árabes, que tanto protegía por otra parte la fortuna, y es indudable que desde entonces comenzó para ellos un período de grandeza, que fué progresivamente aumentando casi hasta la época de su expulsión. Raza oriental como la raza conquistadora, con más de un punto de contacto en sus ideas, en sus costumbres y hasta en sus ritos, el pueblo judío fué el que más se aprovechó de los elementos civilizadores derramados por los árabes en su marcha por la Península, de lo cual nos presentan una prueba irrefragable los mo-

numentos que hemos citado en el comienzo de este artículo, únicos templos del Judaismo en Toledo que han llegado hasta nosotros, y posteriores ambos a la época de la invasión.

Casi en esta misma época un acontecimiento de gran importancia vino a ejercer una saludable influencia en el ya próspero destino del pueblo hebreo Las renombradas Academias rabínicas, existentes en Persia, fueron trasladadas a Córdoba, capital a la sazón de la España árabe, y este hecho, de escaso interés al principio para los hebreos que habitaban en la corte de los godos, vino con el tiempo a constituir uno de los más grandes elementos de su grandeza. La obra inmensa de la Reconquista seguía paso a paso su carrera de triunfos, y Fernando III, el Rey Santo, acababa de escribir al pie de los muros de Sevilla uno de los más gloriosos cantos de ese poema que comenzaron un puñado de valientes en las escabrosas montañas de Asturias, y acabó una gran Reina tremolando el vencedor estandarte de la Cruz sobre las altas torres de la Alhambra. Conquistada Sevilla, las Academias rabínicas tornaron a trasladarse, siendo esta vez Toledo el punto designado, y de esta manera aumentóse la población judía de la última capital con un gran número de hombres científicos, que acrecentó la influencia de que ya gozaba por su número, su saber y sus riquezas.

Pero la buena estrella que parecía presidir a los destinos del pueblo hebreo se acercaba a su ocaso. Sin embargo, el poder y la opulencia de esta raza, a la que tan duras pruebas estaban reservadas en lo porvenir, dió, como una luz próxima a extinguirse, mas clara y brillante muestra de sí, en el reinado de D. Pedro I de Castilla, apellidado el Cruel, merced a la protección de su correligionario Samuel Leví, que ejercía al lado del Monarca las funciones de Tesorero. A esta época pertenecen los mejores edificios que de ella nos quedan; en ella se levantó la magnífica sinagoga, destinada hoy al culto cristiano bajo la advocación del TRÁNSITO DE NUESTRA SEÑORA; y en ella acaso, finalmente, como más adelante veremos, tuvieron lugar las obras de ornamentación que hoy avaloran la Iglesia de SANTA MARÍA LA BLANCA.

Ocupado ya el Trono de Castilla por los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, tuvo lugar la expulsión de los judíos de España, abandonándola en número de 800.000, medida que a tan distintos pareceres y acaloradas controversias ha dado lugar entre los historiadores, y de la que nosotros no nos ocuparemos por no ser de la mayor importancia para el asunto de nuestra obra.

Ahora, trazado ya este ligero bosquejo de la historia de los judíos en España, bosquejo que hemos creido de la mayor importancia, entra-

remos de lleno en el asunto principal de nuestros trabajos, y al analizar histórica y artísticamente la Iglesia de Santa María la Blanca explanaremos con mayor copia de datos y de observaciones algunas de las ideas que hemos solamente indicado en la primera parte de este artículo.

II

Aparte de las fábulas con que Alvárez Fuentes, en su *Diario histórico*, y Tamayo de Vargas, en sus *Antigüedades Nuevas de Toledo*, intentan confirmar la existencia de la sinagoga que hoy conocemos con el nombre de Santa María la Blanca, en una época anterior a la invasión de los árabes, ningún documento histórico queda merced al cual sea posible colegir, siquiera fundado en suposiciones, la verdad que hay en esta aserción. Ni tampoco del minucioso análisis del edificio se desprende algún rayo de luz que esclarezca, aunque confusamente, en el terreno del arte la cuestión que nos ocupa; antes por el contrario, de su examen resulta hasta la evidencia que la fábrica de este templo pertenece al primer período de la arquitectura sarracena. Su planta, los gruesos pilares octógonos sobre que descansan sus macizos arcos de herradura, todo lo que constituye la mole primitiva del edificio, excepto la ornamen-

tación, que como más adelante diremos, parece pertenecer a otra época, confirman la opinión que dejamos sentada en el párrafo anterior.

Teniendo en cuenta estas observaciones, inútil nos parece el detenernos a refutar las maravillosas consejas, que a cerca de la consulta de los judíos de Jerusalén, a propósito de la muerte del Redentor, relatan los escritores citados en el comienzo de este artículo, como igualmente la de la aparición de un niño que en este templo anunció a los rabinos la venida del verdadero Mesías. Sin que neguemos absolutamente la posibilidad de que en el mismo sitio que ocupa Santa María la Blanca existiese durante la dominación de los godos alguna sinagoga de judíos, supuesto que los había en Toledo, y la relajación de los últimos Reyes de la Monarquía gótica autoriza a creer en estas manifestaciones del culto israelita, debemos consignar, que según nuestro juicio, formado en vista de la absoluta falta de pruebas que testifiquen lo contrario, la sinagoga data de la época en que el carácter de su fábrica la clasifica.

Pero aunque no queda duda alguna de que se levantó el edificio durante la dominación de los árabes, tampoco puede asegurarse nada sobre las circunstancias que concurrieron a su edificación, ni acerca de la prioridad de este templo, relativamente a otros que se sabe haber

existido en Toledo dedicados asimismo a celebrar los ritos hebráicos.

De la historia del pueblo judío en España, como de la del árabe, solo nos restan los hechos más de relieve, y que en cierto modo tuvieron alguna influencia política; en cuanto al conocimiento de los detalles de su civilización, de sus adelantos, de su manera de ser en aquellos remotos siglos, a pesar de los estudios que posteriormente se han emprendido por personas diligentes y eruditas, nada o casi nada se ha adelantado.

Hasta el año de 1405 se puede asegurar que no existe dato histórico alguno acerca del edificio que nos ocupa, y que ha sufrido posteriormente tantas vicisitudes y sido víctima de tan extrañas peripecias. Habitaba por este tiempo en Toledo el glorioso San Vicente Ferrer, y sus inspiradas predicaciones exaltaban el fervor religioso de sus habitantes, especialmente los del arrabal, cuya Iglesia parroquial de Santiago era comunmente teatro de aquéllas, y en la que aún se conserva el púlpito donde resonaba la voz del Santo predicador. Entonces fué cuando, no sabemos si en medio de una conmoción popular, o de otro cualquier modo, fué arrebatado a los hebreos, y dedicado al culto cristiano, bajo la advocación con que hoy lo conocemos.

De esta suerte continuó hasta el año de 1550, en que el Cardenal Silicéo, de cuyo Arzobispado tantos y tan notables vestigios se encuentran en Toledo, hizo que fuese reparado, construyendo además tres capillas a la cabecera de las naves principales. Y cuando conociendo que una, y quizá la más poderosa de las causas que impulsan a la prostitución a muchas desgraciadas, es, no solo la viciada educación que han recibido, sino también la certeza de que el sello de infamia que su mala vida imprime en su rostro, las separa para siempre de la sociedad, trató de erigir un lugar de refugio, donde, lejos del mundo pudieran borrar con el arrepentimiento los días pasados en el desenfreno, la Iglesia de SANTA MARÍA, a la cual agregó algunas de las casas inmediatas, fué el lugar designado para el objeto, fundando en ella el beaterio con el título de *Refugio de la penitencia*, con la condición expresa y terminante de que solo fuesen admitidas en él las meretrices, y agregándosele posteriormente el que existía en la Iglesia de Santiago del arrabal, bajo la advocación de *Jesús y María*. Medio siglo duró el beaterio, cumpliéndose religiosamente la voluntad del fundador, acerca de la clase de mujeres que en él fuesen albergadas; pero pasado este tiempo, solicitaron las monjas del Sumo Pontífice la relajación de esta regla, solicitud que fué denegada, por estar espe-

didas las bulas con esa condición, a petición expresa del fundador, y con esto dejaron de entrar novicias y el beaterio se extinguió completamente hacia el año de 1600.

Por espacio de dos siglos quedó el edificio simplemente como ermita de *Nuestra Señora*, hasta que en 1791 fué profanado destinándolo a cuartel para las tropas de infantería, y así hubiera continuado, si reconociendo el estado de próxima ruina en que se encontraba, no hubiera sido decretada su reparación, la que se llevó a cabo en 1798, por disposición del Sr. D. Vicente Domínguez de Prado, destinándolo a almacén de enseres de la Real Hacienda, como lo demuestra la siguiente inscripción colocada en el lado interior de la puerta occidental del edificio:

Este edificio fué Sinagoga hasta los años de 1405 en que se consagró en Iglesia con título de Santa María la Blanca, por la ppedicación de San Vicente Ferrer. El Cardenal Silicéo fundó en ella un monasterio de religiosas con la advocación de la penitencia en 1500. En 1600 se suprimió y se redujo a ermita u oratorio, en cuyo destino permaneció hasta el de 1791, en que se profanó y convirtió en cuartel por falta de casas; y en el de 1798 reconociéndose que amenazaba próxima ruina, dispuso el señor don Vicente Domínguez de Prado, Intendente de los Reales Ejércitos y General de esta Provincia,

SU REPARACIÓN, CON EL FIN DE CONSERVAR UN MONUMENTO TAN ANTIGUO Y DIGNO DE QUE HAYA MEMORIA EN LA POSTERIDAD, REDUCIÉNDOLE EN ALMACEN DE ENSERES DE LA REAL HACIENDA PARA QUE NO TENGA EN LO SUCESIVO OTRA APLICACIÓN MENOS DECOROSA.

Por desgracia, la consoladora esperanza que acerca de la futura suerte del magnífico edificio dejaban entrever las últimas líneas de la inscripción citada, no tardó mucho tiempo en ser destruída por una triste realidad. Abandonado, destrozado, expuesto a todas las injurias del tiempo y de los hombres, sirviendo hasta de asilo a animales inmundos, la más completa ruina era el único porvenir del malaventurado templo, si la Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos, a fuerza de contínuas instancias y reclamaciones, noblemente secundadas por la Comisión central, no hubiese logrado que merced a una real orden se le hiciera cesión de este edificio tan digno por todos conceptos de la atención de un Gobierno ilustrado y protector de las artes.

Ya puesto al cuidado de personas inteligentes y que saben apreciar en lo que valen edificios que, como el de Santa María la Blanca, son a la vez que una brillante página de la historia artística de nuestro país, el recuerdo de una raza que ha desaparecido de entre nosotros dejando sus templos como trofeo del

triunfo de nuestra religión nada se ha perdonado para evitar que en lo sucesivo sea víctima del abandono y de las profanaciones que, andando el tiempo, hubieran ocasionado su completa desaparición.

Entre las reparaciones que a este efecto han tenido lugar, merece que hagamos mención de la que ha llevado a término, con una escrupulosidad e inteligencia nada común, un joven de la ciudad de Toledo, y que consiste en la restauración de los adornos de estuco de toda la fábrica, muy particularmente de los magníficos capiteles que coronan los pilares; obra que acometió con el mayor desinterés y sin otra idea que la de preservar de la ruina, un monu mento, que, entre los muchos que dan renombre a la ciudad de los Césares, es de los que con más títulos reclaman el aprecio de las personas amantes de las glorias españolas.

La Comisión de Monumentos ha pensado, por último, en devolver al culto este Santuario, y después de arbitrar por medio de donaciones voluntarias los fondos precisos para costear los gastos de rehabilitación, ha hecho trasladar a la Iglesia el retablo antiguo, que cuando se profanó por primera vez se sacó de ella, con la venerada efigie de Nuestra Señora, conocida bajo la advocación de Santa María la Blanca.

III

En uno de los párrafos anteriores, y al reseñar la historia de la antigua sinagoga, conocida hoy con el nombre de Santa María la Blanca, dijimos que su primitiva construcción pertenecía al primer período de la arquitectura árabe, aunque sus ornatos, así por su forma, característica de otra época más reciente, como por la manera especial que en su combinación se observa, parecen haber sido sobrepuestos después de la reconquista, esto es, cuando el género a que corresponden tocaba a su mayor grado de perfección y originalidad. Sentada esta premisa, deber es nuestro, al trazar la descripción de tan notable edificio, el exponer las razones que justifican nuestra opinión, y por lo tanto, al par que daremos a conocer los detalles que lo embellecen, haremos las observaciones que creamos más oportunas y conducentes a esclarecer este punto bastante controvertido ya por los escritores que de él se han ocupado.

La planta de este edificio, que forma un paralelógramo colocado de Oriente a Poniente, consta de 81 pies de longitud por 63 de latitud, y está dividida a lo largo por cinco naves paralelas entre sí, de las cuales, la central, mide 60 pies de elevación por 15 de anchura, mientras que las laterales, que van gradualmente siendo

más bajas según se aproximan al muro exterior, solo constan de 12.

Los lienzos de pared que dividen las naves, se hallan perforados en su parte inferior por grandes y severos arcos de herradura, los que, en número de 28, apoyan sus recaídas sobre 32 gruesos pilares octógonos de unas cuatro varas de alto. Coronan a estos pilares, que son de ladrillo y solo tienen un listel por basa, otros tantos capiteles de estuco ajacarados, en los cuales las hojas, las lacerías y unas especies de piñas picadas, se combinan de una manera tan caprichosa, que sólo examinando la lámina que los representa, y que ya hemos dado con el título de *diversos capiteles de Toledo*, podrán formarse nuestros lectores una idea exacta de su conjunto. Corren, todo lo largo de los muros y por cima de la parte superior de estos arcos, dos filetes entrelazados, que, combinándose con otros dos filetes que dibujan la archivolta, trazan en los tímpanos o espacios que median entre hueco y hueco una enjuta o pechina de forma triangular en cuyo centro se ve un círculo a manera de rosetón. En el perímetro de estos círculos se incluye un menudo adorno compuesto de figuras geométricas, combinadas en cada uno de ellos de una manera distinta y al conjunto de las cuales se llama arción porque imita una red o celosía calada. Completan el ornato de los tím-

panos, extendiéndose hasta buscar la forma de sus ángulos, un ataurique compuesto de vástagos airosísimos y de hojas ornamentales agudas y entrelazadas, que al enredarse forman pequeñas circunferencias, en cuyo interior se observan otros rosetones mucho más reducidos.

En la nave principal, divide la zona superior de la inferior ya descrita, una especie de cornisamento desfigurado, el cual, aunque sin vuelos ni molduras, guarda alguna analogía en su compartición con el de los órdenes clásicos, que sin duda le sirvieron de fuente. Componen el arquitrave y la cornisa unas cenefitas en que dos liteles o cintas dobles corren paralelas, reuniéndose sobre la labor de los tímpanos, donde forman unas estrellas mistilíneas, cuyo fondo es de menudo ataurique y en el que se incluye una concha, volviéndose a separar las cintas y a correr paralelas hasta encontrar otro tímpano donde reproducen su combinación.

Incluída entre estas dos, que forman el arquitrave y la cornisa, y ocupando el lugar correspondiente al friso, se extiende por toda la nave una ancha y lujosa cenefa de lacería en la que, cuatro cintas dobles, combinándose en forma de exágonos trazan al reunirse multitud de estrellas rectangulares de ocho puntas, cuyos centros enriquece un menudo ataurique.

Sobre este cornisamento figurado se levanta

el segundo cuerpo, el cual consta de 22 arcos ornamentales estalactíticos que se apoyan en columnas pareadas. Estos arcos, que se componen de cinco porciones de círculo, son de ladrillo, así la parte sólida que dibuja el angrelado puro, como el pilar cuadrado que los sostiene y en el que están empotradas las columnillas. Los pequeños arcos, apuntados conopiales, que se incluyen dentro de cada una de las porciones de círculo que dibujan el vano de estos ajimeces, las molduras de la archivolta y las basas y capiteles de las columnas pareadas son de estuco. Una segunda cenefa, bastante estropeada y del mismo género que la de la zona inferior, se extiende por cima de los arcos ornamentales y remata la ornamentación de los muros, sobre los cuales se levanta, en forma de caballete y cruzado por gruesas alfardas o tirantes, un riqu simo artesonado de alerce que forma infinitas combinaciones geométricas, y de cuyo conjunto maravilloso no es posible dar una idea con palabras.

Las naves colaterales son muy semejantes a la central, aun cuando carecen del gran friso de lacería que adorna a ésta y el número de sus arcos ornamentales es el de 20.

El exterior de la fábrica nada ofrece de particular por carecer de ornatos, y sólo en la imafronte o fachada de los pies de la Iglesia se abren dos ajimeces compuestos de líneas rec-

tas y curvas combinadas, cuya totalidad en la forma, así como su colocación, hacen juego con los ajimeces ornamentales de la nave principal a cuyo muro corresponden.

Dada ya una idea del edificio árabe, sólo nos resta añadir, para completar la descripción de Santa María la Blanca, algunas palabras acerca de las adiciones que se le han hecho al destinarlo a los diferentes usos que con el trascurso de los tiempos ha tenido.

Probablemente en la época en qué, merced a las predicaciones de San Vicente Ferrer, arrancaron los cristianos este templo a los judíos, al habilitarlo, para celebrar en él las ceremonias de nuestra religión, hubo de construirse el pequeño átrio, que aún hoy se observa cubierto de una bóveda cruzada por nervios del género ojival, y que da paso al templo por el costado de Mediodía. La portada, que sirve de ingreso a este pórtico, desde luego se conoce ser bastante posterior, pues se compone de un entablamento sostenido por dos columnas estriadas, en el friso del cual se lee esculpida esta breve plegaria:

SANCTA MARIA, SUCURRE MISSERIS.

A mediados del siglo XVI, y cuando el Cardenal Silicéo fundó en la sinagoga el beaterio, de que ya hicimos mención en la parte históri-

ca, agregó a la cabecera de las tres naves principales del templo igual número de lindísimas capillas del género plateresco, las que, por pertenecer a una época en que este gusto se hallaba en su mayor grado de esplendor, son dignas de ser examinadas detenidamente.

La de la nave central, cuyo piso se halla elevado sobre el pavimento de la Iglesia, tiene cuatro escalones en el ingreso y está cubierta por una elegante media naranja apoyada en cuatro pechinas que figuran conchas prolijamente esculpidas. En el espacio del muro, intermedio entre estas pechinas, se ven los escudos de armas del Cardenal fundador, sostenidos por ángeles de airosa apostura, y corriedo a par de la imposta que sostiene la cúpula y volteando con el arco de entrada, lujcsas fajas de casetones, de los que cada uno contiene un delicadísimo florón, contribuyen a dar realce a esta rica obra de la piedad y del arte.

Sirven de cerramiento superior a las capillas de los costados, que son más reducidas, dos grandes conchas que apoyan sus ondulantes bordes en las archivoltas, profusamente adornadas de casetones, de los arcos de ingreso, los cuales ocupan el testero de la nave y estriban en dos reprisiones o mensulas de esbelto contorno.

Toda la ornamentación de esta parte del templo, debida al siglo XVI, es también de finísi-

mo estuco blanco fileteado de oro, y así por su género, como por la combinación y colores de los escudos del Cardenal y los ángeles que los sustentan, forma juego con el airoso retablo, asimismo del gusto plateresco, que en su capilla mayor se admira.

Ignórase el autor de este, aun cuando algunos, y no sin fundamento, creen hallar en él los rasgos valientes del cincel de Berruguete. Compónese de dos cuerpos sobrepuestos y flanqueados por dos columnas de esbelto dibujo en las que descansa el entablamento sobre el cual se eleva un medallón circular que le sirve de remate. Este medallón, que representa a la Santísima Trinidad, se encuentra rodeado de ángeles que sostienen en sus manos los atributos de la Pasión y una tarjeta en que se leen las siguientes palabras:

¡OH MORS, QUAM AMARA EST MEMORIA TUA!

Los cuatro altos relieves principales, que, flanqueados por delicadas y airosas columnitas, enriquecen los dos cuerpos de que se compone el retablo, representan los del primero, la Anunciación y el Nacimiento; y la Adoración de los Reyes y la Huída a Egipto los del segundo.

Como, según quedó expresado en el anterior capítulo, la Iglesia no se halla abierta al culto,

carece por completo de altares, pinturas u otros objetos de arte propios de los edificios religiosos.

Descrita, aunque ligeramente, toda la parte que le ha sido agregada a la sinagoga, después que pasó al poder de los cristianos, como complemento del estudio arquitectónico de Santa María la Blanca, sólo añadiremos, antes de concluir, algunas observaciones relativas a la construcción y ornamentación de la fábrica árabe.

Nótase a primera vista, ya en la disposición de la planta, compartida en naves como las Basílicas cristianas; ya en la forma de los arcos que se abren en los lienzos divisorios, los cuales son de herradura; ya, por último, en los gruesos y octógonos pilares que los sustentan, el sello de las primitivas construcciones mahometanas. La solidez de estas partes arquitectónicas, sus grandes proporciones, su conjunto sencillo y severo se encuentran conformes en el carácter especial que presentan, con los que, en la breve noticia de la arquitectura árabe española que antecede a estas monografías, hemos señalado en el primer período, al que, merced a estas razones, no vacilamos en atribuirlas.

Pero al examinar la ornamentación del templo, al hacer un examen detenido de los prolijos e innumerables detalles que lo engalanan,

no puede por menos de chocar, aun a los menos versados en los estudios arqueológicos, la profusión, delicadeza y carácter de los adornos empleados en el embellecimiento de este edificio; adornos trazados y combinados con una maestría y esbeltez de que no podemos menos de suponer muy lejos a los alarifes árabes en la remota época a que se debe, según nuestras observaciones, su erección.

Los capiteles ajacarados de los pilares, que no tienen ni guardan idea alguna de la proporción y contornos de los pertenecientes a otros órdenes; la manera especial de combinar las lacerías y los filetes de los arciones; el empleo de folias conopiales y de líneas curvas y rectas en el perfil del vano de los ajimeces; y por último, los arquitos apuntados conopiales, que se incluyen en cada una de las porciones de círculo que trazan los arcos ornamentales de la zona superior de los muros, son otras tantas pruebas de que, ya durante el reinado de D. Pedro, ya en otra época, posterior siempre a la de la erección de la sinagoga, los israelitas, siguiendo en sus pasos a la arquitectura de los árabes, la enriquecieron con los adornos característicos de su más brillante período, cubriendo en partes la fábrica antigua de ladrillo con el estuco en que se ve tallada toda su ornamentación.

Esta sola puede ser la causa de tan extraña mezcla; únicamente de este modo se explica

satisfactoriamente el fenómeno artístico, que, desde luego, preocupa al observador en presencia de estos venerables vestigios del genio mahometano. Porque no hay duda, la idea severa y primitiva que se expresó con una fórmula tan concisa y grave, no pudo, sino con el tiempo, alcanzar el grado de refinamiento y lujo que revela su desarrollo.

Dos siglos, pues, han contribuído a esta obra: uno armó su esqueleto y le imprimió su carácter de solidez y severidad; otro la revistió de galas y la impregnó en su perfume de lujo y poesía.

En la grande Aljama de Córdoba conocíamos ya algunos ejemplos de esta extraña combinación de las ideas de dos distintas generaciones.

NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO

(ANTIGUA SINAGOGA)

I

Ocupaba el Trono de Castilla el caballeresco Rey D. Pedro, apellidado indistintamente el *justiciero* o el *cruel*, cuando los judíos toledanos, protegidos por el célebre tesorero o almojarife real de este monarca, D. Samuel el Leví, que gozaba de su favor, determinaron edificar una nueva sinagoga. Dirigiólos y ayudólos en esta empresa, según consta de las inscripciones que más adelante trasladaremos, un rabí, al que nombraban D. Meir Abdeli; no sabemos si con su pericia en el arte, como alarife, o con sus tesoros en calidad de protector. Nos inclinamos a creer lo primero, aun cuando algunos opinan lo contrario. La inscripción, no obstante que se expresa de un modo tan ambiguo, que no puede presentarse como prueba definitiva de ninguna de estas dos opiniones, es susceptible de ser acomodada a cualquiera de ellas.

Sea como fuere, lo cierto es que, según la

opinión más corriente, se dió por terminada esta obra en el año de 1336. Nosotros, sin embargo, haremos observar en contradicción de esta noticia, que ya en esta época el Rey Don Pedro había despojado a Samuel, protector de la obra y del pueblo judío, de sus bienes y su vida; acción que no creemos justificasen los hebreos con las alabanzas que del mismo Monarca se hacen en las inscripciones de la sinagoga, las cuales se colocaron después de terminarse el edificio. Si se nos objeta que tal vez la adulación o el miedo fueron el móvil de éstas, añadiremos que menos se comprende entonces el exagerado encomio que en las mismas se hace de D. Samuel el Levi, sobre el que ya había descargado la terrible cólera del Rey.

A nuestro entender, la sinagoga se construyó, como no queda algún género de duda, en el reinado de D. Pedro, pero no en los años que para su edificación se señalan.

En poder de los judíos permaneció hasta el año 1492 en que éstos fueron expulsados de la Península. En 1464, los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, la cedieron a la Orden de caballería de Calatrava en cambio del Monasterio que era Priorato de Santa Fé. Esta última, reunida en capítulo general, acordó establecer aquí el que titularon de San Benito, en donde se asistía espiritualmente y se ente-

rraban a los caballeros de la Orden que fallecían en la ciudad.

Andado algún tiempo, quedó reducido el Priorato a una Encomienda, destinando la fábrica a servir de archivo a esta Orden y a la de Alcántara, y clasificándola como ermita dedicada al Tránsito de Nuestra Señora, con cuyo título se la conoce.

II

Como la de Santa María la Blanca, y al contrario de la costumbre generelmente adoptada por los árabes en la construcción de sus mezquitas, la planta de esta sinagoga, que consta de una sola nave o tarbea de forma paralelógramo-rectangular, se halla colocada de Oriente a Poniente, y mide 44 pies de elevación desde el pavimento hasta la imposta que sostiene el artesonado, por 76 de longitud y 34 de anchura.

El género arquitectónico a que pertenece el edificio es árabe y debido a la más brillante época de esta manera de construir, que empleó todos los recursos de inventiva y de su fastuosa prodigalidad, en los detalles y leyendas que lo adornan.

El lienzo de muro oriental, que forma la cabecera del templo, está compartido en tres espacios verticales; de éstos, el de en medio,

lo dibuja un tablero de prolijas labores que incluyen una leyenda y se combinan de modo que en su centro aparece un hueco en el que estuvo colocada la cátedra o púlpito en que los rabinos leían la Thora o ley escrita al pueblo judío.

La inscripción hebrea que hoy se halla, al par que el tablero que la contiene, casi tapada por el retablo del altar mayor, está esculpida en relieve y traducida al castellano dice así:

Ved el Santuario que fué sanctificado en Isrrael, y la casa que fabricó Samuel, y la Torre de palo para leer la Ley escrita é las leyes ordenadas por Dios é compuestas para alumbrar los entendimientos de los que buscan la perfección. Esta es la fortaleza de las letras perfectas, la casa de Dios; é los dichos é obras que hicieron cerca de dios para congregar los pueblos que vienen ante las puertas á oir la Ley de Dios en esta casa.

Flanqueado el hueco central y colocados verticalmente, ocupan lo ancho del muro dos grandes tableros de estuco, en los que, contenidos por una caprichosa cenefa y realzados sobre un menudo y prolijo fondo de almocárabe, se enredan unos alrosos vástagos formando dobles postas, los círculos de las cuales se ven rellenas por anchas hojas, que, lo mismo que los troncos de donde arrancan, aunque guardan alguna relación con las naturales, están

desfiguradas y convencionalmente picadas y embellecidas según el capricho de sus autores.

Inscritos en el entrearco de un pequeño ajimez ornamental, que se halla en la parte inferior de estos tableros, se ven los blasones de Castilla y León con sus armas contra acuarteladas y esculpidas en relieve, y entre la alharaca que los enriquece las siguientes leyendas, que traducidas, según *Radres de Andrada*, por un judío de nación, gran maestro de su ley, dicen así:

LAS MISERICORDIAS QUE DIOS QUISO HACER CON NOS, LEVANTANDO ENTRE NOS JUECES É PRÍNCIPES PARA LIBRARNOS DE NUESTROS ENEMIGOS Y ANGUSTIADORES. NO HABIENDO REY EN ISRRAEL QUE NOS PUDIERA LIBRAR DEL ÚLTIMO CAPTIVERIO DE DIOS QUE TERCERA VEZ FUÉ LEVANTADO POR DIOS EN ISRRAEL, DERRAMÁNDONOS UNOS Á ESTA TIERRA Y OTROS A DIVERSAS PARTES, DONDE ESTÁN ELLOS DESEANDO SU TIERRA É NOS LA NUESTRA. É NOS, LOS DE ESTA TIERRA, FABRICAMOS ESTA CASA CON BRAZO FUERTE É PODEROSO. AQUEL DÍA QUE FUÉ FABRICADA FUÉ GRANDE É AGRADABLE A LOS JUDÍOS: LOS CUALES POR LA FAMA DE ESTO VINIERON DE LOS FINES DE LA TIERRA PARA VER SI HABÍA ALGUN REMEDIO PARA LEVANTARSE ALGUN SEÑOR SOBRE NOS, QUE FUESE PARA NOS COMO TORRE DE FORTALEZA CON PERFECCION DE ENTENDIMIENTO PARA GOBERNAR NUESTRA REPÚBLICA, NON SE HALLÓ TAL SEÑOR ENTRE LOS QUE ESTÁBAMOS EN ESTA PARTE: MAS LEVANTÓSE ENTRE NOS EN

la nuestra ayuda Samuel, que fué Dios con él é con nos; É halló gracia é misericordia para nos. Era hombre de pelea é de paz; poderoso en todos los pueblos é gran fabricador. Aconteció esto en los tiempos del Rey D. Pedro: é sea Dios en su ayuda, engrandezca sus Estados, prospérele y ensálcele é ponga su silla sobre todos los Príncipes. Sea Dios con él é con toda su casa; é todo hombre se humille á él; é los Grandes que obiere en la tierra le conozcan é todos aquellos que oyeren su nombre se cogen de oille en todos sus Reinos, é sea manifiesto que él es fecho á Isrrael amparo é defendedor.

En el de la derecha:

Con el amparo é licencia determinamos de fabricar este templo. Paz sea con él é con toda su generacion é alivio en todo trabajo. Agora nos libró Dios del poder de nuestro enemigo: é desde el dia de nuestro captiverio no llegó á nos otro tal refugio. Hecimos esta fabricacion con el consejo de los nuestros sabios. Fué grande la misericordia con nos. Alumbrónos D. Babi Meirr. Su memoria sea en bendicion. Fué nascido éste, para que fuese á nuestro pueblo como tesoro: ca antes de esto los nuestros tenian cada dia la pelea á su puerta. Dio este hombre sancto tal soltura é alivio á los pobres, cual non fué fecha en los dias primeros, ni en los años antiguos. Non fué este profeta sinon de

LA MANO DE DIOS: HOMBRE JUSTO É QUE ANDUVO EN PERFECTION. ERA UNO DE LOS TEMEROSOS DE DIOS, É DE LOS QUE CUYDABAN DE SU SANCTO NOMBRE. SOBRE TODO ESTO AÑADIÓ QUE QUISO FABRICAR ESTA CASA DE ORACIÓN, PARA NOMBRE É FAMA DEL DIOS DE ISRRAEL. ESTA ES LA CASA DE SIESTA PARA LOS QUE DESEAN SABER NUESTRA LEY É BUSCAR Á DIOS. COMENZÓ Á FABRICAR ESTA CASA, É SU MORADA É ACABÓLA EN MUY BUEN AÑO PARA ISRRAÉL. DIOS ACRENTÓ MILL Y CIENTO DE LOS SUYOS, DESPUES QUE PARA ÉL FUE FABRICADA ESTA CASA: LOS CUALES FUERON HOMBRES GRANDES É PODEROSOS, PARA QUE CON MANO FUERTE É PODER ALTO SE SUSTÉNTASE ESTA CASA. NON SE HALLABA GENTE EN LOS CANTONES DEL MUNDO QUE FUESSE ANTES DE ESTO MENOS PREVALESCIDA: MAS AVE, SEÑOR DIOS NUESTRO, SIENDO TÚ NOMBRE FUERTE É PODEROSO, QUISISTE QUE ACABÁSEMOS ESTA CASA PARA BIEN EN DIAS BUENOS É AÑOS FERMOSOS: PARA QUE PREVALECIESE TU NOMBRE EN ELLA É LA FAMA DE LOS FABRICADORES FUESE SONADA EN TODO EL MUNDO É SE DIJESE: «ESTA ES LA CASA QUE FABRICARON TUS SIERVOS PARA INVOCAR EN ELLA EL NOMBRE DE DIOS SU REDENTOR.»

Sobre el listel en que rematan los tableros, que contienen las anteriores leyendas, corre por todo lo ancho de este muro oriental una zona de bovedillas apiñadas, que sostiene una serie de arcos estalactíticos cuajados de prolijos entalles, cuyas recaídas se apoyan en columnitas pareadas de frente y con las cuales

se corona la ornamentación de la cabecera.

Los lienzos colaterales, correspondientes al Norte y Mediodía, se encuentran divididos en dos zonas por una especie de cornisamento, que como a la tercera parte de su altura, se extiende por todo alrededor de la Iglesia, exceptuando el muro oriental que dejamos descrito, en el cual la serie de bovedillas apiñadas ocupa su puesto.

Como el que encontramos en Santa María la Blanca, este cornisamento no tiene de tal sino el lugar en que se halla colocado, y la combinación de las partes en que está subdividido, pues carece de vuelos y molduras. Por el lugar correspondiente al friso, se extiende una lujosísima cenefa incluída entre dos anchas cintas labradas con menudo ataurique e interrumpidas a trecho por pequeños y delicados florones.

En esta cenefa dos fajitas, en que se ven prolijamente entalladas las palabras «*el yemeno ua'l acbalo*» que significan «*prosperidad y ventura*», salen por debajo de las cintas incluyentes, y forman a distancias proporcionales, dando caprichosas vueltas y enredándose entre sí, un adorno angreiado que voltea en torno de los blasones contra acuartelados de Castilla y León semejantes a los que ya hemos tenido tiempo de observar en otros entalles de la cabecera. Los espacios que median entre los

adornos están rellenos por unos vástagos entrelazados con hojas de vid o de roble, realzadas sobre un menudo fondo de ataurique, y cuya forma circular caracteriza este período del estilo árabe.

Corren paralelas al friso, ocupando el puesto del arquitrave y la cornisa, dos anchas fajas, en las cuales, incluídas entre filetes, se leen unas inscripciones que son el Salmo noventa y nueve y parte del ochenta y tres de David, y traducidas por el Sr. D. Antonio García Blanco, catedrático de lengua hebrea de la Universidad de esta corte, dicen:

La del muro septentrional, que es el Salmo ochenta y tres:

Al maestro á la gaita: para los hijos de Coré. Salmo. ¡Qué deliciosas son tus habitaciones, Dios del universo!... Pálido y consumido del deseo de los atrios de Dios, mi alma y mi cuerpo aplaudirán a Dios vivo.—Hasta el pájaro encuentra casa y la golondrina nido donde poner sus polluelos; altares tuyos, Rey del universo, mio y Señor mio; albricia a los que habitan tu casa.—Ya te alabaran sumisamente.

La del meridional, que es el Salmo noventa y nueve:

Salmo de gracias entone á Dios toda la tie-

RRA. OBEDECED A DIOS CON ALEGRÍA, ENTRAD DELANTE DE ÉL CON ALGAZARA.—SABED QUE DIOS ES EL SEÑOR; ÉL NOS HIZO Y SUYOS SOMOS, NOSOTROS SU PUEBLO Y GANADO DE APACENTAMIENTO.—ENTRAD POR SUS PUERTAS CON CELEBRACIÓN, POR SUS ATRIOS CON ALABANZA: LOADLE; BENDECID SU NOMBRE, PORQUE ES DUEÑO, DIOS DÉ SIEMPRE SU MISERICORDIA Y PRENDA DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN SU CRÉDITO.

Sobre la imposta o faja estrecha y lisa con que remata la anterior se levanta una segunda zona exornada por una arquería, continuación de la que embellece el testero de la Iglesia, la cual consta de 54 arcos estalactíticos. Estos, que apoyan sus recaidas en columnas pareadas de frente y se componen de siete partes de círculo, son alternativamente, uno ornamental con entrearco liso, y otro incluyente de un ajimez de ojiva túmida cuajado de complicadísima lacería calada a través de la cual penetra la luz.

Así los capiteles de las columnas pareadas, como las archivoltas y tímpanos de esta serie de arcos, por cima de los que corre otra cenefa con inscripción y fajas, se hallan engalanados profusamente con lacerías, alharacas y labores, geométricamente combinadas, de almocárabe, propias de la época en que se construyó. En el muro occidental, por debajo de la serie de arcos, que son todos ornamentales, se ven per-

foradas tres ventanas; de ellas, la central es de arco angrelado compuesto de once porciones de círculo, y las laterales de ojiva túmida. En el espacio intermedio, entre los arrabéas o marcos de estas ventanas, aparece la gran cenefa de hojas de vid y escudos que rodea el templo.

En el muro meridional, y como a la mitad de su altura, se encuentran otras dos ventanas que se creen restos de las tribunas en que las mujeres hebreas asistían a la celebración de sus ritos o ceremonias religiosas.

El artesonado tiene la forma de un octógono entrelargo; es de alerce, y contribuyen a su solidez las cuatro pechinas triangulares de sus extremos, al par que las gruesas tirantas pareadas que atraviesan de muro a muro la nave por el punto en que se apea el techo.

En las cabeceras de estas tirantas, en las pechinas y en todo el artesonado en fin, se admira la prolija delicadeza de sus artífices, que ya en las estrellas rectangulares, formadas por la combinación de las maderas; ya en los casetones o en las figuras geométricas, que embellecen y completan la obra, dejaron una señalada muestra de su pericia e imaginación.

Un ancho zócalo con un poyo, ambos de brillantes azulejos, rodea toda la Iglesia, en cuyo pavimento se ven incrustadas un gran número de losas sepulcrales con inscripciones pertene-

cientes a varios caballeros de la Orden de Calatrava.

Dado a conocer el edificio, cuyo exterior ninguna particularidad notable ofrece, réstanos hacer una ligera reseña de las variaciones que sufrió al convertirse de sinagoga en templo cristiano.

Estas han sido pocas y de corta consideración.

En el costado del Norte se construyó un salón que sirve de archivo a las Ordenes de Calatrava y Alcántara, y tiene entrada por la misma Iglesia.

En el del Mediodía una portadita plateresca de buen gusto, compuesta de pilastras, cornisamento y frontispicio, todo enriquecido con delicados relieves, da paso a la sacristía; también de moderna construcción, como igualmente la tribuna o coro alto que ocupa la extremidad inferior de la nave.

En el testero un retablo del género ojival florido sustituyó a la cátedra o púlpito de los hebreos. Este retablo, que es todo de madera tallada y dorada, se compone de tres cuerpos compartidos por doseletes, y junquillos, en los que se ven algunas pinturas en tabla notables por su antigüedad, y remata con una grande umbela o guardapolvo también tallado y dorado que figura una corona.

De los cuatro altares que ocupan la nave del

templo sólo dos hay dignos de llamar la atención. El del costado del Evangelio, que pertenece al estilo ojival, y consta de seis buenas tablas, y el del lado de la Epístola, que es plateresco, y contiene un cuadro, al parecer copia, del Nacimiento de Jesucristo.

La portada de la Iglesia es muy humilde y carece completamente de todo lo que la pudiera hacer digna de particular mención.

En la parte exterior de los muros se descubre el finísimo ladrillo de que está hecha esta fábrica, y se notan los vanos de los ajimeces que dan luz al interior del edificio.

FIN

INDICE

Obras de Fernando Iglesias Figueroa

La Ultima Primavera (Poemas).
Tristeza (Poemas).
Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer (Editorial Renacimiento.—3 volúmenes).
Album Bécquer (Dibujos de Valeriano Bécquer).
Toledo (Guía literaria).
Goya y la Inquisición (Estudios)
Bécquer en Toledo.
La musa de las rimas.

EN PREPARACIÓN

Baltasar Elisio de Medinilla (Estudio).
Avila (Guía literaria).
Sensaciones de Toledo.
Leonardo Alenza (Estudio).





